



EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN

# «CRISTO, VIDA DE LA VIDA»



29 DE ABRIL - 1 DE MAYO 2022



# «CRISTO, VIDA DE LA VIDA»

---

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD  
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



2022

En portada: *Icono de Cristo*, Museo de la abadía cisterciense de Poblet, Tarragona, España.

*«Con motivo de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación titulados “Cristo, vida de la vida”, el Sumo Pontífice se alegra de dirigir a los participantes su cordial saludo. Les desea que estas jornadas de espiritualidad sean ocasión propicia para renovar la adhesión al divino Maestro, de cara a una presencia cada vez más fecunda en la Iglesia y en la sociedad, siguiendo el surco del carisma del Siervo de Dios don Luigi Giussani. Frente al individualismo y la indiferencia que definen nuestro tiempo provocando el descarte de tantas existencias, el Santo Padre exhorta a considerar que la respuesta cristiana no está en la constatación resignada de la actual pobreza de valores ni en una nostálgica añoranza del pasado, sino en la caridad que, animada por la confianza en la Providencia, sabe amar el propio tiempo y, humildemente, hace nuevas todas las cosas. Con este deseo, Su Santidad confirma su recuerdo en la oración y envía con gusto la bendición apostólica, prenda de todo bien deseado».*

**Cardenal Pietro Parolin**, Secretario de Estado de Su Santidad,  
11 de abril de 2022



# *Viernes 29 de abril, por la noche*

*A la entrada y a la salida:*

*Sergei Rachmaninov, Divina Liturgia de san Juan Crisóstomo, op. 31*

*Valerij Poljanskij – The Russian State Symphony Cappella*

*“Spirto Gentil” n. 21, (Claves Records) Universal*

## ■ SALUDO INTRODUCTORIO

**Daide Properi**

Invoquemos al Espíritu para que nos acompañe a lo largo del camino de estos días pidiendo, con toda la fuerza y humildad que podamos, la gracia de estar disponibles para Su acción, de modo que una vez más podamos saborear la dulzura de Cristo presente entre nosotros y volver a casa renacidos, recreados:

*Desciende, Santo Espíritu*

Como primer gesto, doy lectura al telegrama del Santo Padre:

«Con motivo de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación titulados “Cristo, vida de la vida”, el Sumo Pontífice se alegra de dirigir a los participantes su cordial saludo. Les desea que estas jornadas de espiritualidad sean ocasión propicia para renovar la adhesión al divino Maestro, de cara a una presencia cada vez más fecunda en la Iglesia y en la sociedad, siguiendo el surco del carisma del Siervo de Dios don Luigi Giussani. Frente al individualismo y la indiferencia que definen nuestro tiempo provocando el descarte de tantas existencias, el Santo Padre exhorta a considerar que la respuesta cristiana no está en la constatación resignada de la actual pobreza de valores ni en una nostálgica añoranza del pasado, sino en la caridad que, animada por la confianza en la Providencia, sabe amar el propio tiempo y, humildemente, hace nuevas todas las cosas. Con este deseo, Su Santidad confirma su recuerdo en la oración y envía con gusto la bendición apostólica, prenda de todo bien deseado. Cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado de Su Santidad».

Estos días seguirán estos Ejercicios junto a nosotros, que estamos en Italia, otros amigos conectados desde 42 países, y en las próximas semanas otras 48 naciones seguirán estos Ejercicios, que se traducen en simultáneo en siete idiomas. Esta es la panorámica de nuestro gesto.

¿Por qué estamos aquí esta noche? ¿Por qué estaremos reunidos tres días, unos de manera presencial y otros en remoto, pero igualmente reunidos? ¿Qué nos ha convencido para volver a juntarnos, juntos después de dos años

de pandemia que nos han hecho atravesar la soledad y el dolor de la pérdida de muchos seres queridos, juntos después de la tribulación y la sacudida que ha recibido nuestro movimiento, juntos frente a la incertidumbre del mañana, amenazado por la sombra de la muerte y del mal que la guerra trae consigo?

Don Giussani, en la introducción de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de 1992, respondía así a esta pregunta:

«...lo que importa de verdad en la compañía que vemos aquí reunida es algo que resulta inexorablemente común. Cada uno de nosotros tiene su personalidad, su rostro, su corazón, su temperamento y su carácter; son relativamente pocos los que conocemos, de los que conocemos esos detalles particulares y, sin embargo, también a las personas a las que no he visto jamás, se pierden allí al fondo del auditorio, en un deslumbramiento acrecentado por estas luces que me ciegan, también los que no conozco tienen en común conmigo la vida como una tarea. Una tarea que llevar a cabo, que desarrollar; una tarea que no es fruto de mis conjeturas o mi voluntad, como tampoco lo es de la de ellos; una tarea común, idéntica para mí y para el último en llegar, para el más lejano geográficamente, una tarea asignada. Lo que tenemos en común es que deseamos con todo el corazón saber, necesitamos saber el “porqué”: queremos saber por qué vivimos, dónde acaba nuestra vitalidad y expresividad, con qué *finalidad* vivimos, cuál es el objeto del vivir, con todo su esfuerzo y las contradicciones que hay que soportar, con la vergüenza de uno mismo que hay que aguantar (“Ruega por nosotros pecadores”). Estas exigencias, que son comunes a todos, son lo más importante para cada uno de nosotros. Y el motivo por el que nos reunimos es solamente para considerarlas de nuevo, puesto que, al ser lo esencial en la vida de cada uno, son siempre las mismas, pero nunca son iguales cuando las retomamos de nuevo. Y esto es realmente el milagro y el misterio de una vida que sea “vida”: que se expresa al nivel de estas exigencias dramáticamente decisivas para un rostro destinado a durar siempre, el rostro eterno de nuestro yo»<sup>1</sup>.

Cada uno de nosotros está llamado esta noche a volver a hacerse la gran pregunta que hemos aprendido a hacernos cada vez que nos juntamos: pero yo, yo Davide, y tú, sea cual sea tu nombre, ¿por qué tú y yo estamos aquí esta noche?

Yo estoy aquí porque he tenido un encuentro, hace muchos años. Al principio no era más que la experiencia de una fascinación, la fascinación de una humanidad cargada de promesa: promesa de significado para la vida, promesa de una tarea, promesa de un ideal capaz de hacer la vida cien veces más plena y grande, un ideal capaz de dar razón de las alegrías y de las penas, la justicia y la

<sup>1</sup> L. Giussani, *Un acontecimiento en la vida del hombre*, Encuentro, Madrid 2021, pp. 80-81.



injusticia, la felicidad y la infelicidad que marcan inexorablemente mi vida y la de todos. Este encuentro me sumergió en un flujo de vida que adoptó la forma de una compañía, una compañía humana de la que he podido experimentar su grandeza y su fuerza: fuerza para valorar y hacer crecer la semilla de bien que había en mí, y fuerza para impedir que me escandalizara ante mi mal y mi miseria. Por tanto, si debo resumir en una palabra el sentido de la historia que me ha traído aquí esta noche, pienso en la palabra «misericordia». Misericordia, porque veo que, si he podido ser fiel a esta historia hasta hoy, ha sido sobre todo gracias a la fuerza de la fidelidad del Señor a mi vida, fidelidad que ha asumido los rasgos de los rostros de muchos compañeros de camino que Él ha puesto a mi lado. Misericordia –como nos enseñó don Gius– es una palabra tan abismal que habría que arrancarla del diccionario. Por mi experiencia, misericordia significa que nosotros no somos el resultado de nuestros cálculos. Si me hubieran dicho hace unos años que un día me encontraría aquí, hablando en este momento, sin duda me habría echado a reír. Pero no somos el resultado de nuestros cálculos. «Te basta mi gracia –dice el Señor a san Pablo–: la fuerza se realiza en la debilidad»<sup>2</sup>.

Permitídmeme otro pensamiento. Estando aquí esta noche, ¿a qué estamos diciendo sí exactamente? ¿A qué estoy diciendo sí? ¿A qué «tarea»? –volviendo a la palabra que usaba don Giussani en el texto que acabamos de leer–. Me parece importante decir claramente a todos, al empezar el gesto central de la vida de la Fraternidad, en qué consiste la responsabilidad que el Espíritu, a través de la autoridad de la Iglesia, nos confía en este momento de nuestra historia, porque muchos me lo han preguntado estas semanas y me han escrito, y es bueno que empecemos cuanto antes a ayudarnos a mirar este paso.

Brevemente, se nos ha pedido que participemos, con pasión y con espíritu de obediencia filial, en la renovación de la Iglesia de nuestro tiempo. A finales de los años noventa, la Iglesia reconoció solemnemente, en la persona del entonces papa Juan Pablo II, el recurso fundamental que los movimientos han sido y son para la renovación de la Iglesia y de su misión, sobre todo en el contexto de un mundo occidental cada vez más secularizado. El 30 de mayo de 1998 –muchos de nosotros lo recuerdan muy bien– en la plaza de San Pedro se dieron cita casi todos los fundadores de los principales movimientos eclesiales. Muchos de ellos –como nuestro querido don Giussani– ya no viven. Acompañando la delicada transición de los movimientos de la fase fundacional a la siguiente –transición que no solo nuestro movimiento ha tenido que afrontar, sino todos–, la guía de la Iglesia ha podido adquirir una conciencia cada vez más madura tanto de lo valioso que es el don de los carismas de los movimien-

---

<sup>2</sup> 2Cor 12,9.

tos para toda la Iglesia, como de las podas necesarias en todas estas realidades para dar más fruto. Un primer resultado, ciertamente no definitivo, de este trabajo de reflexión —un trabajo que no empezó con el pontificado de Francisco sino ya durante el de Juan Pablo II (basta leer el importante discurso del entonces cardenal Ratzinger con motivo precisamente del Congreso mundial de los movimientos en mayo de 1988)— fue la carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe, *Juvenescit Ecclesia*, documento que sería oportuno leer y meditar. A esta carta siguieron —como bien sabemos— el decreto general de *Las asociaciones internacionales de fieles* y el discurso del papa Francisco el pasado 16 de septiembre. ¿Es que la Iglesia nos está pidiendo que nos convirtamos en algo distinto de lo que siempre hemos sido? Porque esta es una pregunta que varios de nosotros se han hecho o tal vez se están haciendo. Y quiero responder a ello. Al confirmarme en el cargo de presidente de la Fraternidad para los próximos años, el cardenal Kevin Farrell me dijo: «¿Vosotros queréis ser este factor de renovación, contribuir a ser este factor de renovación desde dentro de toda la experiencia eclesial, aportando lo que sois? Esto es muy importante, porque si os convertís en algo distinto de lo que sois, no le interesará a nadie, ni a vosotros ni a nadie, y entonces no construirá Iglesia alguna».

Por tanto, no se nos pide nada más que ser nosotros mismos hasta el fondo, llevando nuestra originalidad dentro de la vida de la Iglesia entera, cada vez más, con esta conciencia. A esto es a lo que la Iglesia nos invita hoy a decir sí. Como escribió don Giussani tras el gran encuentro del Papa con los movimientos: «¡Os doy las gracias, amigos! Lo que sucedió el sábado 30 de mayo sucedió porque estáis vosotros, también vosotros, *juntos*. Es solamente la unidad lo que obra. Dios, en efecto, está allí donde está la unidad. El encuentro con Juan Pablo II, el sábado, fue para mí el día más grande de nuestra historia, que se ha dado gracias al reconocimiento del Papa. Fue el “grito” que Dios nos ha dado como *testimonio de la unidad*, de la unidad de toda la Iglesia. Por lo menos, yo lo percibí así: somos una sola cosa. Se lo he dicho también a Chiara y a Kiko, a quienes tenía a mi lado en la plaza de San Pedro: en estas ocasiones, ¿cómo es posible no gritar nuestra unidad? Y luego percibí, por primera vez de manera tan intensa, el hecho de que nosotros somos *para* la Iglesia, somos un factor que construye a la Iglesia. Me sentí tomado entre las manos y los dedos de Dios, de Cristo, que plasman la historia. En este tiempo he empezado a entender verdaderamente —y el sábado todavía más— la responsabilidad a la que Dios me había llamado. No lo había entendido, pero el sábado resultó claro. Y esta responsabilidad es tal justamente en cuanto que se comunica a otros como responsabilidad. Es verdadera cuando es para toda la Iglesia y, por tanto, para todo el movimiento; cuando es una obediencia al hecho de que —como dice san Pablo— “ninguno de nosotros vive para sí mismo;

como tampoco muere nadie para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor. Así que, ya vivamos ya muramos, somos del Señor” (Rom 14,7-8). Es Dios el que obra en todo lo que hacemos: “Dios es todo en todo”. Nuestra responsabilidad es para la unidad, hasta una valoración incluso del menor atisbo de bondad que existe en el otro»<sup>3</sup>.

Yo estoy hoy aquí con vosotros por esto. El padre Mauro-Giuseppe Lepori, abad general de los cistercienses, ha aceptado –y se lo agradecemos– estar hoy aquí con nosotros por la misma razón.

«Cristo, vida de la vida» es el título de estos Ejercicios. Diría que es un título providencial. De hecho, ¿cómo puede renacer nuestro entusiasmo por la historia que nos ha conquistado, de dónde puede nacer el sí que estamos llamados a dar, sino de mirar de nuevo a Cristo a la cara, de la renovación de ese asombro del que nació todo, del que ha nacido toda nuestra historia, es decir, del asombro de un hombre, don Luigi Giussani, ante la carne, ante la cara de otro hombre, el hombre Jesús de Nazaret?

Me gustaría añadir una última respuesta, tal vez la más importante, a la pregunta del inicio: ¿por qué estoy aquí, por qué estamos aquí? Estoy aquí por Ti, oh Cristo, Vida de la vida. Estamos aquí por Ti, estamos aquí para conocerte más, para volver a reconocerte de nuevo.

Dispongámonos por tanto a escuchar, siguiendo a los que van por delante de nosotros en el camino.

---

<sup>3</sup> L. Giussani, «Carta a la Fraternidad, Milán 3 de junio de 1998», en *La obra del movimiento. La Fraternidad de Comunión y Liberación*, Encuentro, Madrid 2015, pp. 280-281.

■ INTRODUCCIÓN  
Mauro-Giuseppe Lepori

«Una sola cosa es necesaria»

## El silencio que escucha

«Seguir a Cristo, amar a Cristo en todo: esto es lo que debe reconocerse como la característica principal de nuestro camino»<sup>4</sup>.

Esta afirmación de don Giussani, contenida en la carta que escribió hace veinte años a la Fraternidad como respuesta llena de emoción a la carta que había escrito Juan Pablo II por el vigésimo aniversario de la Fraternidad, me vino inmediatamente a la mente como la síntesis más sencilla y comprensible de la conciencia que un gesto como los Ejercicios nos invita a retomar juntos. ¡Juntos! Los Ejercicios no son un monólogo, ni siquiera cuando son guiados por un monje. Es más, el monje tendría que ser un humilde reclamo al deseo de silencio, a una actitud de silencio, y un humilde reclamo a la conciencia de que el silencio quiere decir «escucha», quiere decir «abrir», como dice san Benito en el Prólogo de su Regla, «el oído del corazón»: «Escucha, hijo, los preceptos del maestro, e inclina el oído de tu corazón; recibe con gusto el consejo de un padre piadoso, y cúmplolo verdaderamente [es decir, haz experiencia]. Así volverás por el trabajo de la obediencia a Aquel de quien te habías alejado por la desidia de la desobediencia»<sup>5</sup>.

La obediencia no es en primer lugar algo que hay que hacer. Sobre todo, es una escucha que se convierte en obra en la medida en que se vive como apertura atenta y devota del corazón, «inclinada» dice san Benito, como la apertura del mendigo que pide lo necesario para vivir. El silencio que escucha, que desea la vida que proviene de Otro, si penetra en la vida, si se abre espacio en la vida, en el tiempo, en los quehaceres, en las preocupaciones, en las alegrías y en los dolores de la vida, en toda la vida, incluso el silencio que penetra solo un poco en la vida, se convierte en la vía maestra a través de la cual la vida penetra por entero en el silencio, es decir, en la escucha, se inclina, se pliega para pedir y acoger la vida. Como expresan los estupendos versos de Clemente Rebora: «Mi canto es un sentimiento / que del día fatigado / cansó las horas nocturnas / y pedía la vida»<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> L. Giussani, «Carta a la Fraternidad, Milán 22 de febrero de 2002», en *La obra del movimiento. La Fraternidad de Comunión y Liberación*, op. cit., p. 284.

<sup>5</sup> RB Prólogo, 1-2.

<sup>6</sup> C. Rebora, «LXXII. Son l'aratro per solcare», *Frammenti lirici - 1913*, en L. Giussani, *Mis lecturas*, Encuentro, Madrid 2020, p. 65.

Pero el silencio que se nos pide estos días no debe cansarnos. En cambio, debe permitirnos descansar de un desorden, de una búsqueda agitada y de una pretensión angustiada con que entorpecemos la pureza del deseo profundo y verdadero del corazón, de un deseo sencillo, un deseo que es como el de los niños, que no contamina con la pretensión que tenemos sobre nosotros mismos, sobre los demás, sobre la Iglesia, sobre el responsable o sobre el que no lo es, la verdadera necesidad que llevamos dentro, la verdadera necesidad de todos y de cada una de las situaciones en las que se desarrollan la vida y la historia, incluida la historia de una fraternidad o de una orden como la mía, como la de todas las realidades eclesiales.

Por tanto, pidamos especialmente a la Virgen este silencio verdadero, este deseo verdadero, porque su corazón estaba libre de cualquier mancha de pecado, de cualquier sed de pecado original, es decir, de cualquier posesión autónoma desligada del sentido y de la plenitud de la vida. El corazón de María vivía este deseo siempre, en todo. En ella era espontáneo pedirlo todo, incluso sin palabras, porque la pregunta y el deseo de la vida latían constantemente en su corazón inmaculado. Para nosotros no es así. Necesitamos al menos un momento de conciencia para darnos cuenta de que no es así; un instante para reconocer que en nosotros el silencio que escucha con el deseo del corazón no se da, está distraído, está demasiado saturado de otras cosas, demasiado ensordecido por otros ruidos. Sin embargo, para crear en nosotros el silencio que pide, que mendiga, basta por un momento ser conscientes de nuestra distracción, de nuestra superficialidad; puede ser un instante de dolor, de confusión, de humillación, como cuando Jesús reprochó a Marta el hecho de que en ella había demasiado ruido, demasiada ansiedad, demasiada pretensión, demasiado «saber ya lo que es necesario». Pues bien, ¡esta es la cuestión! Nos hace falta el silencio, la escucha, el deseo cuando en nosotros domina *la pretensión de saber ya lo que es necesario*, cuando domina la pretensión de vivir con lo que ya tenemos, con lo que nos basta, con lo que me basta a mí y a los demás, o quizá a mí sin los demás.

## **Escuchar la única necesidad**

Hacer silencio no quiere decir resetear la vida. En realidad, esto no sucede nunca. Si es cierto que al final de los tiempos Cristo nos pedirá cuentas de lo que hayamos hecho o dejado de hacer a uno solo de sus hermanos más pequeños, si hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados, si ni siquiera el ofrecimiento de un vaso de agua se olvidará en el cielo, si cada palabra que digamos será juzgada, nosotros no podemos hacer silencio olvidando la vida. Pero la vida,

también estando alterada o desordenada, entra en el silencio cuando escucha lo que es verdaderamente necesario, cuando se deja decir, como Marta aquel día, que «solo una cosa es necesaria», que solo hay una «mejor parte» que no se puede quitar: «Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; solo una es necesaria [solo hace falta una cosa]. María ha escogido la mejor parte, y no le será quitada»<sup>7</sup>.

Tendríamos que vivir el silencio de estos días por lo menos como intención, como deseo, como cuando Marta, después de la llamada de atención de Jesús, se quedó ahí, quizá sin decir nada más, impresionada y herida por esas palabras. De este modo volvió a la cocina, a la comida que estaba preparando, a los platos que estaba poniendo en la mesa, sirviendo a todos aquellos huéspedes que habían venido con Jesús a invadir su casa. No volvió a servir como un perro apaleado. Jesús no apaleaba a nadie. Jesús anuncia, educa, se desvela a sí mismo y, al hacerlo, nos desvela a nosotros mismos. Marta volvió a la cocina herida, eso es cierto, pero sintiendo inmediatamente sobre sí misma que aquella herida le hacía bien, abría una llaga, purificaba una infección que le envenenaba el corazón, la vida, las relaciones, incluyendo la relación con Dios, con Jesús, su gran amigo. En ella había algo que no iba bien, un desorden que le había llevado a enfadarse incluso con Jesús, cosa que jamás habría querido o imaginado antes de esa noche y de esa escena.

Busquemos, dejemos entrar en nosotros el silencio de Marta, la atención de Marta, la «parte mejor» que escogió Marta aquella noche, quizá al principio con tristeza, con más ganas de gritar que antes o de irse de allí dando un portazo. En cambio, se calló. Y dejó que fuese la palabra de Jesús lo que trabajase en ella, dentro de ella, como un arado que vuelve fecunda la tierra, capaz de aprovechar la semilla y dar fruto.

Nosotros necesitamos el silencio de Marta, y no solo de manera individual, sino también como comunidad, como Fraternidad, como Iglesia. Lo necesitamos para que nuestra vida y la vida de la comunidad, la vida de la Iglesia se vuelva fecunda, fecunda por lo que dice Cristo, por lo que quiere Cristo, por lo que es Cristo, el Verbo de Dios. Necesitamos el silencio de Marta para acoger hasta el fondo la presencia de Cristo, que nos ha alcanzado ya hasta el punto de que está charlando sentado en nuestra casa, de que está esperando para cenar con nosotros, para compartir con nosotros la comida que estamos preparando y hasta el punto de que pasa la noche en nuestra casa, porque necesita descansar y es amigo nuestro. Nos quiere tanto, aprecia tanto nuestra compañía, que ha elegido nuestra casa, nuestra vida, nuestro corazón, para descansar mientras lleva a cabo su misión de salvar al mundo entero, ¡mientras viene del Padre

---

<sup>7</sup> Lc 10,41-42.

y vuelve a Él haciéndose hombre para redimir a toda la humanidad! ¡Viene a descansar a mi casa! ¡¿Comprendéis la grandeza de la cuestión, lo increíble de todo esto?!

## La sede de la amistad con Cristo

Siempre me impresiona la estrofa de un himno en latín de la memoria de santa Marta. De hecho, es una oración a la santa para que comparta con nosotros su amistad con Cristo: «*Magistri felix hospita, / corda fac nostra ferveant, / ut illi gratæ iugiter / sint sedes amicitiae* (Oh feliz anfitriona del Maestro, / haz que ardan nuestros corazones, / de modo que sean para Él constantemente / morada de grata amistad)»<sup>8</sup>.

El Hijo de Dios, al encarnarse, vino a llamar a nuestros corazones para que fuesen para él «*sedes amicitiae* – morada de amistad». Esto no solo sucedió en el corazón de María, su Madre, sino en todo corazón humano alcanzado por su presencia y su amor, también en el corazón de los pecadores, como el de Zaqueo, a quien Jesús llamó para que lo recibiera en su casa, de modo que, en realidad, Lo acogiera en su corazón, que con la venida de Cristo se llena de alegría, después de arrepentimiento, y al final de amor que se dona, que dona no solo los bienes a los pobres y a los que había perjudicado, sino que también se llena de amor agradecido por Aquel que había venido precisamente a él, a su casa, para «buscar y salvar lo que estaba perdido»<sup>9</sup>.

Necesitamos el silencio de Marta para vivir esta experiencia, o mejor, para vivir esta gracia, este acontecimiento de Dios, que viene a nuestra vida para hacer de ella morada de su amistad. Tenemos que hacer silencio para acoger esta invitación de la presencia del Maestro.

## El quid de la cuestión

Pero, ¿qué nos dice Cristo? Espero que estos días lo escuchemos, lo espero y lo pido, para mí y para vosotros, así como espero que también vosotros lo pidáis para mí y para todos vosotros. Pero esta noche, siempre en relación con el episodio de Marta, pensemos en las palabras que ella meditó en su silencio, que la llenó de silencio y que, a su vez, llenó su silencio: «Marta, Marta, andas

---

<sup>8</sup> «29 de julio. Memoria de los santos Marta, María y Lázaro, anfitriones del Señor – Himno de Vísperas», Breviario monástico.

<sup>9</sup> Lc 19,10.

inquieta y preocupada con muchas cosas; solo una es necesaria [solo hace falta una cosa]. María ha escogido la parte mejor, y no le será quitada»<sup>10</sup>.

Como decía antes, quizás al principio dio vueltas a estas palabras poniendo el acento en el reproche que percibió en ellas: «Marta, tranquilízate, te inquietas demasiado por muchas cosas, no molestes a tu hermana, déjate educar por la relación que tiene tu hermana conmigo, tú que siempre piensas en que eres la mejor y sobre todo *tienes* que ser la mejor, la más indispensable...». Tal vez al principio pensó así con resentimiento y tristeza. Pero esto no hizo más que confirmar el juicio de Jesús, es decir, hacía que su inquietud creciera. Fijarse solo en estas cosas hacía que se inquietara y se preocupara más.

Lo mismo nos ocurre a nosotros cuando alguien nos corrige, cuando una mirada nos revela una posición inadecuada en nuestra vida, un juicio que nos corrige y que, al principio, normalmente, no nos cuadra, es normal que nos sintamos heridos, que nos duela. Pero sucede lo mismo cuando recibimos una inyección o nos vacunamos. Nos sale una herida, nos duele la espalda, tenemos algún síntoma, pero la finalidad de la inyección no es esa, la aportación de la inyección no es el pinchazo sobre nuestra piel y el hematoma que provoca. ¿Qué inyectó Jesús en Marta al herirla de manera superficial, al herir su amor propio? ¿Qué bien pudo percibir Marta poco a poco después del pinchazo que la hirió? ¿Qué palabras pudieron hacerle bien, calmarla, consolarla y hacerle poco a poco más feliz, con una alegría nueva que no venía de ella, sino de las palabras de Jesús?

Si, de lo que Jesús dijo a Marta, quitamos las palabras sobre ella o sobre su hermana, ¿qué es lo que queda? El quid de la cuestión: «Una sola cosa es necesaria», «solo hace falta una sola»<sup>11</sup>.

Esta es la palabra que a Jesús le apremiaba que penetrase en ella, para que la meditase y asimilase, para que pudiera hacerle bien, a ella y a su vida, para que la curase, la salvase y, en su dispersión, la unificara. El sentido de esta palabra no es el de hacer una especie de cura psicológica, espiritual, o una invitación a comprometerse y ordenar su vida, empezando por su carácter, que había de domar. El sentido de esta palabra es Cristo mismo, el sentido de Cristo para Marta, el don de Cristo para Marta, que ya es don compartido antes de que Marta se dé cuenta. El sentido de esta palabra es que *solo Jesús responde al deseo fundamental del corazón y de la vida*: el deseo de unidad, el deseo de encontrar un sentido que lo mantenga todo unido, que nos mantenga a todos unidos, que salve la comunión, una unidad que abrace todo y a todos, donde nos sintamos abrazados por todo y por todos, abrazados por el Todo en todo y en todos, que es Dios, que es el Padre y que es Cristo; Cristo,

---

<sup>10</sup> Lc 10,41-42.

<sup>11</sup> Lc 10,42.



que es la encarnación de la misericordia del Padre y, por tanto, la encarnación del abrazo del Padre bueno que recibe con alegría infinita al hijo pródigo que vuelve a Él.

## **Un tesoro ya compartido**

«Una sola cosa es necesaria» – «Solo hace falta una sola».

Como decíamos, Jesús ofrece a Marta esas palabras que recomponen su persona por entero en torno a lo único necesario, que es Jesús mismo, como un don ya presente y compartido, como don que Él hace a todos. Su hermana María ya lo está acogiendo, probablemente también su hermano Lázaro, y los discípulos que llegaron con Él a invadir su casa. Este don ya se compartía con todos aquellos que, desde la Virgen María hasta Marta, ya lo habían recibido y acogido. Ya se compartía con Juan el Bautista, Isabel, José, los pastores de Belén, Simeón y Ana, los Magos, y desde hacía algún tiempo con Juan y Andrés, Pedro, Felipe, Natanael, Mateo el publicano, y después con María de Magdala y las demás mujeres que seguían y servían al Señor. Pero no solo; también se estaba compartiendo con miles de personas, con fariseos y publicanos, con prostitutas, con enfermos de todo tipo y endemoniados. Ya se compartía con los niños que se subían a las rodillas de Jesús. Ya existía todo un pueblo que compartía la única cosa necesaria que ahora Jesús ofrecía a Marta.

¿Y nosotros? ¿Y tú? ¿Y yo? Cuando esta palabra nos alcanza, cuando ya nos ha alcanzado y vuelve a alcanzarnos de nuevo, siempre nueva, pensad con qué pueblo inmenso de personas la compartimos ya. Dos mil años de cristianismo, de santos y pecadores, de pecadores santos. Pero no es una cuestión de números... Bastan dos o tres personas que descubran que comparten que Cristo es la única respuesta, total y universal, para la necesidad del corazón humano, para llenarnos de asombro, de asombro porque esta conciencia suceda en nosotros, en cada uno de nosotros, ¡en mí!, que no lo merecemos más que los miles de millones de personas a las que no les sucede aún. ¡Qué asombro y qué responsabilidad! ¡Qué gratitud y qué contrición! Porque si tienes en tu casa –si está ahí comiendo y bebiendo contigo, sentado justo donde tú y tus hermanos os sentáis a comer y charlar todos los días– la única Realidad, la única Presencia que todo corazón humano necesita, que necesitan en este preciso momento ocho mil millones de corazones que laten en esta tierra... ¡¿cómo no puedes sentir el vértigo de la responsabilidad?! Porque de un modo u otro te vuelves deudor de toda la humanidad por el hecho de que se te ha donado gratuitamente lo que todos, ¡absolutamente todos!, esperan.

## **Abrazar a Cristo ahora**

Pero en este momento no tenemos que pensar en ello. Es decir, ahora no debemos preguntarnos a quién está dirigida esta Realidad. Ahora tenemos que pensar en la Realidad misma, porque está aquí y, si no la acojo, si yo no me abro, es inútil que me preocupe por la necesidad universal que espera su venida. El viejo Simeón reconoció enseguida que ese Niño era «la salvación para todos los pueblos..., la luz para alumbrar a las naciones»<sup>12</sup>, pero lo hizo al estrechar a ese Niño entre sus brazos.

Por tanto, debemos entender, ayudarnos a entender, que esta palabra dirigida a Marta viene a salvarnos ahora a cada uno de nosotros, ahora, en la situación en que se encuentra hoy, ahora, la vida de cada uno de nosotros, la vida de las comunidades, de la Fraternidad, de las órdenes, de la Iglesia y del mundo.

Pongámonos en el lugar de Marta ese día, esa noche. Pensemos en cómo se retiró, volviendo al fuego donde estaba preparando algo de comer. Pensemos en cómo sintió la necesidad de apartarse con esas palabras que la herían. Antes decía que probablemente lo primero que hizo fue apaciguar su rabia porque Jesús no la hubiera escuchado y comprendido. Al menos esa era la impresión epidérmica, psicológica y sentimental que la invadió en ese momento y la llenó de tristeza. Al menos, antes podía refunfuñar —como hacía siempre—, y eso la desahogaba, liberaba su mal humor y le venía bien. Después volvía a sus quehaceres sabiendo perfectamente que su desahogo no cambiaría nada, que su hermana o quien fuera seguiría igual que antes, como siempre. En cualquier caso, al menos se desahogaba, podía decirse que había dicho lo que pensaba, aunque no siempre pensaba lo que decía...

Esta vez fue como si Jesús hubiera hecho implosionar su rabia. Había quedado como soterrada, de modo que, en vez de lanzar fragmentos y radiaciones en un radio de miles de kilómetros, la energía atómica hubiera invadido todos los recovecos subterráneos del subsuelo de su humanidad.

En realidad, Marta empezó a darse cuenta de que esas palabras de Jesús desvelaban lo que ella era. Pero no de manera superficial, no ponían de manifiesto su ansiedad o su ambición de estar siempre a la altura, de controlar todas las situaciones y por tanto todos los factores de las situaciones que vivía. Esto lo sabía, y probablemente su hermana y su hermano ya se lo habían señalado mil veces. No, las palabras de Jesús le mostraban su corazón, que es algo muy distinto, mucho más profundo que su psicología superficial, su carácter y su temperamento. Por otra parte, ella sabía que a Jesús le gustaba su temperamento, que Jesús siempre miraba su temperamento con simpatía, probablemente

---

<sup>12</sup> Cf. Lc 2,30-32.

bromeaba sobre él y ella fingía sentirse ofendida, pero alardeaba de que el Señor bromeara con ella, pues así se sentía objeto de su afecto, se sentía comprendida y abrazada. De lo contrario, Jesús no habría frecuentado tanto y con tanto gusto su casa, tan dominada por Marta, pues el Evangelio no dice que Jesús fuera alojado por Lázaro o María, sino por ella<sup>13</sup>.

Pero esas palabras de Jesús —«Marta, Marta... solo una cosa es necesaria»— no eran una broma, ni un pequeño signo de impaciencia por todo su nerviosismo. Esas palabras desvelaban a Marta su corazón, lo dejaban al desnudo, con su necesidad más profunda, esencial, total, y le revelaban que ella engañaba y desatendía esa necesidad tan profunda, esencial y total; o, más bien, la saturaba de cosas, preocupaciones, actividades, juicios, miedos, enfados, prejuicios, antipatías... ¡como hacemos nosotros!

## El corazón es necesidad de Cristo

¿Qué es el corazón? Cuando Jesús dice que una sola cosa es necesaria, debemos darnos cuenta de que «necesario» traduce un término griego que en sí mismo significa «necesidad», «indigencia», «falta». De hecho, la nueva traducción dice: «solo una cosa es necesaria». Cuando nosotros decimos que algo es necesario pensamos sobre todo en el valor que tiene y en que es importante poseerlo, a veces vital. Pero no solemos pensar en que el hecho de que nos haga falta esté definido por nuestra necesidad, por la falta que nos hace y la necesidad que somos. La necesidad absoluta que tenemos de Cristo nos define misteriosamente porque define lo que hay dentro de nosotros, lo que somos, lo que es nuestro corazón, nuestro corazón que le necesita, que solo le necesita a Él, al que solo le falta Él. Sin tomar conciencia de nosotros mismos como necesidad, no podemos acoger con verdad el don de Cristo, el encuentro en que Cristo revela ser para nosotros, como para Marta, el Único que nuestro corazón necesita, el Único al que realmente necesitamos, de quien *somos* necesidad.

Cómo no citar los grandes versos de Mario Luzi que meditamos en el Meeting de Rímíni de 2015: «¿De qué es ausencia esta ausencia, / corazón, / que de repente / te llena?»<sup>14</sup>.

Aquella noche Marta experimentó justo eso, sintió que esta pregunta que el corazón se hace a sí mismo la llenaba. Nuestro corazón es una pregunta que se interroga, una pregunta que nos llena de asombro ante todo como pregunta,

<sup>13</sup> Cf. Lc 10,38.

<sup>14</sup> M. Luzi, «De qué es ausencia...», en *Sotto specie umana*, Garzanti, Milán 1999, p. 190. Ver también M.-G. Lepori, *¿Solo se vive para morir?*, BAC, Madrid 2018, pp. 99ss.

como ausencia. «Pero, ¿cómo? –le decimos a nuestro corazón–, te lo doy todo, te lleno de tantas cosas, de tantos anhelos y ambiciones, de tantas vanidades y presunciones, de tantos juicios y prejuicios, de tantas ideas geniales y de tantas estupideces... ¿Cómo puedes necesitar otra cosa, cómo puede llenarte otra cosa? ¡Cómo puedes llenarte de un vacío, de una ausencia, de una necesidad tan imponente, tan prepotente como para dejar arrinconada en una esquina cualquier otra cosa! Como si todo lo demás hubiera sido solo apariencia, un fantasma, un espejismo, un deshecho, basura. ¡Todo lo demás me parecía tan importante! ¡¿Cómo es que de repente, como una estocada, el deseo de otra cosa te llena?!».

Mientras esperábamos este encuentro, escuchábamos la *Divina Liturgia de san Juan Crisóstomo*, op. 31, de Sergei Rachmaninov. Don Giussani, en el comentario que hace para la colección *Spirto gentil*, destaca el fragmento que hemos escuchado antes, en el que durante ocho largos minutos el compositor hace repetir: «*Gospodi pomiluj!* – ¡Señor, ten piedad!». Escribe: «¿Por qué, hermano Rachmaninov, nos haces repetir, durante ocho minutos, “Señor, ten piedad”, *Gospodi pomiluj?* Porque nuestro tiempo no ha tenido significado, no ha tenido el significado que podía tener, ha perdido el significado que podía tener, ha reducido ese significado total que se llama Destino, totalmente “desmemoriado”. El Destino no ha sido una presencia que ha plasmado algo, no ha influido en nada, todo ha derivado en nosotros del instinto, de la indolencia que nos ha impedido movernos, de la irritación o del resentimiento que resquebraja el pavimento y hunde en la ira lo más íntimo de nuestro ser, creando un amargo torbellino que deja ver la ira dentro de ti, aun sin proclamarla ni expresarla»<sup>15</sup>.

Creo que esa es exactamente la conciencia que alcanzó Marta aquella noche. Pero es justo ahí donde el Destino llegó hasta ella, hasta el fondo de su corazón, hasta el «amargo torbellino» de su corazón invadido por la irritación, el resentimiento y la ira.

## El encuentro que desvela el deseo

Sin embargo, esta pregunta que se hace el corazón a sí mismo, esta conciencia del corazón como pregunta de Cristo, del corazón como herida que solo Cristo puede aliviar y curar, todo esto no aparecería en la cabeza de Marta así, de repente, sin que nada sucediera. Esa conciencia surgió en ella porque aquella noche se encontró con Jesús. Quizá lo conocía desde hacía tiempo, probablemente

---

<sup>15</sup> L. Giussani, «Para que vuestra alegría sea plena», en *Spirto gentil. Un invito all'ascolto della grande musica guidati da Luigi Giussani*, coordinado por Sandro Chierici y Silvia Giampaolo, Bur, Milán 2011, pp. 361-362.

lo había acogido muchas veces en su casa, habría escuchado hablar de él, tal vez a su hermana, que lo habría conocido antes que ella y que podría haber sido la pecadora que lavó los pies de Jesús con sus lágrimas y que había recibido el perdón de sus pecados por haber amado mucho<sup>16</sup>. Lo conocía, se iban viendo y se apreciaban, pero Marta aún no se había *encontrado* con Jesús.

Como dice don Giussani en un fragmento del libro *Dar la vida por la obra de Otro*, que ha inspirado el título de estos Ejercicios, en la página 59: «Cristo, este es el nombre que indica y define una realidad que he encontrado en mi vida. He encontrado: había oído hablar de él antes, de pequeño, de muchacho, etc. Podemos hacernos mayores y tener esta palabra resabida, pero mucha gente no se ha encontrado con él, no lo ha experimentado realmente como una presencia; en cambio, Cristo ha entrado en mi vida, y mi vida le ha recibido precisamente para que yo aprendiera a comprender que él es el punto neurálgico de todo, de toda mi vida. *Cristo es la vida de mi vida*. En él se resume todo lo que yo quisiera, todo lo que busco, todo lo que sacrifico, todo lo que se mueve dentro de mí por amor a las personas con las que me ha puesto»<sup>17</sup>.

Ese día, esa noche, para Marta *sucedio el encuentro con Cristo, el encuentro como acontecimiento*. El Evangelio describe en el diálogo entre Marta y Jesús ese salto de conciencia que define el verdadero encuentro con Jesucristo. El encuentro con Cristo que cambia toda la vida sucede cuando un hombre o una mujer están ante Él tal y como son, con toda la humanidad que los define, para bien o para mal, y no importa si hay más bien que mal o viceversa, incluso da igual si solo hay mal, lo importante es que uno se encuentre tal y como es ante Él, en Su presencia. Uno puede ser purísimo como la Virgen María, un bribón como Zaqueo o el buen ladrón, una mujer de vida desordenada como la Samaritana, un bruto con corazón de oro como Pedro, un fino intelectual religioso como Nicodemo o un fariseo fanático y violento como Pablo... ¡Es igual! El encuentro sucede cuando un hombre o una mujer, tal y como son, se encuentran ante Él y en ese momento Jesús logra que en el corazón de esa persona se introduzca, aunque solo sea con un susurro, acaso con una sola mirada, el gran anuncio que toda su vida esperaba: «¡Solo yo te hago falta! ¡Solo me necesitas a mí! ¡Yo soy la plenitud que sacia la sed de tu corazón!».

Y ahí, verdaderamente, «*Abyssus abyssum invocat* – una sima grita a otra sima», como dice el salmo 41<sup>18</sup>, la sima de la misericordia de Dios llama, dándole respuesta, a la sima de miseria que es el corazón del hombre.

---

<sup>16</sup> Cf. Lc 7,36-50.

<sup>17</sup> L. Giussani, *Dar la vida por la obra de Otro*, Encuentro, Madrid 2022, p. 59.

<sup>18</sup> Sal 42 (41),8.

Marta vivió ese día el encuentro con Cristo porque ese día su corazón quedó traspasado al mismo tiempo por la conciencia de su vanidad, de su vacío, y por la sorpresa de que lo que llenaba ese vacío estaba ahí, se le donaba en Jesús.

Cada uno de nosotros, y todos juntos, debemos volver a empezar partiendo de ahí, acogiendo esta noche las palabras de Jesús a Marta, o la mirada de Jesús a Pedro. Es lo mismo, porque se trata, siempre y únicamente, del acontecimiento de un encuentro que viene a afirmarse, a reafirmarse siempre de nuevo como lo único que necesita el corazón, nuestro corazón y el corazón de cualquier hombre. Os invito a revivir en vuestra vida, en vuestro corazón, en la conciencia de vuestro yo, en el silencio que en mayor o menor medida podáis ofrecer, os invito a revivir el diálogo entre Marta y Jesús presente en Lucas 10,38-42. Os invito a que todos vayáis ante Jesús y os quejéis de todo lo que os tengáis que quejar, ya sea de vosotros mismos, del que tenéis al lado, de vuestro trabajo, de vuestra salud, de vuestra comunidad, de vuestra fraternidad, del movimiento, de la Iglesia, del mundo entero... Y, después, os invito a que os dejéis mirar por Cristo y que os dejéis decir con las palabras que queráis, con las palabras con las que un día vino a vuestro encuentro, que vuestro corazón solo necesita una cosa: a Él presente. Dejémonos llamar por nuestro nombre, como Marta, como Abrahán, como Moisés o Pablo de Tarso, con nuestro nombre repetido dos veces, para volver a darnos cuenta de la atención con la que Cristo nos mira y nos llama precisamente a nosotros, a mí en concreto. Y os invito a daros cuenta de lo que sucede en vosotros y en vuestra relación con todas esas cosas de las que os quejabais, aun con razón. Es decir, os invito a descubrir, o a redescubrir, cómo cambia la vida, toda la vida, a la luz de Su mirada y de la gracia que supone tomar conciencia de que nuestro corazón solo lo necesita a Él.

Mañana continuaremos a partir de ahí, retomando juntos el camino para seguirle, reavivando la conciencia de la humanidad plena hacia la que Cristo quiere conducirnos.

Ahora rezamos juntos el *Memorare*.

# *Sábado 30 de abril, por la mañana*

*A la entrada y a la salida:*

*Johann Sebastian Bach, Credo, Misa en si menor, BWV 232*

*Karl Richter – Münchener Bach-Chor und Orchester (Archiv Produktion) Universal*

*Ángelus*

*Laudes*

■ PRIMERA MEDITACIÓN

**Mauro-Giuseppe Lepori**

## *Nacer del encuentro, crecer en el seguimiento*

«Cristo ha entrado en mi vida, y mi vida le ha recibido precisamente para que yo aprendiera a comprender que él es el punto neurálgico de todo, de toda mi vida. *Cristo es la vida de mi vida*. En él se resume todo lo que yo quisiera, todo lo que busco, todo lo que sacrifico, todo lo que se mueve dentro de mí por amor a las personas con las que me ha puesto. [...] Cristo, vida de la vida, certeza del destino bueno y compañía para la vida cotidiana, compañía familiar y transformadora para bien: esto representa la eficacia suya en mi vida»<sup>19</sup>, decía don Giussani.

### **El encuentro es un nacimiento**

La noche de mi encuentro con Cristo, el 25 de febrero de 1976, cuando entré en la casa de una familia de inmigrantes italianos de CL que vivían en mi pueblo, cerca de Lugano –él carpintero, su mujer, llena de alegría y fe en Cristo que cumple la vida, que tan solo tres años más tarde subiría al cielo, y sus tres hijos–, aquella noche, en cuestión de dos horas, al principio me invadió una tristeza profundísima, después una alegría que nunca había experimentado. Como escribe don Giussani, había escuchado hablar de Jesús desde pequeño y, con casi 17 años, seguía siendo católico, sin grandes dudas sobre la fe o la moral, pero, como dice siempre Giussani: «Podemos hacernos mayores y tener esta palabra resabida, pero mucha

<sup>19</sup> L. Giussani, *Dar la vida por la obra de Otro*, op. cit. p. 59.

gente no se ha encontrado con él, no lo ha experimentado realmente como una presencia»<sup>20</sup>.

Este es el problema, el verdadero problema de la vida, de la vida cristiana, de la vida de la Iglesia, de la misión de la Iglesia. Si uno no se encuentra con Cristo, si no se experimenta como algo presente, es como si no existiese, es como si no tuviera sentido que la Iglesia exista.

Esa noche, en esa casa, con esas personas, toda mi vida, toda mi fe, mi familia católica, la parroquia, los párrocos, los catequistas, los scout, en definitiva, toda la Iglesia a la que pertenecía desde mi nacimiento, adquirió sentido. Y todo sucedía esencialmente entre mi corazón –ciertamente insatisfecho, pero poco consciente de la naturaleza de su insatisfacción (también Marta vivía ya una insatisfacción cuando se quejaba de su hermana y de las tareas que tenía que hacer ella sola)–, todo sucedía entre mi corazón insatisfecho y la evidencia de una Presencia que también a mí me decía: «Mauro, Mauro, mira, ¡tú solo me necesitas a mí! Y yo estoy, estoy aquí, soy todo para ti hasta el punto de llenar tu corazón y ensancharlo con una alegría que no podías ni imaginar».

*Encontrarse con Cristo realmente presente es un nacimiento, es un parto.* Por eso –aunque lo entendí años más tarde justo cuando se lo escribía a don Giussani– aquella noche pasé de un abismo de tristeza a una alegría total, ¡porque volví a nacer! Como dice Jesús en la última cena: «Vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer, cuando va a dar a luz, siente tristeza, porque ha llegado su hora; pero, en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que al mundo le ha nacido un hombre»<sup>21</sup>.

Además, uno como yo renegará mil veces, pasará mil veces por ese parto que solo terminará cuando nazca a la vida eterna en Cristo el día de su muerte, pero el encuentro decisivo, ese día, esa hora, quedará fijado como el día de su nacimiento, un inicio que nada podrá borrar, un «amor primero», como dice el Apocalipsis<sup>22</sup>, que uno puede realmente abandonar, pero no puede eliminar. Permanece en la vida como un juicio que llama a una continua conversión, pero un juicio lleno de ternura, como cuando Jesús se volvió y miró a Pedro en la casa del sumo sacerdote<sup>23</sup>, y Pedro volvió a ver en esa mirada el primer inmenso y eterno amor de su encuentro con Jesús. Y eso no podía negarlo. Había negado a Jesús en su ausencia, ante el rostro inquisitivo de la criada, de los guardias, pero no podía negarle ante Su mismo rostro, es decir, en el acontecimiento presente del amor de Cristo por él. Porque en esa mirada llena de

---

<sup>20</sup> *Ibidem.*

<sup>21</sup> Jn 16,20-21.

<sup>22</sup> Ap 2,4.

<sup>23</sup> Lc 22,61.



ternura estaba toda la realidad de Pedro, es más, la realidad entera en su totalidad. ¡¿Qué puede haber para nosotros más allá de esa mirada llena de amor del Señor que nos quiere, nos hace, nos llama, nos envía y nos perdona?! Si Jesús hubiera renegado de Pedro, Pedro se habría deshecho. Pedro existía por Cristo no solo a nivel existencial, sino también a nivel ontológico. En su vida había tenido lugar un encuentro, había nacido una amistad que le había permitido ser consciente existencialmente de la relación que lo generaba, una amistad que le hacía vivir su propia ontología, su ser, dentro de una relación.

Perdonad si al menos una vez en estos Ejercicios cito una escena de mi libro *Simón llamado Pedro*, pues es la escena que habla de este misterio y no podría hablar mejor de ella que como la describí en este libro escrito hace más de veinte años, que aún no sé de dónde vino.

«Pedro se sintió perdido. Temblaba y miraba a cada uno de los que venían a examinarle de cerca dirigiendo su dedo acusador contra él. Desesperado, gritó y juró: “¡No soy de los suyos! ¡No conozco a ese hombre!”.

Los guardias estaban a punto de arrestarle, pero justamente en aquel momento algunos dignatarios y guardias salieron con Jesús atado en medio de ellos. De modo que así, sin quererlo, Pedro se encontró gritando su última negación no a los rostros hostiles y amenazantes de los guardias, sino mirando a Jesús, que a su vez le miraba. Había ya suficiente claridad para que la mirada del Señor alcanzase a Simón con toda profundidad.

Por un instante —¿pero cuánto dura un instante bajo la mirada de lo Eterno?— todo desapareció en torno a Pedro. Los guardias, las sirvientas, el patio y el palacio del sumo sacerdote, el fuego, el frío...: todo desapareció. No había nada más que la mirada de Jesús, y en esa mirada, a la luz de esa mirada, Pedro vio de nuevo todo lo que había vivido con el Maestro: el lago, la barca, la primera pesca. Volvió a escuchar todas las palabras del Señor y las que él mismo le había dirigido a Él: “Rema mar adentro”; “Pero por tu palabra...”; “¡Aléjate de mí, que soy un hombre pecador!”; “A partir de ahora serás pescador de hombres”; “Te llamarás Cefas”; “Mándame ir hacia ti sobre las aguas”; “Señor, sálvame”; “Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo”; “Bienaventurado tú, Simón”; “¡Aléjate de mí, Satanás!”; “¡Qué bueno que estemos aquí!”; “Por mí y por ti”; “¿Cuántas veces tengo que perdonar?”; “Señor, ¿a quién vamos a acudir?”; “¡Jamás me lavarás los pies!”; “Daré mi vida por ti”; “Quedaos aquí y velad conmigo”; “Simón, ¿duermes?”; “Envaina la espada; el cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?”; “No cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces”...

Pero todas esas frases, todos esos acontecimientos, no eran a los ojos de Jesús sino una historia de amor, y tal vez por primera vez Pedro comprendió,

más aún, vio lo que Jesús le amaba, lo amigo que era. Las palabras de su negación –“No conozco a ese hombre”– se reflejaron como un eco en los ojos llenos de amor y de sufrimiento del Maestro, y recaían en el corazón de Simón como sal sobre una herida. Nunca había amado de verdad el amor de Jesús, y experimentó en su propio corazón toda la soledad, todo el abandono de su único Amigo y Padre. No, no eran los judíos, no eran los romanos los que herían a Jesús aquella noche, ¡sino él, Pedro! El abandono de los amigos es una herida más amarga que la hostilidad de los enemigos.

En ese momento Pedro habría dado verdaderamente la vida por el Señor. Ahora entendía que estaba dispuesto a perderlo todo por Él. Y en ese instante sin fin –que jamás tendrá fin– los ojos de Simón pidieron a Jesús poder morir con Él. Y en ese instante sin fin la mirada del Señor le respondió: ¡Ahora no! ¡Más tarde! Y en ese instante sin fin, Pedro no planteó ninguna objeción y aceptó el don de la impotencia, el don de no poder hacer nada, el don del fracaso de su voluntad, la gracia de la impotencia de su amor. Simón, llamado Pedro, acogió la herida de la mirada no amada de Jesús y sintió cómo brotaba de su corazón una fuente amarga.

El gallo cantó.

Jesús ya no estaba allí.

Pedro ya estaba fuera, derramando por Jesús la sangre de sus lágrimas»<sup>24</sup>.

## Nacemos para crecer

¿Cómo es posible que el encuentro que nos permite nacer y respecto al cual somos estructuralmente inmaduros, como cualquier niño que nace, cómo es posible que el encuentro crezca, nos permita crecer, madurar? Si el encuentro con Jesús no nos permitiera crecer, no nos llevara más allá de nosotros mismos, más allá del cascarón de insatisfacción donde el lamento encierra a nuestro yo, ¿de qué serviría? Giussani, en esta breve pero intensísima confesión del encuentro de Cristo en su vida, pone inmediatamente de manifiesto que el encuentro con Jesús que se revela como vida de nuestra vida es un nacimiento que, como cualquier nacimiento, va seguido de un crecimiento, un camino, una transformación, una evolución, un aprendizaje: «Cristo ha entrado en mi vida, y mi vida le ha recibido precisamente *para que yo aprendiera...*»; «en él se resume todo lo que yo quisiera, todo lo que busco, todo lo que sacrifico, todo lo que *se mueve* dentro de mí por amor a las personas con las que me ha puesto. [...] Cristo, vida de la vida, certeza del destino bueno y compañía para la vida

<sup>24</sup> M.-G. Lepori, *Simón llamado Pedro*, Encuentro, Madrid 2016, Cap. III, pp. 101-103.

cotidiana, compañía familiar y *transformadora para bien*: esto representa la eficacia suya en mi vida»<sup>25</sup>.

En efecto, hay una eficacia de Cristo en nuestra vida, y todo el trabajo de conversión y seguimiento consiste en dejarla operar para permitir que el Señor vuelva a creamos y remodele en nosotros al nuevo y verdadero Adán, cuya arcilla es nuestra vida, son nuestras relaciones, nuestras capacidades y fragilidades, es decir, la materia que desde el bautismo en adelante se pone en manos del Cristo pantocrátor, el Señor que todo lo puede, cuya eficacia es total e infinita, nos restaura y nos renueva.

«Mira, hago nuevas todas las cosas», dice el Señor en el capítulo 21 del Apocalipsis<sup>26</sup>. Hace nuevas todas las cosas empezando por nosotros mismos, sobre todo por nosotros, por mí, por mi corazón atraído por Él, porque no tengo necesidad más que de Él.

A Pedro, que sintió hasta el extremo la total inmadurez de su relación con Cristo, tanto como para negarle por pura cobardía, ¡después de haber vivido tres años con Él día y noche!, ¿qué le propondrá el Señor resucitado para conducirlo a la plena madurez y a la autoridad del Pedro descrito en los Hechos de los Apóstoles (un hombre que no teme testimoniar a Cristo en medio de las plazas, de los tribunales, en la cárcel, en Jerusalén, en Antioquía, en Roma, hasta el martirio)? ¡¿Qué le propondrá el Resucitado a Pedro para guiarle hacia una identificación total con Él, como para llegar a curar a los enfermos con su sombra?!<sup>27</sup>

Todo se resume y se concentra en el último diálogo entre Jesús y Pedro en el Evangelio de san Juan, capítulo 21,15-19, que, a su vez, se resume en dos palabras de Jesús: «¿Me amas? – Sígueme». Al seguir con amor a Cristo presente, el encuentro con Él crece, nos permite crecer, se vuelve fecundo.

Recordemos la carta de don Giussani del 22 de febrero de 2002 que citaba ayer: «Seguir a Cristo, amar a Cristo en todo: esto es lo que debe reconocerse como la característica principal de nuestro camino»<sup>28</sup>.

## **¡Marta, Marta!**

Volvamos al ejemplo de Marta, que nos educa mucho en la dinámica de la conversión que implica el encuentro con el Único del que tenemos necesidad.

---

<sup>25</sup> L. Giussani, *Dar la vida por la obra de Otro*, op. cit. p. 59; la cursiva es nuestra.

<sup>26</sup> Ap 21,5.

<sup>27</sup> Cf. Hch 5,15.

<sup>28</sup> Ver nota 4, p. 10.

¿Qué camino dio comienzo para ella esa noche? ¿Qué impacto tuvo esa palabra de Cristo que meditó en silencio al retirarse? Probablemente, al principio se retiraría a murmurar, a mascullar, pero después meditó. Porque esas palabras de Cristo tenían en sí mismas una misteriosa dulzura, una ternura hacia ella que nunca había experimentado.

«Marta, Marta, andas inquieta y preocupada con muchas cosas; solo una es necesaria»<sup>29</sup>.

Jesús repite dos veces su nombre. ¡Qué muestra de atención! ¡Qué afecto! Del mismo modo Dios llamó a Abrahán para pedirle que sacrificara a Isaac<sup>30</sup> o a Moisés desde la zarza ardiente<sup>31</sup>, es decir, en los momentos cruciales de la historia de la salvación. También Cristo llamó así a Pablo de Tarso cuando se lanzaba en su loca misión de perseguidor: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»<sup>32</sup>. Asimismo, Marta se encuentra con el Dios que te llama ahí donde parece que eres tú quien posee la vida, y precisamente ahí pide tu preferencia por Él. En aquel momento, Abrahán estaba seguro de que poseía su descendencia para siempre; Moisés se encontraba con Dios en la zarza ardiente y, especialmente, Saulo estaba seguro de que lo que estaba haciendo era lo más justo y verdadero, lo más justo y verdadero que puede hacer un hombre. Justo ahí, en el lugar donde parece que posees tú la vida, Dios te pide que le prefieras. Mejor dicho, más que pedírtelo, te lo propone. Inmediatamente, se da una atracción misteriosa en esta propuesta de Dios como el Todo de tu vida, como la Vida de tu vida. Por tanto, Abrahán obedece hasta la indicación de sacrificar a su hijo; Moisés se quita las sandalias y se acerca a la zarza ardiente; Saulo se deja llevar como un niño precisamente ante la pequeña comunidad cristiana de Damasco que quería destruir.

Para Marta se trata de la misma llamada, aunque suceda en su vida cotidiana. ¿Qué diferencia de valor puede haber entre la llamada de Abrahán o Moisés y la de esta mujer atareada en la cocina, si la llamada viene del mismo Señor y Dios? Es más, diría que para Marta la llamada es aún más extraordinaria, porque el Eterno no la llama desde el Cielo, desde una zarza ardiente o desde el monte Sinaí, sino que está sentado en su casa, está hablando con ella, es un hombre como nosotros, que llega cansado y sudado, con los pies llenos de polvo y que después estará comiendo y bebiendo como nosotros. Esto es más extraordinario que la zarza ardiente, más extraordinario que el monte Sinaí que echa humo y tiembla, y nos hace temblar. Como dijo Jesús refiriéndose a Juan

---

<sup>29</sup> Lc 10,41-42.

<sup>30</sup> Gén 22,1.

<sup>31</sup> Éx 3,4.

<sup>32</sup> Hch 9,4.

el Bautista, «aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él»<sup>33</sup>. Somos más grandes porque es más extraordinaria la propuesta que Dios nos hace en el Hijo encarnado, que nos hace por lo tanto en la carne, en la cotidianidad de nuestra existencia humana. La cocina de Marta, como antes la estancia o la gruta de la Virgen María en Nazaret, es un lugar más sagrado que el encinar de Mambré para Abrahán, que el Sinaí para Moisés o que el Horeb para Elías. Porque nunca Dios había estado tan presente como en Jesucristo. «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»<sup>34</sup>, literalmente, «hizo su morada» entre nosotros, plantó su tienda entre nosotros para estar cerca de nosotros de un modo familiar, en nuestra vida, para ofrecernos en Sí mismo, con una sencillez desarmada, todo aquello para lo que el corazón está hecho, para lo que está hecho el corazón de cada hombre en la historia humana.

## **La gran decisión**

Cuando uno se sorprende por ello, como Marta aquella noche ante las palabras de Jesús, ¿qué sucede?, ¿qué tiene que hacer?, ¿qué reacción se le pide a la libertad provocada y atraída por una propuesta tan totalizadora por parte de Dios?

También para Marta comenzó entonces un camino, un seguimiento. El Eterno le reveló que Él es todo no solo en sí mismo (¡eso también lo saben los paganos!), sino para ella, justo para ella —«¡Marta, Marta!»—, así como para María y Lázaro, como para Pedro y el resto de los apóstoles. ¡Jesús lo es todo para ella!

Pero cuando Cristo se revela a nosotros como el Único necesario, el Único del que tenemos necesidad, esto requiere por encima de todo una decisión. Porque si esto es verdad, que solo tengo necesidad de Él, entonces ya no puedo separarme de Él. Si esto es verdad, entonces no puedo dejar de verificarlo. Si no lo hiciera, si no verificara que Él se entrega a mí como todo aquello que necesito, permitiéndome percibirlo con el eco misterioso que su mirada, su voz y su palabra me hacen sentir en el corazón, si no verificase esto, me traicionaría a mí mismo, traicionaría toda la sed de felicidad, de verdad, de belleza, de amor con la que mi corazón me atormenta desde mi nacimiento, o quizá antes de mi nacimiento. Si no verificara la totalidad de Cristo para mí, toda mi vida estaría inmersa en una sombra de tristeza, la tristeza del joven rico (descrita en

---

<sup>33</sup> Mt 11,11.

<sup>34</sup> Jn 1,14.

todos los Evangelios sinópticos y especialmente en Marcos 10)<sup>35</sup>, una sombra que volvería todo gris, todos mis bienes, todo lo que antes estaba abierto a un deseo de plenitud, pero que ahora solo ahoga el deseo de mi corazón, como una tumba en la que me dejo enterrar vivo.

Antes de encontrarse con Jesús y decirle que no, las riquezas y la rectitud moral del joven rico (que realmente decía: «He guardado todos los mandamientos, ¿qué más me falta?») daban cuerpo a su deseo de vida eterna, en cierto modo tendían hacia Cristo, gritaban su insuficiencia para satisfacer la sed de su corazón. De modo que eran bienes y virtudes que le impulsaban hacia un punto misterioso que su corazón intuía. El rostro seguía siendo misterioso, porque aún no lo había conocido. Hasta aquel día, las riquezas, los talentos y las virtudes morales no estaban cerradas en sí mismas, no frenaban, sino que empujaban el anhelo del corazón hacia el infinito. Sin embargo, después se dio el encuentro, Jesús le miró con amor y también a él le dijo con otras palabras lo mismo que a Marta: «¡Solo yo te puedo bastar! ¡Tu corazón solo me necesita a mí!». Jesús no hacía más que indicar al joven que no debía dejar sus bienes, sus talentos y sus virtudes porque se hubieran convertido en algo malo, en defectos o vicios, sino sencillamente porque ya habían alcanzado su fin, su plenitud, en el encuentro con Cristo. Ya habían cumplido su tarea de hacerle desear un cumplimiento que ellos mismos no podían garantizar ni conseguir. La tragedia de este joven fue no seguir. La tragedia no fue el hecho de no ser capaz de abandonar sus bienes; fue no seguir a Cristo, no estar con Él, no reconocerle como lo único que necesitaba.

*Tuvo un encuentro, pero no abrazó el seguimiento.* Después del encuentro, que realmente sucedió (de otro modo, ¿¿por qué se habría ido triste?!), no siguió el seguimiento (perdonad el juego de palabras). No seguir a Cristo no quiere decir que el encuentro no haya sucedido. Quiere decir que el encuentro no ha tenido continuidad, ha sido infructuoso, no se ha convertido en comunión con Jesús, no se ha vuelto familiaridad con Él, amistad; no se ha convertido en camino con Él. La tristeza, la mala tristeza, la que sofoca el corazón, es la desilusión de nuestro corazón que entrevé su plenitud, la satisfacción de su deseo más profundo y nosotros se la arrancamos (en sí misma, esta también es una tristeza buena, porque en el corazón es buena, verdadera). Es como si se arrebatara un recién nacido a la madre: el bebé pierde el deseo de vivir, de crecer, de adentrarse en el camino de la vida.

*Es como si la libertad se dissociara del deseo del corazón.* Este es el verdadero drama del joven rico y de todos los que después de encontrarse con Cristo, no lo siguen. No digo que, al encontrarse con Cristo, no se convierten inmedia-

---

<sup>35</sup> Mc 10,17-22.

tamente en santos, sino que no le siguen, incluso con todos sus pecados, incluso con las riquezas de las que no consiguen separarse. Pero ni siquiera se adhieren a Él. Es como si la libertad se disociara del deseo del corazón. El corazón encuentra, desea, quiere abrazar... pero la libertad, o lo que pensamos que es nuestra libertad, por un cálculo inconsciente de sí, por un temor provocado por fantasmas o falsas proyecciones, dice no, impide el abrazo. Entonces, esa falsa libertad cae víctima de sí misma, arrastra consigo el corazón-niño que iba a abrazar a Jesús, imponiéndole autoritaria y despóticamente otras vías hacia la plenitud, que acaban revelando su falsedad, tanto las vías como sus satisfacciones.

### **Pastores de la vida**

Hace muchos años, el 20 de febrero de 1995, visité al obispo Eugenio Corecco —el sacerdote que, al conocer a don Giussani cuando era un joven profesor, introdujo Comunión y Liberación en Suiza— en sus últimos días de agonía en compañía de don Giussani, que había venido ese día a verle por última vez<sup>36</sup>. Don Giussani quería volver, pero monseñor Corecco murió nueve días después. Como el obispo no conseguía mantenerse despierto, ya que estaba sedado a causa de los fuertes dolores, durante una hora estuvimos dialogando don Giussani y yo sobre la vida, la muerte, el límite y la caridad, hablamos de todo. Seguramente fue la hora más intensa de mi vida, en presencia de estos dos santos, amigos y padres, ante el espectáculo de su comunión en el filo entre la vida y la muerte, entre la vida terrenal y la vida eterna. Cuando el obispo Eugenio pidió disculpas por su somnolencia diciendo: «Perdonad, hoy me cuesta», don Giussani dijo: «Es la experiencia del límite. Pero el límite está vencido. ¡Cristo ha vencido a la nada!». Y mientras Corecco volvía a adormecerse, don Gius, mirando fijamente a nuestro amigo agonizante, me dijo que para él la página más impresionante de la Biblia era el primer capítulo del Libro de la Sabiduría, y que sobre todo le impresionaba el final, donde dice que el hombre elige la muerte, aunque Dios escoja para él la vida: «Dios no ha hecho la muerte / ni se complace destruyendo a los vivos. / Él todo lo creó para que subsistiera / y las criaturas del mundo son saludables: / no hay en ellas veneno de muerte, / ni el abismo reina en la tierra. / Porque la justicia es inmortal. / Los impíos, sin embargo, llaman a la muerte con gestos y palabras; / se desviven por ella, creyéndola su amiga: / han hecho un pacto con ella, / pues merecen compartir su suerte»<sup>37</sup>.

<sup>36</sup> A. Moretti, *Eugenio Corecco: la grazia di una vita*, Cantagalli-Eupress FTL, Siena-Lugano 2020, pp. 295-296.

<sup>37</sup> Sab 1,13-16.

Parece la imagen de gran parte de la cultura dominante del mundo de hoy, amiga de la muerte, que desea la muerte como si fuese una amiga, como si fuese el cumplimiento de la vida. Es el juicio amargo que expresa el salmo 48 sobre aquellos que viven para ganar el mundo entero sin escuchar el verdadero deseo de su alma, de su corazón: «La muerte es su pastor»<sup>38</sup>.

Entonces, yo le dije a don Giussani que eso me hacía pensar en una frase de Jesús a los judíos, una frase llena de tristeza, como cuando lloró sobre Jerusalén: «No queréis venir a mí para tener vida»<sup>39</sup>.

Y ahí, en la mirada de este anciano padre, también él ya debilitado por la enfermedad, pero vivísimo de corazón y de espíritu, vi y entendí lo que era la caridad; la caridad de aquellos dos hombres que tenía ante mí, y de todos los que he reconocido en mi vida como amigos y pastores de vida, no de muerte; la caridad universal de todos los papas que ha habido hasta Francisco; la caridad de pastores que, ante cualquier hombre, ante toda la humanidad, ante la cultura que sigue a la muerte –porque está guiada por mercenarios a los que no les importan sus ovejas–, no se resignan, no ceden a las seducciones de la muerte, no aceptan, como dice el Libro de la Sabiduría, tenerla por amiga. Son pastores, son padres, son madres que mueren antes que renunciar a ser pastores de la vida, pastores que conducen a la vida, que conducen a Cristo para que todos puedan tener vida en Él, y tenerla en abundancia. «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante», dice el Buen Pastor en Juan 10,10.

## **Dentro del gran drama de la humanidad**

Este es el gran drama de la humanidad dentro del que estamos llamados a decidir también nosotros, nosotros los primeros, de manera consciente, y también por los demás, como protagonistas indignos pero reales de un amor por el hombre, de una pasión por el hombre que viene toda de Cristo. El gran drama es que la Vida existe, ha venido, está aquí, la podemos conocer, pero podemos decidir no ir hacia ella, podemos no decidir ir hacia ella, podemos no seguirla, no aceptar su propuesta, aunque el corazón reconoce su fascinación, reconoce que es lo único que necesita.

Entonces, la decisión vital, para todos, sea cual sea el estado de vida o la forma vocacional, la decisión vital es entre vivir con Cristo o vivir sin Él, entre vivir siguiendo a Cristo o vivir alejándose de Él.

---

<sup>38</sup> Sal 49 (48),15.

<sup>39</sup> Jn 5,40.



Esta decisión vital no es la elección de una «vocación particular», como suele decirse. Es la *decisión fundamental del cristianismo*, es la decisión que se le pide a cada bautizado, de mil maneras, es más, de millones de maneras, tantas como hombres y mujeres existen Porque se trata del mismo Cristo, de lo que Cristo es en Sí mismo y de lo que es para nosotros. Es una decisión frente al ser, frente al Ser por antonomasia, al «YO SOY» revelado en el Sinaí a Moisés, pero, como decía, convertido en presencia cotidiana en Cristo que viene a decirnos: «YO ESTOY CON VOSOTROS todos los días [por tanto también hoy, 30 de abril de 2022, aquí o allí, donde se encuentre cada uno de vosotros], hasta el final de los tiempos»<sup>40</sup>. Es impresionante que el Evangelio según san Mateo concluya de este modo, con estas palabras, porque quiere decir que el Evangelio no acaba nunca, continúa todos los días, ¡hasta el fin del mundo!

Pero lo que Jesús es en sí mismo, el YO SOY de Jesucristo, haciéndose hombre, viviendo como hombre, muriendo en la cruz, resucitando de la muerte, *todo es para nosotros*, todo es para salvarnos, todo es para darse a nosotros como Aquel que necesitamos totalmente, como Aquel que responde a toda la necesidad de nuestro corazón, de nuestra vida, de nuestras relaciones, de nuestro trabajo, del plato que estoy cocinando como Marta, de la noche pescando en vano que, como Pedro, he pasado con mis compañeros... Cristo se entrega a nosotros como el único que responde a toda la necesidad de nuestra humanidad.

El encuentro con Cristo dona y propone esto, es decir, todo. La libertad se sitúa entonces ante una decisión por Cristo que no se limita a su palabra, a su doctrina, a la imitación de su ejemplo, a su amor por los pobres, a los milagros que puede hacer y a todo lo que queráis. La elección por Cristo es la elección por Él en la totalidad de su Persona, es decir, la decisión por Él presente, por Él, que pide estar presente en toda mi vida, es decir, que pide ser acogido.

«Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo»<sup>41</sup>.

Si fuésemos conscientes de lo que esto significa, si fuésemos conscientes de que esta palabra de Cristo en el Apocalipsis no es una imagen bonita y pía, sino la descripción real de su relación con nosotros, conmigo... deberíamos temblar al pensar cómo pasamos por alto un ofrecimiento así, el ofrecimiento de todo, del Todo, que está a mi puerta, como un mendigo que viene a pedirnos algo de dinero cuando, en cambio, *viene a pedir darnos la vida*, dar cumplimiento a nuestro corazón y a todo lo que constituye, teje, amasa mi existencia, hasta el último de mis cabellos.

---

<sup>40</sup> Mt 28,20.

<sup>41</sup> Ap 3,20.

Gracias a Dios, hemos sido creados en el tiempo, no somos ángeles que en un instante de decisión equivocada y orgullosa se convierten en demonios para toda la eternidad. El Señor nos ofrece la ocasión de decidir una y otra vez, de retomar y renovar esa elección continuamente. Él sabe que, si no le abrimos la puerta, vivimos sin sentido, sin la Vida de nuestra vida, y Él no se resigna a que eso suceda, siempre vuelve a buscarnos, siempre vuelve a llamar a la puerta... Yo estoy seguro de que el joven rico era el mismo san Marcos, que se convirtió, que volvió a Jesús, porque Jesús no se resignó a verle irse de aquella manera. De hecho, inmediatamente después del episodio del joven rico Jesús corre hacia la Pasión, porque le quiere salvar, del mismo modo que quiere salvar a todos los hombres.

Pero el que permanece, el que comienza a seguirlo mejor o peor, a querer estar junto a Él en cada paso de la vida, crece, crece en la vida, crece en humanidad, crece en todo aquello que la presencia de Cristo transforma, hace más bello, más alegre, más intenso, más maduro, más manso y humilde, más capaz de ternura, de paz o de coraje a la hora de afirmar con decisión lo verdadero, lo justo, de afirmarle a Él, hasta morir por Él. Quien permanece y Lo sigue, crece en esa santidad que es la plenitud de humanidad que la presencia y el amor de Cristo hace posible para todos, en cualquier estado de vida y condición. No hay nada de lo humano donde Cristo no haya venido a donar redención y cumplimiento. Por eso solo lo necesitamos a Él.

Qué impresión ver crecer la humanidad verdadera entre nosotros. Qué impresión, más grande todavía, verse a uno mismo cambiar, cambiar por la amistad con Él, aunque nuestra miseria permanece y, tal vez, crece con el tiempo. Porque la verdad humana del santo es tan verdadera, está tan fundada únicamente en Cristo, que no le importa seguir durante mucho tiempo, quizá para siempre, conviviendo con sus propias fragilidades, debilidades y pecados. El santo vive con verdad incluso su propio pecado, también se santifica a través de su pecado —quizá digo una herejía, ¡pero también lo dice el Papa!—, como Pedro que lloró amargamente. Porque la consistencia de la santidad cristiana no reside en nosotros, no viene del hombre, no viene del santo. La consistencia de la santidad radica en la adhesión a Otro, y todo viene de Él, todo *subsiste* en Él, como expresa san Pablo en el canto del primer capítulo de la carta a los Colosenses.

«Porque en él fueron creadas todas las cosas. Todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo y todo se mantiene en él. Él es también la cabeza del cuerpo, de la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos [¡Cristo, vida de la vida!], y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud [del universo entero, pero sobre todo de mi corazón, del corazón de Marta, del corazón de todos] y por él y para él quiso re-

conciliar todas las cosas [los quehaceres dispersos de Marta, la relación con su hermana o la guerra en Ucrania, la relación entre rusos y ucranianos], haciendo la paz [¡qué densidad de significado adquiere hoy este término!] por la sangre de su cruz, en las cosas de la tierra y en las del cielo»<sup>42</sup>.

### **Todo se reúne en torno a Cristo**

Pero es como si este rol cósmico y universal de Cristo tuviese que empezar desde la cocina de Marta, desde la barca de Pedro, desde el puesto de recaudador de impuestos de Mateo, como antes había comenzado en la casa de María de Nazaret, en el taller de san José, en el establo de Belén para los pastores... Toda esta recomposición del universo empezó misteriosamente, quiso empezar, por decisión Suya, del Verbo de Dios, por mí, por nosotros, por el encuentro con cada uno de nosotros. Y si después del encuentro uno se abandona a su atractivo, si al encuentro se reacciona abandonándose a su atractivo, que te hace decidir volver a estar con Cristo siempre, paso a paso, circunstancia tras circunstancia, encuentro tras encuentro, traición tras traición, toda la vida se convierte en una caravana de relaciones, de momentos, de gestos y experiencias que se reúnen en torno a Cristo, que siguen a Jesús. Porque Lo sigue el corazón, porque el corazón ha escuchado una llamada fundamental y suficiente como para justificar cualquier otra decisión, cualquier otra renuncia, cualquier otro posible sacrificio o abrazo: «¡Marta, Marta, solo me necesitas a mí, solo yo doy plenitud infinita y eterna al deseo de tu corazón!».

Ese seguimiento dilata el yo. San Benito habla de esa madurez al principio de la Regla, de modo que los monjes que la sigan comprendan que toda la disciplina que en ella se exige, toda la fatiga que requiere la conversión, todo ello es para un crecimiento de la persona en su capacidad de amar con libertad a Dios y a los hermanos, de acoger el corazón dilatado que Cristo promete y concede al que lo sigue.

Escribe san Benito: «Vamos a instituir, pues, una escuela del servicio divino». San Benito crea comunidades que educan a servir y sobre todo a seguir al Señor. «En ella no esperamos establecer nada duro ni penoso. Pero si, cuando sea conveniente, se presenta algo un poco más severo que de ordinario [como con los niños... de vez en cuando hay que ser severos si queremos que crezcan], para enmendar los vicios y conservar la caridad, no abandones en seguida, asustado, el camino de la salvación [como el joven rico], que necesariamente ha de iniciarse con un comienzo estrecho. Pues al progresar en la vida

---

<sup>42</sup> Col 1,16b-20.

monástica y en la fe [es decir, en el seguimiento a Cristo], dilatado el corazón, se corre por el camino de los mandatos de Dios con una dulzura de amor indecible»<sup>43</sup>. El que está en ese camino, el que sigue, paso a paso, de repente se sorprende corriendo, teniendo la energía para correr, porque tiene un corazón dilatado por la caridad, por una dulzura que no se puede expresar, porque se siente amado.

## **Un yo humilde y cierto**

Cuando leemos el episodio de la resurrección de Lázaro en el capítulo 11 de san Juan —escena que se desarrolla evidentemente después de la que narra san Lucas, tal vez dos años más tarde—, lo que llama la atención es que nos encontramos con una Marta ciertamente caracterizada por su temperamento de siempre, pero con un «yo» infinitamente más maduro, más ardiente y apacible al mismo tiempo.

«Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania distaba poco de Jerusalén: unos quince estadios; y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María para darles el pésame por su hermano. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. Y dijo Marta a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá”. Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará”. Marta respondió: “Sé que resucitará en la resurrección en el último día”. Jesús le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?”. Ella le contestó: “Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo”. Y dicho esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en voz baja: “El Maestro está ahí y te llama”»<sup>44</sup>.

¡Qué armonía hay en el contraste entre la Marta del episodio de Lucas y la Marta de esta escena! «Contraste», porque es evidente que esta mujer hizo un gran camino para seguir a Cristo, un camino de conversión provocado por el primer encuentro. Pero es un «contraste armonioso» porque al mismo tiempo es evidente que se trata de la misma mujer y que la conversión de su yo, el crecimiento de su corazón, no sucedió como un salto alejado de su humanidad, sino que fue un camino de su humanidad, de su temperamento, de sus relaciones, también de sus defectos.

---

<sup>43</sup> RB Prólogo 45-49.

<sup>44</sup> Jn 11,17-28.

Tanto es así que la primera palabra que le dice a Jesús es casi un reproche, como la vez anterior: «¡Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano!». Pero es totalmente diferente, porque es un reproche dulce, lleno de petición, una confesión de que Jesús es verdaderamente lo único que necesitaban Lázaro y ellas. Después, es como si Marta se corrigiera de inmediato, como si tradujese en un instante el reproche indirecto en un acto de fe que, sin sombra de pretensión o capricho, pide y mendiga todo a Cristo, con una certeza que antes no tenía: «Pero aun ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá». Qué potencia tiene un «yo» que dice «yo sé» no para afirmar con vanidad su propia capacidad, sabiduría o competencia, sino la de Otro. Marta dice «yo» dentro una plena confianza en Cristo. Es más, es consciente de que también el «yo» de Jesús está fundado sobre la confianza en el Padre, y por eso es un «yo» seguro, es un punto de certeza también para ella y para nosotros. Qué conciencia tan grande y madura tiene Marta de sí misma y de Cristo al afirmar que la presencia de Jesús es presencia del Padre, que el amor de Jesús es el amor del Padre, que lo que Jesús hace es lo que hace el Padre. El yo de Marta, el pequeño y mísero yo de Marta, confiesa con una transparencia total el *Yo de Cristo*, el modo con el que Jesús decía «Yo», sabiéndose definido por entero, para la eternidad, por la relación amorosa con el Padre en el Espíritu Santo.

Ante un «yo» tan humilde y cierto —esto es lo que nos fascina de los santos, también de muchas personas entre nosotros: la humildad y la certeza, unidas al amor a Cristo—, ante un «yo» tan humilde y cierto, Jesús se siente libre de revelarse totalmente, de manifestar a Marta toda su naturaleza divina, su potencia divina. La grandeza de un «yo» que se funda sobre la fe con humildad y confianza está en el hecho de que con ello permite que el Señor manifieste por completo su «YO SOY», que manifieste lo que quiere decir verdaderamente que solo le necesitamos a Él. La posición de Marta permite que Cristo se manifieste con toda la grandeza y ternura de su ser.

### **Paso a paso hacia una fe total**

«Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará”. Marta respondió: “Sé que resucitará en la resurrección en el último día”. Jesús le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?”. Ella le contestó: “Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo”»<sup>45</sup>.

---

<sup>45</sup> Jn 11,23-27.

Jesús guía a Marta, paso a paso, hacia una fe total. Recuerdo que mi «padre», monseñor Corecco, antes de morir decía que él pedía una sola gracia: morir con una fe total. Jesús guía a Marta, paso a paso, hacia una fe total. Como la madre que sugiere media palabra al niño para que aprenda a completarla, a recordarla entera, para que aprenda a expresarse él solo, no como un papagayo, sino como alguien que sabe expresar su «yo» como «yo», como identidad, como libertad que se afirma. Si la madre le dijera toda la palabra, el niño la repetiría como un papagayo y, en cambio, le dice la mitad para que en el niño se despierte la conciencia de que es él quien dice la palabra, él descubre que puede expresarse. Y siguiendo con fidelidad, como si recitase las respuestas del catecismo —«Sé que resucitará en la resurrección en el último día» [respuesta absolutamente correcta, impecable, pero Cristo la lleva más lejos, o mejor, le desvela que su fe en Él va más allá de la fe tradicional de Israel]—, siguiendo con fidelidad, con los ojos fijos en los ojos de Jesús, con el corazón dirigido hacia el corazón de Jesús, Marta recibe la revelación de todo, de todo lo que comenzó a conocer dos años antes en su casa, en aquella famosa escena. «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre».

Recordemos las palabras de don Giussani: «Cristo, vida de la vida, certeza del destino bueno y compañía para la vida cotidiana, compañía familiar y transformadora para bien: esto representa la eficacia suya en mi vida»<sup>46</sup>.

«Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre».

Solo necesitamos esto, es lo que todos necesitan. Es lo único necesario. Necesitamos una vida que nos rescite de la muerte, de cualquier muerte, de cualquier rostro que asuman la muerte y el mal en la vida personal, en la familia, en la comunidad, en el mundo entero. El resto son las mil cosas que nos preocupan y nos ponen nerviosos sin que sean necesarias, porque nunca responden a la necesidad verdadera del corazón, de todo corazón.

En realidad, ni siquiera la vida en esta tierra nos es necesaria, porque es el escenario en el que se percibe la necesidad del corazón, pero no es la tierra la que lo satisface. Lázaro no estará satisfecho los pocos años que viva tras la resurrección. Lo que necesitamos no es no morir o sobrevivir. Necesitamos, como dice Jesús a Marta, no morir eternamente, es decir, necesitamos la vida eterna, esa vida que solo Cristo nos puede dar, que solo es Cristo para nosotros. Jesús resucita a Lázaro a la vida de Lázaro, pero Lázaro no está hecho, no ha sido querido y amado por Dios, solo para eso. Ninguno de nosotros es querido y amado por el Padre solo para vivir una vida más o menos larga. Estamos

---

<sup>46</sup> Ver nota 19, p. 21.

hechos por Él y para Él, por Dios y para Dios, y el corazón no encontrará paz hasta que no descansa en la comunión eterna, en la vida que es Cristo, en el Seno del Padre, en el soplo del Espíritu Santo.

### «¿Crees?»

«Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre».

¿Qué más se puede añadir a este testimonio total de Cristo de sí mismo? ¿Qué puede haber más allá de estas palabras? ¿Qué puede haber para nosotros más allá de la revelación completa de la ontología de Dios realizada por Él presente, que nos mira a los ojos, que está presente en carne y hueso, cara a cara ante nosotros? ¿Qué más se puede añadir?

Parece que no se puede añadir nada más. Pero no es así. Algo falta en ese testimonio completo, en esa revelación total, en esa teofanía definitiva de Dios al hombre. Es el mismo Jesús quien se lo desvela a Marta y a nosotros: «¿Crees esto?».

No sirve de nada que Dios venga al mundo a anunciarse como Vida de nuestra vida, como vida eterna que ninguna muerte puede vencer, como vida eterna aquí y ahora, no solo el último día sino ahora, y no solo para nuestros muertos sino para nosotros, los que vivimos; de nada sirve todo esto —el mismo Cristo no sirve de nada, ni su muerte ni su resurrección—, *si yo no creo*, si yo no me reconozco como un «tú» creyente ante Cristo que viene hacia mí, revelándose de esa manera.

Qué afecto tiene Dios por el hombre, por nuestra libertad, cuando la manifestación de lo que Él es como Dios se inclina humildemente ante el umbral de nuestro corazón, de nuestra conciencia, de nuestra razón, de nuestra voluntad, inteligencia y libertad, dejando en nuestro tejado, casi como el gemido de un mendigo, la pregunta de si creemos en Él, la pregunta que le permita poder ser Él mismo para nosotros, poder ser Dios, poder ser la Resurrección y la Vida, poder ser Aquel que nos hace y nos redime, ¡Aquel que nos da la vida y la resucita a la vida eterna!

«¿Crees esto?». Esta pregunta no es un examen inquisitivo. Es el corazón de Dios mendigo del corazón del hombre, la libertad de Dios mendiga de la libertad del hombre, el Ser de Dios mendigo del ser del hombre.

Sin embargo, la respuesta a esa pregunta no tenemos que buscarla en nosotros. La materia de la fe, la sede de la confianza, no está en nosotros: está en el Señor mismo, es el Señor mismo. Por ello, la respuesta que da Marta no viene de su memoria o de sus razonamientos, sino que la expresa como traduciendo

en palabras lo que ve, lo que tiene delante, lo que Jesús le comunica de sí mismo mirándola a los ojos con amor, con el deseo de llenar el sentido de su vida, de llenar su vida de Sí mismo. «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo».

Marta se hace eco de lo que ve, de la experiencia que tiene de Cristo en ese momento. Jesús se está manifestando a Marta, es una teofanía ante ella, y ella lo ve, lo reconoce, porque desde la famosa noche del enfado, Marta no ha dejado de verificar las palabras que Jesús le había dicho, la realidad que le había revelado, es decir, que Él era lo único que el corazón desea, quien lo cumple y llena. Ahora Marta es madura, ha crecido en esa experiencia de la vida, ha crecido en la experiencia de que Jesús es verdaderamente la Vida de su vida.

Sobre todo, Marta confiesa que esa plenitud está presente, es una Presencia «que tenía que venir al mundo». No es solo una presencia inmóvil como si se tratara de un ídolo pagano, de una estatua. *Cristo es la Presencia de Dios, que acude allí donde se le acoge, donde es reconocido y amado*. Marta ha tenido y tiene esta experiencia, y por ello tiene un corazón cierto, con autoridad para estar segura de que si Cristo lo es Todo para nosotros, si Él es la Vida de nuestra vida, todo el trabajo de nuestra libertad consiste en corresponder a la libertad de Dios de venir al mundo, de darse al mundo en carne y hueso, para llenar de Resurrección y Vida el mundo, la vida del hombre, de todo hombre, sea cual sea la situación o condición en que se encuentre, incluso si ha muerto hace cuatro días y se está descomponiendo como Lázaro.

## **La gran verificación**

La fe es reconocer esto, es vivir por esto, con gratitud y esperanza. Por tanto, en cada momento de la existencia —incluso si se trata de una situación de muerte o de pecado, de un hecho de destrucción y mal como la guerra en Ucrania o un momento de dolor y sufrimiento como todas las situaciones de prueba, de enfermedad, de injusticia, de miseria, situaciones que continuamente nos tocan directa o indirectamente—, en todo ello nuestra libertad se ve desafiada de nuevo por la pregunta de Cristo, Resurrección y Vida, que mendiga nuestra fe, nuestro sí a Él, Vida de la vida, Vida del mundo: «¿Crees esto?», «¿crees que Yo soy la Resurrección y la Vida de tu vida?».

La vida no pide otra cosa. Dios no nos pide otra cosa. No nos pide que cocinemos bien, que consigamos servir la mesa a tiempo, que podamos movilizar la inacción de nuestra hermana. La vida nos pide la fe en Cristo. La vida, el mundo entero, nos pregunta si Cristo es verdaderamente lo único que



necesitamos, si Cristo es la Resurrección y la Vida de nuestra vida. La vida nos pide ser el espacio de esta verificación en que la fe permite que la presencia de Cristo sea la misteriosa y siempre sorprendente Resurrección y Vida de todo y de todos. ¡Cuántos testimonios de ello tenemos a nuestro alrededor! Como escribe el autor de la carta a los Hebreos: «En consecuencia, teniendo una nube tan ingente de testigos, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús»<sup>47</sup>. Cuántos amigos nuestros forman parte de esta marea de testimonios, de esta multitud de testimonios que nos permiten entender que realmente Cristo es la Vida de la vida, en la muerte, en la enfermedad, en el sufrimiento, en todo.

Quien vive esto tiene autoridad. En esta escena del Evangelio Marta es una persona con autoridad, que de manera sosegada ordena todo y a todos. ¡No tiene nada que ver con la mujer histérica de unos años atrás! Tiene autoridad porque ante todo se ha ordenado a sí misma, ha dejado que fuera Cristo quien obrara en ella. Cuando uno empieza a tener un centro fijo y estable y acepta verificar su consistencia, todo se ordena a su alrededor. La vida se ordena con armonía y belleza, también en medio de mil turbulencias, cuando acogemos verdaderamente a Cristo en nosotros, en la vida, en toda la vida, como el Único necesario, como el Único que responde a la necesidad de sentido y de vida de nuestro corazón. Todo se recompone en torno a Él, en la relación con Él. Solo Jesús conoce el lugar adecuado para cada uno de nosotros y de todo lo que forma parte de nuestra vida (desde los cabellos de nuestra cabeza hasta la mujer, desde el calzado hasta el trabajo, desde el café hasta la política...).

En su Regla, san Benito ordena todo, inserta todo lo humano que hay en los monjes en un orden armonioso que, desde los monasterios, iluminó la cultura europea y mundial. Pero hace que todo ese orden armonioso parta de un centro, un centro que no puede imponer, que cada monje está llamado a preferir, a acoger libremente, porque es un centro afectivo, un centro en el que mi libertad responde a un amor que le pide amor, a una preferencia que pide preferencia, a una mirada fija en mí que pide una mirada fija en Cristo. San Benito explica este centro pidiendo a los monjes «no anteponer nada al amor de Cristo»<sup>48</sup>. En otro fragmento dice que la obediencia sin vacilación de los monjes «es la que corresponde a quienes nada aman más que a Cristo»<sup>49</sup>. Por último, al resumir en el penúltimo capítulo lo que es esencial en la vida de los monjes, Benito

---

<sup>47</sup> Heb 12,1-2a.

<sup>48</sup> RB 4,21.

<sup>49</sup> RB 5,2.

concluye pidiendo que «de ninguna manera antepongan nada a Cristo, y que él nos lleve [he aquí el seguimiento] a todos juntos a la vida eterna»<sup>50</sup>.

Toda la vida crece y se ordena en función de este centro, en la continua comparación con este centro, cuando todo vuelve a partir de la preferencia central por Cristo. Así fue como creció Marta, así fue como su persona se convirtió en ese espectáculo de humanidad armoniosa, toda su exuberante humanidad, como indica el episodio de la resurrección de Lázaro.

## **Los extraños hombres que prefieren a Cristo**

Cuando don Giussani testimonia que Cristo es la vida de su vida, lo hace con preocupación por todas las personas involucradas en su carisma, una preocupación que ya había expresado otras muchas veces, por ejemplo, en la época en que yo estaba en la universidad, cuando insistía mucho en el famoso pasaje (¡espero que lo siga siendo!) del *Breve relato sobre el Anticristo* de Soloviev:

«El emperador se dirigió a los cristianos diciendo: “Extraños hombres [...] cristianos, que habéis sido abandonados por la mayor parte de vuestros hermanos y jefes, decid, ¿qué es lo que más queréis del cristianismo?”. Entonces, el *starets* Juan se puso en pie y respondió con dulzura: “¡Insigne soberano! Para nosotros, lo más querido del cristianismo es Cristo. Él mismo y todo lo que proviene de Él, puesto que sabemos que en Él habita corporalmente la plenitud de la Divinidad”»<sup>51</sup>.

A veces me pregunto si nosotros los cristianos, todos, laicos, curas, religiosos, seguimos siendo percibidos por el poder como «extraños hombres», «extrañas mujeres», si el poder de turno, la ideología de turno, nos percibe como extraños, es decir, no conformados a ellos, no asimilables a sus intereses, proyectos y planes. No en vano el papa Francisco denuncia con frecuencia la mundanidad con la que vivimos, con la que viven también los que deberían estar consagrados a la preferencia de Cristo de un modo, aunque no sea ejemplar, al menos significativo, como signo de una vida nueva posible para todos. Pero la vida nueva, diferente, «extraña» para el mundo, empieza en el yo, en el corazón que se encuentra realmente con Cristo y le deja anunciar y probar en nuestra vida que verdaderamente solo Él es lo Único necesario, lo único que necesito y, por tanto, lo más querido que tenemos, lo más valioso, es decir, lo último a lo que renunciaríamos si nos quitaran todo, incluso la vida. Los mártires nos lo testimonian: Cristo, puesto que es Vida de la vida, es lo más querido de la vida.

<sup>50</sup> RB 72,11-12.

<sup>51</sup> Cf. V. Soloviev, *Los tres diálogos y el relato del Anticristo*, Scire, Barcelona 1999, p. 180.

Ese es el testimonio que nos dio monseñor Corecco, mi padre en la fe, que vivió los años de enfermedad irradiando con alegría la paz que le daba un verso del salmo 62 (el cuarto verso) que aparece en los Laudes del domingo o en solemnidades: «Tu gracia vale más que la vida».

Todo nos llama a esto, a esta madurez del yo en la fe, que permite al Resucitado presente ser la plenitud del corazón en todas las circunstancias de la existencia. El que sigue a Cristo verificando en todo que Él es la Resurrección y la Vida de la vida crece en una relación nueva con todos y con todo, en una relación libre, porque quien no tiene nada más querido que Cristo es más libre que el emperador, posee todo más que el emperador del mundo.

Sin embargo, hay un aspecto de esta verificación sobre el que tendremos que profundizar esta tarde: Marta no recorrió sola este camino. No habría podido hacerlo sola. Nosotros tampoco.

Cantamos el *Regina Caeli*.



# *Sábado 30 de abril, por la tarde*

*A la entrada y a la salida:*

*Johann Sebastian Bach, Cantata "Christ lag in Todesbanden", BWV4*

*Karl Richter – Münchener Bach-Chor und Orchester (Archiv Produktion) Universal*

## ■ SEGUNDA MEDITACIÓN

**Mauro-Giuseppe Lepori**

*«El Maestro está aquí y te llama»*

### **Leticia y libertad**

«Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?». Ella le contestó: "Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo". Y dicho esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en voz baja: "El Maestro está ahí y te llama"<sup>52</sup>.

Esta mañana hemos hablado del camino que hizo Marta verificando, después de su... gran arrebató, la provocación de Jesús, la provocación de afirmarse ante ella como la única realidad que necesitaba. Marta hizo un camino porque verificó este juicio, pero sobre todo verificó esta Presencia, en todos los recovecos de su vida. Hizo un trabajo sobre sí misma, viviendo en su interior este anuncio de Jesús, y fue descubriendo cada vez más que era verdad, que era cierto que necesitaba infinitamente más a Jesús que a todas las exigencias y pretensiones que llenaban su vida y su corazón, y que sobre todo la esclavizaban. Experimentó una liberación, una dilatación de su corazón, una dilatación del sentido y del gusto de la vida. Ahora nada la encerraba en sí misma o, si le volvía a pasar, la memoria de esa presencia, de esas palabras y de la experiencia que había generado en ella, reabría su corazón y la liberaba de la angustia y de la queja que intentaban hundirla de nuevo. Por eso estaba contenta. Incluso ante el drama de la vida, incluso en el dolor, como el de la muerte de su hermano Lázaro, Marta sentía esa leticia, es decir, era libre de esa cerrazón en sí misma que antes la ahogaba.

---

<sup>52</sup> Jn 11,25-28.

## Renegar de la falsedad del yo

Este trabajo no fue fácil, porque con el temperamento que tenía, verificar que era Otro todo lo que necesitaba, renunciar a darse a sí misma y a los demás lo que pensaba que necesitaban, suponía siempre una renuncia de sí misma, un renegar de sí que francamente no le resultaba agradable.

El logo de la Fraternidad, una obra del artista brasileño Claudio Pastro –que tuve la gracia de conocer en Sao Paulo pocos meses antes de su muerte, un artista lleno de fe que hizo del santuario mariano más importante de Brasil, Nuestra Señora de Aparecida, una de las grandes maravillas del arte cristiano contemporáneo–, como sabéis, representa a san Benito<sup>53</sup>. Alrededor de su figura, Pastro escribió media frase tomada de la Regla de san Benito: «*Ut sequatur Christum* – para seguir a Cristo». Faltaba la primera mitad de este versículo del capítulo 4 de la Regla, que es aparentemente negativo: «*Abnegare semetipsum sibi, ut sequatur Christum* – Negarse a sí mismo para seguir a Cristo»<sup>54</sup>.

Parece que san Benito casi quiere aplastar totalmente al yo, porque no solo dice negarse «a sí mismo» sino «*semetipsum sibi* – uno mismo a sí mismo». Evidentemente esto forma parte de una ascesis monástica que en tiempos de Benito no temía la mortificación de uno mismo. Sin embargo, cuando vemos que con frecuencia vivimos como esclavos de un «yo» alienado, lleno de mentiras e ideologías, de caprichos generados por un bienestar insolente que olvida la pobreza de la gente, de demasiada gente; cuando vemos lo inmersos que estamos en lo que el papa Francisco llama «la cultura del descarte y la indiferencia»<sup>55</sup>; cuando vemos con qué individualismo, con qué instintividad estamos delante de la vida, de nuestra comunidad, de nuestra familia, de la mujer, del marido, de los hijos o de nuestra vocación... En definitiva, tal vez no nos vendría mal hoy, si no una mortificación del yo –expresión que corre el riesgo

<sup>53</sup> La imagen de san Benito está tomada de un medallón ideado y realizado en 1980 por el artista brasileño Claudio Pastro (Sao Paulo, 1948-2016) por el aniversario del nacimiento del Patrón de Europa. Ese mismo año, el abad de Montecassino, Martino Matronola, confería el primer reconocimiento eclesialístico a la Fraternidad de Comunión y Liberación. San Benito tiene levantados los dedos corazón, índice y pulgar de la mano derecha para indicar las tres personas de la SS. Trinidad: una invitación a vivir en comunión. Con la mano izquierda señala al corazón, donde se realiza la idea de la Regla, la vida evangélica. Las líneas curvas y el contorno de la medalla son símbolos de la dinámica de lo divino que se encarna en lo humano. *Ut sequatur Christum* («para seguir a Cristo»; RB 4,10) aparece escrito en el margen, indicando el camino del hombre. Ver también: G. Feliciani, «Nota histórica», en L. Giussani, *La obra del movimiento. La Fraternidad de Comunión y Liberación*, op. cit., p. 11.

<sup>54</sup> RB 4,10.

<sup>55</sup> Cf. Francisco, *Homilía en la Santa Misa de apertura de la XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los obispos*, 4 de octubre de 2015; Francisco, *Mensaje para la celebración de la LIV Jornada Mundial de la Paz*, 1 de enero de 2021.

de ser mal entendida y mal vivida—, al menos un trabajo sobre uno mismo que nos haga conscientes de que concebir el yo como el todo en la vida —porque este es el problema del individualismo: concebir el yo como un dios, el ídolo de la propia vida— no es una postura que lleve a la felicidad, que lleve a la vida a abrazar un sentido que la supere. De hecho, la alegría, como vemos en los niños, es una experiencia donde el corazón «estalla» fuera de sí mismo.

Creo que Marta hizo ese trabajo de renegar de un yo colmado de sí mismo, un yo replegado sobre sí mismo y que exigía que todos se replegaran ante él. Pero no hizo este trabajo y este camino con la decisión y la fuerza de su yo. ¡Habría sido aún peor! Imagino que los demonios están convencidos de que son los seres más buenos y altruistas del universo, solo porque hacen todo ellos mismos y para sí mismos. No, Marta solo pudo hacer este trabajo porque miró a Cristo, se dejó atraer por Él, aunque al principio Él la había contradicho y contrariado. Pero la contradijo metiendo el dedo en la llaga de su concepción autónoma para la realización de su vida, en la que estaba encerrada y que la hacía sufrir, la ahogaba, envenenándolo todo en ella y a su alrededor: relaciones, trabajo, religiosidad, todo.

### **Una provocación compartida**

Sin embargo, Marta no hizo este camino sola, y esa noche Jesús no solo la llamó y se reveló a ella. Marta hizo un camino sobre sí misma dentro de una compañía, junto a personas que decidieron hacer ese camino con ella, haciendo un trabajo sobre sí mismos junto a ella.

Lo que sucedió esa noche, lo que Jesús dijo y reveló, no fue un simple encontronazo entre Él y Marta; tampoco fue un momento de dirección espiritual entre Él y Marta. Su diálogo se ha convertido en Evangelio porque es una cuestión que nos afecta a todos y que tocó e implicó inmediatamente a todos los que estaban presentes esa noche en casa de Marta. Estoy seguro de que esa noche tuvo lugar para los tres hermanos un encuentro con Cristo que dio un sentido nuevo a su vida juntos. De hecho, Lázaro y María, después de la corrección de Jesús a Marta, se quedaron en silencio. María y Lázaro habrían podido sonreírse con complicidad porque Jesús les daba la razón sobre las eternas y exasperantes pretensiones y agobios de Marta. O peor, podrían haber dicho a coro: «¡Te lo dijimos! ¿Ves? ¡Hasta Jesús ve que pones a todos nerviosos con tus agobios y pretensiones, con tu manía de controlarlo todo y a todos!».

En cambio, también ellos se quedaron en silencio, escuchando y meditando para sí. Porque lo que Jesús había dicho a Marta, que Él era lo único necesario, lo único que hace falta, era algo demasiado grande, demasiado importante. ¡No

podía valer solo para Marta! Cada uno de ellos lo meditó, incluida María, que había recibido el elogio de Jesús y podía sentirse bien consigo misma. Lázaro y María también se preguntaron: «¿Y yo? ¿Vivo realmente el encuentro con Jesús reconociendo que Él es la única respuesta necesaria para mi deseo de felicidad, de paz, de fraternidad, de belleza y de realización en la vida? ¿Es verdad o no que para mí Él lo es todo, la mejor parte? ¿Es verdad que Él es mi paz, que todo en mi vida se ordena y descansa en Él y en torno a Él?».

Confieso que cuando los laicos, sacudidos por las tempestades del mundo, nos dicen a los monjes que hemos elegido la mejor parte, casi con un sentimiento de culpa por no haber elegido ellos igual, me siento muy provocado. Porque tengo la impresión de que para quien vive en un monasterio la mejor parte no suele suponer una elección tan dramática como la que tienen que decidir los que se encuentran, por así decirlo, en pleno naufragio, por ejemplo, en el trabajo, en la familia, en política... Asimismo, en la escena de Marta y María es como si la mejor parte se sirviera en bandeja de plata, con demasiada facilidad. Marta, en cambio, está llamada a una elección dramática y, como veremos, de verdad toma esa decisión, sacrificando realmente la falsa postura de su yo. Por eso tengo la impresión de que aquella noche María comprendió que ella también tenía que renovar su elección por Cristo, también ella tenía que seguir la provocación de Jesús.

Pensemos en el momento en que Jesús y los apóstoles se fueron, esa noche o al día siguiente, y Marta, María y Lázaro se quedaron solos, con la casa en silencio, recogiendo y limpiando tras el paso de aquella docena de galileos, en su mayoría campesinos y pescadores poco avezados en buenos modales. Sin duda, los tres se miraron en silencio, con una mezcla de tristeza y de paz serena, agradecida y alegre. Una tristeza alegre por desear un bien que habían vivido y del que estaban agradecidos, pero que nunca se llega a poseer del todo. Los tres se miraron como no se habían mirado nunca, con una ternura con la que no se habían mirado antes. Se querían, esto se ve claramente en todas las escenas del Evangelio en que aparecen, pero esa ternura no estaba antes. Era evidente para los tres, aun sin decírselo –aunque luego se lo dirían– que entre ellos nada era igual que antes, que habían entrado en una fraternidad distinta, en una familiaridad distinta, y que esa casa que les era tan familiar, donde habían vivido desde pequeños con sus padres y abuelos, donde habían crecido juntos..., esa casa se había convertido en un lugar nuevo, un espacio nuevo, algo sagrado, como un templo, un espacio en el que vivir como si fuera un templo. Intuían que la novedad que había entrado entre ellos y en su casa había nacido justo en el instante en que Jesús le dijo a Marta, aprovechando su queja –aunque habría podido y sabido aprovechar cualquier otra cosa–, había nacido en ese instante en que Jesús había revelado a Marta y a todos los que escuchaban que todo co-



razón humano está hecho para Él, que es el Único necesario, la única respuesta a la necesidad de la vida, de todo lo humano que nos constituye.

Porque siempre sucede esto en el encuentro con Cristo, cuando nos encontramos realmente con Él. Jesús lo dice de mil maneras, hace que se viva de mil maneras, pero siempre se trata de esta experiencia. Como aparece en tres ejemplos del Evangelio:

«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y *encontraréis descanso para vuestras almas*. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera»<sup>56</sup>.

O cuando «Jesús contestó [a la Samaritana]: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”»<sup>57</sup>.

Y en otro pasaje de san Juan. «El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús en pie gritó: “El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura: de sus entrañas manarán ríos de agua viva”. Dijo esto refiriéndose al Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él [«¿Crees esto?»]. Todavía no se había dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado»<sup>58</sup>.

## La novedad de la fraternidad en Cristo

El hecho de que los tres hermanos trabajaran juntos en ese acontecimiento, que juntos se adhirieran a esa novedad y que juntos hicieran un camino, no lo vemos solo por la madurez que mostró Marta cuando Jesús fue a la tumba de Lázaro. También lo vemos, sobre todo, en su relación nueva con María, su hermana. Basta un detalle para entender esa relación nueva entre las dos hermanas: Marta, tras el encuentro y el diálogo con Jesús donde se le revela como la Resurrección y la Vida de la vida, va a llamar a su hermana de una manera que denota esa nueva relación que hay entre ellas, una relación nueva que crece entre los que verifican juntos que Cristo es lo Único necesario para el corazón y la vida, una relación nueva entre los que están juntos porque está Jesucristo, porque Cristo lo es todo. Marta le dice a María: «El Maestro está ahí y te llama»<sup>59</sup>.

---

<sup>56</sup> Mt 11,28-30.

<sup>57</sup> Jn 4,13-14.

<sup>58</sup> Jn 7,37-39.

<sup>59</sup> Jn 11,28.

Esta palabra encierra toda la novedad que Cristo ha traído al mundo, es decir, una novedad en las relaciones, una fraternidad, una hermandad nueva, una amistad que para el mundo es inconcebible y, sobre todo, imposible sin Cristo. Marta llama a María para decirle que Jesús la llama, le transmite la llamada del Señor presente. Es Él el que te llama, el que te quiere, el que quiere verte. Ambas saben ya que Jesús es el Único necesario, la Vida de la vida. Les une esta conciencia, el hecho de encontrar en Cristo la satisfacción total de su corazón.

«El Maestro». Para Marta, este sobrenombre está lleno de toda la autoridad de Cristo, de su *auctoritas* –desde el punto de vista etimológico, «hacer crecer»–, es decir, del hecho de que la relación con Él, escucharle, nos hace crecer, hace que la vida crezca, dilata el corazón, nos introduce en la verdad de todo, en la verdad de las relaciones, del trabajo, de los afectos, de las fragilidades humanas, hasta de la muerte y del dolor por la muerte de Lázaro o de la propia muerte. Para Marta, «Maestro» es Aquel que es «la Resurrección y la Vida», Aquel que está presente para levantarte y hacerte vivir con plenitud. «Maestro», diría santa Teresa de Calcuta, es Jesús «*la Vida – para ser vivida*», «*el amor – para ser amado*»<sup>60</sup>, y tantas otras cualidades y actitudes que estamos llamados a adoptar y asimilar de la autoridad llena de gracia de su presencia, de su amor por nosotros, de su mirada hacia nosotros.

No puede haber comunión más profunda y verdadera, fraternidad más bella y sólida que compartir esta fe y este deseo, esta fe que es deseo de Él, deseo y abrazo de Él. No puede haber mayor don recíproco ni unidad más indestructible que recordarse unos a otros la presencia de Jesús, que nos desea para dar respuesta y satisfacción a nuestro deseo fundamental de vida. Marta y María están tan discreta y profundamente unidas en la conciencia de que la presencia de Jesús es la Vida de la vida, para ellas y para todos, también para los muertos como Lázaro, que cuando están ante Él, en diversos momentos, le dicen lo mismo, le expresan la misma conciencia, el mismo deseo de la Vida de la vida, que es Él: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano»<sup>61</sup>.

## **Compartir la verificación de que Él es todo**

Subrayo todo esto porque me parece que en estos episodios, palabras y personas del Evangelio encontramos el paradigma existencial de la Iglesia,

---

<sup>60</sup> «*Convirtámonos en ramas verdaderas y fructíferas de la viña de Jesús, recibéndole en nuestra vida como Él quiera mostrarse: [...] como la Vida – para ser vivida; como el Amor – para ser amado*» (Madre Teresa, *Camino de sencillez*, Planeta, Barcelona 1995, p. 66).

<sup>61</sup> Jn 11,21 y 32.

de la compañía de personas, de la amistad y fraternidad que se nos ha dado a cada uno de nosotros y donde se nos pide ir hasta el fondo del encuentro con Cristo, hasta llegar a una plenitud de nuestra humanidad, una plenitud y madurez del yo que cambia el mundo, que renueva todas las cosas al corresponder al acontecimiento de Cristo y testimoniarlo. Nada testimonia a Cristo y que él es Todo para el hombre más que una persona que se juega la vida en verificar esta propuesta, que crece verificando esta propuesta de Cristo a nuestro corazón, de Cristo que dice a nuestro corazón: ¡Yo soy todo para ti y para todos!

Pero más aún que eso, o indisolublemente ligado a eso, nada testimonia tanto a Cristo y la plenitud que es para el hombre como *una compañía de personas unidas en esta verificación*, en esta experiencia de sentirse llamados por el Único necesario para verificar que realmente el corazón y la vida no necesitan a nadie más que a Él. *La comunión cristiana es justamente compartir la verificación [literalmente: hacer verdadero, real] que Cristo es Todo para el corazón del hombre.*

No nos puede unir nada más valioso, más querido, más preferible. Nada nos debería hacer más responsables de nuestra unidad frente al mundo entero. Porque el motivo de la unidad de los discípulos es nuestra experiencia de que Cristo es Todo para el corazón de cada hombre, de que Cristo es la Vida de la vida de cada hombre, y si tengo esta experiencia tan sorprendente y gratuita, tan inmerecida, soy inmediatamente responsable de todo corazón humano. Si experimento que la fraternidad que vivo con quien Dios me ha puesto al lado hace más verdadera y real la verificación de que Cristo es la única Realidad necesaria para el hombre, entonces la unidad con mis hermanos y hermanas se convierte en una responsabilidad universal, ante el mundo entero. En otras palabras, aunque deberemos profundizar en ello, si digo al que tengo al lado: «El Maestro está aquí y te llama», «Cristo, la Resurrección y la Vida, está presente y te llama», en realidad se lo digo a todos, transmito la presencia y la llamada de Cristo al mundo entero. No porque yo sea capaz, ni porque sea universalmente conocido, ni porque la persona a la que se lo comunico sea importante, sino por la naturaleza de Cristo, por lo que Cristo es incluso cuando está sentado en la cocina de mi casa, cuando está presente en mi comunidad o en mi destartalada familia.

El ecumenismo así vivido es una responsabilidad universal de los cristianos, es lo que todos los cristianos deben al mundo entero. De hecho, cuanto más se comparte esta experiencia, más verificamos juntos que Cristo es realmente Todo, que es Todo para todos, Todo en todos. Compartir esta experiencia, esta verificación, no disminuye, sino que acentúa la Totalidad que es Cristo para cada uno, para cada corazón.

«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»<sup>62</sup>, se decían los discípulos de Emaús. ¡Qué comunión tan profunda y tierna se produjo entre los dos discípulos de Emaús al compartir la experiencia de que solo cuando Cristo está presente, cuando el Maestro está presente, el corazón arde de plenitud! Nunca habían experimentado una amistad tan intensa entre ellos como en aquel camino con Jesús. Hay quien no excluye que fueran marido y mujer, o en todo caso dos discípulos unidos durante años por una relación, tal vez de trabajo, tal vez eran vecinos, parientes o amigos. Pero antes no estaban tan unidos. De hecho, antes los dos iban quejándose a causa de Cristo, que había muerto de manera tan indigna, sin mantener las promesas que ellos le habían atribuido para que colmara sus expectativas, probablemente todas buenas, como la liberación de Israel: «Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel...»<sup>63</sup>. Igual que Marta, que aquella noche solo esperaba de Jesús que mandara a su hermana a ayudarla, que le diera un puntapié para que se levantara a trabajar...

¡Qué poco esperamos de Cristo cuando no le permitimos que nos revele que Él lo es todo para nuestro deseo más profundo!

## **La misión de la fraternidad**

Marta, al transmitir a María la llamada del Maestro presente, comparte con su hermana una apertura a Cristo que le permite entregarnos todo, todo su Ser, toda la Vida que Él es para nosotros. Comparten una fe y una esperanza que no pone límites al don de Cristo en el mundo. Solo viviendo una comunión así somos verdaderamente misioneros. Cristo ha salido a nuestro encuentro, ha venido a llamarnos para salvar el mundo, sin límites. No ha venido solo a liberar a Israel o a poner orden y disciplina en casa de Marta. Sin embargo, nosotros casi siempre ponemos esos límites, reducimos así el acontecimiento de Cristo. No lo reducimos tanto en sí mismo, porque, de palabra, creemos que Cristo es el Hijo de Dios, encarnado, muerto y resucitado para la salvación del mundo entero. Lo reducimos en el pequeño ámbito en que permitimos que este acontecimiento cambie nuestra vida. Nos gustaría que respondiera a la medida de un deseo delimitado, que no es nada en comparación con el deseo ilimitado de salvación que tiene el corazón de Cristo. ¡Algo que Él desea también para mí! Cristo no quiere utilizarnos para salvar el mundo saltándose nuestra necesidad de salvación. Es justo lo contrario. Cristo salva al mundo entero mediante la salvación

---

<sup>62</sup> Lc 24,32.

<sup>63</sup> Lc 24,21.

de mi vida, mediante la plenitud de mi corazón, mediante la resurrección de mi vida. «Yo soy la Resurrección y la Vida», pero no solo para Lázaro, ¡para ti, Marta! Y a partir de ti, para todos aquellos con los que te encuentres, como tu hermana en breve. «Yo soy la Resurrección y la Vida» en Persona, en absoluto, y por tanto para todos, ¡para todos! Si mi vida llega a estallar en ti, no podrás vivirla sin abrazar el mundo, sin un anhelo de salvación universal, ¡que es mi mismo anhelo, el que me ha llevado a morir con alegría en la Cruz por vosotros!

Qué crecimiento humano tan extraordinario el de Marta y María, que pasaron de la competición y la mutua pretensión –tanto que parecía que hasta Jesús era motivo de peleas y celos entre ellas– a la conciencia madura de que compartir el valor de Cristo le hace aún más valioso y presente para ambas. Es la experiencia de que compartiendo a Cristo lo poseo más.

Marta ya no se queja si María está sentada en casa cuando habría tanto que hacer para recibir a toda la gente que viene a dar el pésame por la muerte de Lázaro; tampoco se quejará cuando María derrame todo ese nardo precioso a los pies de Jesús<sup>64</sup>. Marta está en paz con la gratitud contemplativa de su hermana, al igual que está en paz con su rol de mujer hacendosa, porque ha entendido, más aún, ha hecho la experiencia de que en cada cosa comparten el tesoro más valioso, el que da valor infinito tanto a sus tareas domésticas como a la contemplación inactiva de María. Nada le aparta de hallar en Cristo presente la plenitud de su corazón. El resto de cosas son solo el escenario de esta experiencia.

Pero esta verificación debemos hacerla en nuestra vida de fraternidad, de comunión y amistad, no solo con nuestra comunidad, también con el marido o la mujer y con los hijos, amigos y compañeros, así como con los enemigos y rivales. Tendríamos que preguntarnos siempre si hay espacio en todos estos ámbitos para Cristo presente que es Vida de la vida, plenitud del corazón y de toda nuestra humanidad. ¿Hay un espacio central para Cristo en nuestra vida, en nuestras relaciones, en nuestros encuentros, incluso en nuestros encuentros de ocio, en nuestros desacuerdos y conflictos? ¿Hay un espacio central para Cristo en las crisis de nuestras relaciones? ¿Hay un espacio central para Cristo realmente presente también en las crisis sobre cómo concebimos nuestras relaciones, el sentido de nuestro estar juntos, de nuestro caminar juntos? ¿Hay un espacio central para Cristo, por ejemplo, en nuestras discusiones sobre la interpretación de un carisma, de una misión o de una vocación?

El testimonio del Resucitado, esencia de cualquier presencia misionera, incluso entre las cuatro paredes de un monasterio o de nuestra casa, resplandece cuando reconocemos en medio de todo, al menos como mendigos, que

---

<sup>64</sup> Cf. Jn 12,1-11.

Cristo, el Maestro, el Señor, la Resurrección y la Vida de la vida, está aquí y nos llama.

Monseñor Montini, futuro san Pablo VI, al comienzo de su ministerio como arzobispo de Milán escribió una carta pastoral de Cuaresma que tenía por título una cita de san Ambrosio: «*Omnia nobis est Christus* – Cristo es todo para nosotros»<sup>65</sup>. Una carta que habría que retomar –siento que no haya tiempo ahora para ello– porque afirma con una claridad muy actual que lo que urge en la Iglesia y en el mundo es retomar la conciencia y volver a hacer experiencia de que solo necesitamos a Cristo. Me impresiona pensar que esa carta fue publicada por monseñor Montini unos meses después de que don Giussani, en el mes de octubre precedente, subiera los famosos peldaños del Liceo Berchet para comenzar, sin saberlo, el movimiento para el que le había destinado el Espíritu Santo. Imagino cómo deberían resonar en el corazón de don Gius las palabras de su arzobispo sobre la necesidad absoluta de Cristo.

En esa carta Montini da una definición extraordinaria de la Pascua, porque nos ayuda a entender lo que tiene que suponer para nosotros: «La Pascua [es] la proclamación de nuestra necesidad de Cristo, nuestra vida»<sup>66</sup>.

## **La verdadera amistad**

«El Maestro está ahí y te llama»<sup>67</sup>.

Tenemos que captar toda la intensidad de estas palabras porque definen la esencia de la comunión cristiana, de esa amistad y fraternidad que solo el acontecimiento de Cristo hace posible y que nos convierte en los «extraños hombres» de los que habla el emperador de Soloviev, que lo más querido que tienen es Cristo. Como decía antes, en esa frase Marta lo incluye todo, todo su encuentro con Cristo, Resurrección y Vida, y por tanto toda su fe en Él. «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo»<sup>68</sup>.

Al llamar a su hermana de esa manera, Marta traduce en una relación nueva con ella su reconocimiento personal de Cristo. Es precioso ver la correspondencia entre lo que dice apenas un instante antes sobre Jesús –«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo»– y lo que después dirá a su hermana: «El Maestro está aquí y te llama», es decir, ha venido por ti.

<sup>65</sup> San Ambrosio, *De virginitate* 16,99.

<sup>66</sup> G. Battista Montini, *Omnia nobis est Christus*, Carta pastoral a la archidiócesis de Milán, Cuaresma 1955.

<sup>67</sup> Jn 11,28.

<sup>68</sup> Jn 11,27.

El que reconoce a Cristo vivo y presente tiene una relación nueva con todo y, especialmente, con todos, empezando por las relaciones que ya tejen su vida.

Esta es la relación nueva que Andrés testimonió inmediatamente a su hermano Simón. «Uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús era Andrés, hermano de Simón Pedro [llevan toda la vida juntos, trabajan juntos, han compartido todas las alegrías y las penas de cada uno, se han peleado y se han mandado a paseo mil veces]. Encuentra primero a su hermano Simón y le dice: “Hemos encontrado al Mesías” –que significa Cristo–. Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas” – que significa Pedro»<sup>69</sup>.

¿Qué puede cambiar las relaciones habituales, a menudo tan usadas y deterioradas por el tiempo, por la rutina, por cómo nos damos por supuesto los unos a los otros, incluso y sobre todo a las personas a las que estamos unidos por vocación (marido y mujer, hijos, hermanos y hermanas de una comunidad...)? ¿Qué puede cambiar las relaciones? ¿Acaso ser más bueno, menos antipático, más generoso, menos aburrido? ¿Callarme más en vez de criticar siempre? Muchas veces precisamente callando hago que crezca la cizaña, las malas hierbas entre mis hermanos y yo... ¡No! *Lo que cambia mis relaciones es la Presencia de Aquel que llena mi corazón*. Andrés se encontró con Alguien que respondía a toda la sed de su corazón y, al ver a Pedro, se dio cuenta de que Cristo le llenaba tanto, se le había hecho tan querido, tan valioso, que llenaba incluso todo lo que faltaba o se había echado a perder entre él y su arisco hermano mayor. Así, pudo compartir a Cristo con Simón Pedro, porque la presencia de Jesús en él, en su corazón, era ya demasiado grande y real, de modo que Pedro quedó prendido con todo su corazón y con toda su vida, hasta el punto de convertirse en otro, tanto se convirtió en sí mismo que era otro: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas». No es que deje de ser Simón, el hijo de Juan. Pedro seguirá siendo el mismo para bien y para mal hasta después de Pentecostés. Pero es otro porque entra, emerge en su vida la identidad eterna que él tiene delante de Cristo, emerge lo que él es para Cristo, desde la eternidad y para la eternidad. Y si Cristo está presente, *sucede* lo que soy para Él, que es más de lo que soy, me define más que todo lo demás, más que yo mismo. Si Cristo está presente hace suceder lo que soy para Él en relación conmigo mismo. Si yo le tengo presente, permito que me haga ser lo que soy para Él.

«El Maestro está aquí y te llama». Cristo se comunica entre nosotros, se nos ha dado a conocer y se da a conocer entre nosotros, *en nuestras relaciones, convertidas en el eco de Su llamada*, hasta las más familiares e íntimas. Cristo llama a María, pero es Marta quien se convierte para María en la transmisión

---

<sup>69</sup> Jn 1,40-42.

temporal, carnal, de la llamada del Eterno. Cristo está presente, y Marta dice a María: «¡Está aquí!». Cristo llama a María, y Marta dice a María: «¡Te llama!». No añade nada, no hace ningún comentario, no interpreta nada. Solo con su persona, su cuerpo, su voz, su mirada, el temblor de su respiración un tanto entrecortada, el sudor de la frente, el brillo en los ojos... todo en ella se convierte en comunicación de Cristo que llama a su hermana. Marta se convierte en la encarnación de la presencia y la llamada de Cristo a su hermana, de la caridad de Cristo, de la caridad que tiene Dios con cada hombre.

«El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»<sup>70</sup>.

La experiencia de la Virgen María, lo que experimentó inmediatamente después de la Anunciación cuando fue a visitar a Isabel, se convierte en la experiencia cotidiana de la comunión eclesial, de la Iglesia. Lo nota con asombro Isabel, movida y conmovida en su propia carne de mujer y madre: «En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre»<sup>71</sup>. La presencia de Cristo en medio de nosotros es tan real que lo experimentamos hasta físicamente.

## **No proselitismo, sino atracción**

La transmisión de la presencia de Jesús no es mecánica entre nosotros. ¿Por qué? Porque es una transmisión entre Cristo presente y la libertad del otro. Marta no va a decirle a su hermana: «¡Corre que está Jesús! ¡No te puedes perder esta ocasión!». No, no propone a Cristo como un talismán que si no lo tocas te dará mala suerte. Propone a Cristo como el primero que se propone a nuestra libertad, atrayéndonos hacia Él con amor humilde, con su amor sediento del nuestro, sediento de nuestro corazón, sediento de la sed de nuestro corazón. Como dirían a coro los papas Francisco y Benedicto, tampoco Cristo convirtió mediante proselitismo a la Samaritana, a Zaqueo, a Nicodemo o al buen ladrón, sino por atracción, por nuestra libertad imantada por Cristo. Él atrae la libertad, no nos atrae con lisonjas o intereses, no atrae nuestros caprichos, atrae la libertad. Por tanto, lo que te propone los pasos, respetando tus preguntas, tus dudas (se pasa una noche hablando con Nicodemo), hasta que te rindas, no es una obligación, sino un amor infinito, la evidencia de un amor infinito. Pensemos en la paciencia de quien nos ha generado en la fe, en la experiencia cristiana, ¡qué paciencia ha tenido al esperar que nuestra libertad creciera, dijera que sí!

---

<sup>70</sup> Jn 1,14.

<sup>71</sup> Lc 1,44.



Marta va a por su hermana imantada ella en primer lugar por el atractivo de Cristo. Imaginaos la belleza del Señor, su atractivo para nuestro corazón, en el momento en que le dice, mirándola fijamente a los ojos: «Yo soy la resurrección y la vida»<sup>72</sup> –imaginaos, es la belleza absoluta; todos los iconos tratan de expresar esto–. Y lo dice precisamente por lo atractivo que es Dios para el hombre, no lo dice tanto para definirse a Sí mismo, sino para definir su relación con nosotros, el influjo que tiene sobre nosotros esa belleza absoluta. De hecho, añade enseguida: «el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre»<sup>73</sup>. Nos ofrece una vida que no muere, ¡que no morirá para siempre! Él es esa vida. ¿Qué puede atraernos más? Es más, fuera de esto, ¿qué otra cosa puede atraernos más?

Este testimonio como sustancia de las relaciones verdaderas, de amistad verdadera, de verdadera fraternidad, sustancia por tanto de la comunión eclesial, se transmite a la libertad del otro, propone esto desde mi libertad atraída por Cristo a la libertad del otro, atraído y llamado no por mí, sino por Cristo. «El Maestro está aquí y te llama [¡Él!]».

Si tuviéramos esta conciencia en nuestras relaciones, este juicio sobre nuestra instintividad en las relaciones, qué luz irradiarían nuestras comunidades, por pequeñas que sean, incluso siendo diminutas, destartaladas, en medio de un mundo donde la atracción y la libertad son esclavas la una de la otra, y por tanto no respiran, no crean amistad, no dilatan el corazón y la vida. En el mundo la atracción y la libertad se funden, de modo que no se mueven, no cambian la vida.

Gracias a Dios, ¡cuántos testimonios positivos tenemos de esto! Qué asombro que realidades así estén repartidas por la Iglesia, en la Fraternidad, en los movimientos y en las órdenes. Así es como la Iglesia vive y transforma el mundo, de este modo es sal y levadura en la masa del mundo. No tanto porque nos amemos los unos a los otros, sino *porque se nos ama así*, de tal modo que hasta el abrazo entre marido y mujer da cuerpo a esta llamada, expresa la manera de decirse los unos a los otros, como Marta a María, como Andrés a Pedro, como la Samaritana a la gente de su ciudad, que Cristo está presente y te atrae hacia Él, llama a tu libertad para ir con Él, para ser la Resurrección y la Vida de tu vida. Y amarse así es lo que hace que la Iglesia sea sal de la tierra, luz del mundo.

No hay abrazo, no hay amistad ni fraternidad más profunda e íntima que esta. ¿Por qué? Porque significa que lo que nos une, lo que nos vincula (tam-

---

<sup>72</sup> Jn 11,25.

<sup>73</sup> Jn 11,25b-26.

bién entre marido y mujer) es, como dice san Agustín<sup>74</sup>, algo que es más íntimo para mí que yo mismo, algo que es más íntimo para ti que tú mismo, algo que es más íntimo para nosotros que nosotros mismos, que nuestra intimidad: la plenitud para la que el corazón está hecho, satisfecho por Cristo, por Dios, por Dios en Cristo.

Esta intensidad, esta profundidad en las relaciones, vence la muerte y la separación entre nosotros que la muerte parece crear. Porque es la presencia del Resucitado, de Aquel que nos resucita, que es Vida de la vida, que nos llama incluso mediante la muerte, mediante la separación. Aquel que atrae mi corazón es el mismo, la misma Presencia que atrae a la persona amada hacia Él en la muerte, a través de la muerte; Aquel que atrae mi corazón hacia sí es el mismo que atrae a la persona que amo hacia la vida eterna. *La muerte es el signo misterioso del carácter definitivo de nuestra vocación, el signo definitivo de que solo le necesitamos a Él para vivir.* Si esto es lo que nos une, si esta realidad es lo que nos une, con el corazón y no con la cabeza, entonces incluso en el dolor, que la condición humana no puede dejar de sufrir, la realidad consiste en sorprenderse aún más unidos en Cristo, en la Vida. En el límite estoy yo, que aún tengo que hacer un camino en este sentido, que aún tengo que hacer el camino que hizo Marta hacia Cristo y por tanto hacia su hermana o su hermano, pero la realidad es que quien más vive en presencia de Cristo, está más presente ante mí que yo mismo, más cercano a la verdad de mi corazón que yo mismo...

## La fuente del carisma

Esta fraternidad que comunica la llamada de Cristo presente, plenitud del corazón, es la misión *ad intra e ad extra* de la Iglesia, de toda comunidad y realidad eclesial. La tarea de la Iglesia es vivir esta fraternidad. Asimismo, es la esencia de cualquier carisma. Bien pensado, vemos que en el fondo todo carisma eclesial es una modalidad particular, una encarnación particular, de la transmisión de la llamada de Cristo a la libertad del hombre, para que aquel a quien alcance pueda levantarse, como María de Betania, de su dolor mudo para llegar a la presencia del Resucitado, que llena la Vida de nuestra vida.

Todo carisma eclesial es una modalidad especialmente adecuada para decirle a todos, como Marta a María, que el Maestro está presente y nos llama hacia Él para responder a nuestro deseo de vida eterna. Todo carisma, para quien esté implicado en él, es portador de la fascinación de esa llamada, fascinación

<sup>74</sup> «...interior intimo meo et superior summo meo» (san Agustín, *Confesiones*, III,6,11).

porque corresponde a todo lo que mi corazón desea aun sin saberlo. El carisma que Dios ha elegido para ti es aquel en el que esta llamada te alcanza con más belleza, concreción y verdad; es aquel en el que esa llamada sigue resonando en tí, sobre todo si sigues el método que cada carisma requiere para hacer de esa llamada un reclamo constante a la presencia de Cristo y por tanto a la plenitud del corazón, a la presencia de Cristo y, en definitiva, a la Resurrección y Vida de tu vida.

La renovación de un carisma siempre supone un retorno de nuestra atención y afecto a esa experiencia original. La fuente de un gran río no es un momento del pasado, sino un origen constante. Volver no implica remontarse atrás, cientos o miles de kilómetros en el curso del río, sino retomar la conciencia de que el agua corre ahora, en el presente de tu vida y de la comunidad, que siempre se alimenta de la fuente, aunque haya filtraciones de agua sucia o residuos, siempre posibles porque somos hombres, somos pecadores y siempre somos perseguidos. Esto siempre ha sido así, desde la primera comunidad cristiana, siempre ha habido agua sucia y residuos en la corriente de la Iglesia. Pero el agua, si fluye, mana siempre de la fuente, y nosotros también estamos llamados a «fluir» ahora en el tramo de río en que hemos entrado, con esta conciencia. La conciencia del origen, de la fuente, mantenida y retomada en el curso del río, también ayuda a discernir lo que no viene de la fuente o, por el contrario, a aceptar que haya, gracias a Dios, afluentes que vienen a reforzar el flujo del río sin enturbiar el agua. Así es como la Iglesia «fluye» a través de los siglos, igual que cualquier familia carismática que nace en ella, como puede ser un movimiento o una orden antigua como la mía.

Lo importante es no perder la conciencia de que todo nuevo carisma es en el fondo un afluente que viene a reforzar la corriente del gran río de la Iglesia, cuya fuente, cuyo origen, es el costado abierto del Crucificado, el soplo del Resucitado en el Cenáculo, en Pentecostés. Cuando la Iglesia reconoce un carisma como propio, lo hace reconociendo en su flujo dentro del gran río de la Iglesia la misma agua, la misma «agua viva» del Origen de la propia Iglesia. Por eso es importante que cada carisma se deje verificar siempre por la Iglesia en su fidelidad al origen, tanto del carisma como de la misma Iglesia, que en última instancia es siempre y solo Cristo Resucitado, Vida de la vida del mundo.

## **El seguimiento de Juan**

Por eso necesitamos siempre el carisma petrino, necesitamos a Pedro, ser confirmados por él en la fe y en la fidelidad al origen, porque el Origen es el Resucitado y, a pesar de todas sus vacilaciones, de todas sus miserias humanas,

Pedro desde el inicio de la Iglesia es el testigo privilegiado de la Resurrección, de que Cristo es la vida, la Resurrección y la vida del hombre, el testigo de que el Resucitado está presente y lo podemos conocer y seguir. Una especie de grito resuena en la Iglesia primitiva, en la Iglesia desde el origen: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón»<sup>75</sup>, la liturgia lo repite. Jesús se apareció en primer lugar a las mujeres, se apareció a los discípulos de Emaús, se apareció a todos los apóstoles, etc., pero es como si el garante último de la Resurrección fuera sobre todo Pedro; es como si todas las apariciones del Resucitado estuvieran respaldadas, fueran verificadas, por la aparición a Pedro. Todos los que recibían una aparición del Resucitado iban, corrían, a decírselo a él (la Magdalena, las mujeres, los dos discípulos de Emaús, todos ellos corren a decírselo a Pedro). Y hoy sigue siendo así. Toda manifestación y obra de Cristo y del Espíritu que el Resucitado sopla sobre sus discípulos, todos los carismas (porque los carismas son la vida del Resucitado en la vida de la Iglesia, en la vida del mundo), todo ello es cierto si Pedro lo confirma con su experiencia de Cristo presente y vivo.

La gran escena del sí de Pedro, en Juan 21,15-19, es en el fondo la investidura de Pedro en su carisma pastoral, arraigado en la triple y humilde confesión de amor a Cristo seguida por la misión de convertirse en pastor universal: «Apacienta mis corderos» – «Pastorea mis ovejas» – «Apacienta mis ovejas»<sup>76</sup>. Pero todo esto sucede entre Cristo Resucitado y Pedro, es obra del Resucitado, y como Resucitado, Jesús le pide a Pedro que le siga: «Tú sígueme»<sup>77</sup>. Jesús anuncia el primado de Pedro antes de la Resurrección, pero le consagra en su misión después de la Resurrección, es decir, lo convierte en aquello a lo que le ha llamado, y lo hace por nosotros, como santa Catalina de Siena definía al Papa, «dulce Cristo en la tierra»<sup>78</sup>. Presencia del Resucitado en la tierra, garantía de la presencia del Resucitado en la tierra.

Juan, que tal vez era el más «carismático» de los apóstoles, el más agudo, el más místico y profético, el más ardiente en su amor y amistad con Cristo, lejos de sacar de todo ello un motivo para sentirse superior, comprendió que en esa elección del Maestro estaba la vía segura para vivir sus carismas siguiendo a Cristo. Ya de camino al sepulcro la mañana de Pascua, aun siendo más rápido que Pedro, se paró y le esperó. ¿Por qué? Porque quiso entrar en el sepulcro *siguiendo* a Pedro, quiso creer dentro de un seguimiento, como había aprendido siguiendo al mismo Jesús. Al final de su Evangelio vemos que, mientras Jesús

---

<sup>75</sup> Lc 24,34.

<sup>76</sup> Cf. Jn 21,15-17.

<sup>77</sup> Jn 21,22.

<sup>78</sup> Santa Catalina de Siena, *Carta a Gregorio XI*, n. 185.

se aleja con Pedro, a quien ha pedido que le siga, Juan les sigue. Sigue a Pedro, que a su vez sigue a Jesús; *sigue el seguimiento de Pedro*.

«Pedro, volviéndose, vio que les seguía el discípulo a quien Jesús amaba, el mismo que en la cena se había apoyado en su pecho y le había preguntado: “Señor, ¿quién es el que te va a entregar?”. Al verlo, Pedro dice a Jesús: “Señor, y este, ¿qué?”. Jesús le contesta: “Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú sígueme»<sup>79</sup>.

Es como si Jesús dijera: «No te preocupes por él, por su carisma, ¡yo me encargo de que siempre esté presente en la Iglesia hasta la parusía! Basta con que veas que te sigue a ti, que Me sigues. Eso basta para que su carisma y, con él, toda la Iglesia sean fecundos, den frutos para mi gloria y la salvación del mundo».

No obstante, para nosotros lo que importa es la posibilidad de que el apego a Pedro ayudó a Juan a creer, a ser firme en la fe en Cristo Resucitado, a responder como Marta a la pregunta de Jesús, «¿crees esto?», no tanto con palabras de fe, sino con una postura del yo firme en su adhesión al Señor. Después de entrar en el sepulcro siguiendo a Pedro, Juan «vio y creyó»<sup>80</sup>. Experimentó una gracia de fe, tuvo la experiencia de verse invadido por el acontecimiento de la Resurrección, por la presencia del Resucitado, y entendió que esa gracia estaba ligada al seguimiento de Pedro. Por ello, a partir de entonces, tanto en las apariciones del Resucitado, como la que tuvo lugar en el lago Tiberíades, como en la misión descrita en los Hechos de los Apóstoles, siempre veremos a Juan siguiendo a Pedro, viviendo junto a él la experiencia del Resucitado, de que Cristo es Vida de la vida. Milagros, anuncio, todo lo hizo junto a Pedro. A su vez, esto permitirá que Juan haga fértil el ministerio de Pedro con su carisma, le ayude a reconocer al Resucitado, como cuando le dice: «¡Es el Señor!»<sup>81</sup> después de la pesca milagrosa. Entonces, *Pedro obedece al carisma de Juan*, porque este le ayuda a reconocer al Resucitado presente, siendo el primero en ir hacia él y lanzarse al agua para que todos los demás puedan seguirle hacia Jesús.

Digo esto porque identificarnos con el Evangelio nos ayuda a situar nuestra vida, lo que nos pasa, las circunstancias que vivimos, dentro del acontecimiento de Cristo Resucitado. No es un ejercicio imaginario, no es soñar con los ojos abiertos, porque en la Iglesia, en los sacramentos, en el Evangelio, Cristo Resucitado permanece como un acontecimiento presente al que se puede conocer verdaderamente, al que podemos asemejarnos y con el que nos podemos

---

<sup>79</sup> Jn 21,20-22.

<sup>80</sup> Jn 20,8.

<sup>81</sup> Jn 21,7.

identificar realmente, encontrando así la postura adecuada para vivir. Una postura adecuada que, justo porque nos introduce en el acontecimiento del Cristo pascual, es una postura alegre, cierta, fecunda, llena de paz y de simpatía hacia la humanidad entera, que ansía el anuncio de que el Resucitado está aquí y llama a todos para salvarnos mediante la comunión con Él, Vida de la vida y Misericordia del Padre.

### **Lo que vence el naufragio**

Las últimas escenas de los Hechos de los Apóstoles, redactadas admirablemente por san Lucas, narran el viaje a Roma de san Pablo y su llegada a la ciudad eterna, donde pasará dos años bajo arresto domiciliario a la espera de que su causa se presente ante el tribunal imperial. La última escena que presentan los Hechos sobre él se resume en dos versículos: «Pablo permaneció allí un bienio completo en una casa alquilada, recibiendo a todos los que acudían a verlo, predicándoles el reino de Dios y enseñando lo que se refiere al Señor Jesucristo con toda libertad, sin estorbos»<sup>82</sup>.

Pablo, aun estando confinado, a la espera del juicio, perseguido por los judíos y a merced de la lentitud de la burocracia romana –¡que en dos mil años no ha mejorado mucho!–, es un hombre libre, libre de recibir a todos y dar testimonio del acontecimiento de Cristo que ha transformado su existencia. Pablo es libre del miedo. No puede moverse, pero nada encadena su deseo de transmitir el sentido de la vida que ha conocido, porque es un sentido de la vida que también da sentido al sufrimiento y a la muerte. Toda la libertad de Pablo reside en su corazón, consiste en una fe, en una esperanza y una caridad para cuya posesión basta el sí de un corazón pobre, que no pretende poseer nada sin recibirlo de Dios. Pablo es libre porque no necesita más que a Cristo, y Cristo está con él, vive en él. Retomando las palabras de Montini, Pablo acoge en sí la Pascua exactamente como «proclamación de la necesidad de Cristo, nuestra vida».

Pienso en el testimonio de tantos hombres y mujeres que con su fe y adhesión a Cristo han vencido, por así decirlo, el naufragio desde el interior, entre las olas que lo destruían todo, con la posición de su corazón, con la consistencia de su yo totalmente fundada en Cristo.

En estas escenas san Pablo recuerda a los grandes santos que estamos conociendo, como el cardenal Van Thuan durante sus años de prisión o Takashi Nagai, el médico japonés del que espero que pronto se publique –aparte de sus

---

<sup>82</sup> Hch 28,30-31.

*Pensamientos desde Nyokodō (ndt.)*, sus preciosas reflexiones escritas en su chabola tras la destrucción de Nagasaki por la bomba, *Algo que nunca muere (ndt.)*—, la autobiografía que escribió hasta el estallido de la bomba, porque ahí se ve realmente el testimonio de un hombre cuya vida es Cristo, solo Cristo. Por ello, también cuando lo perdió todo, cuando todo fue destruido, él, como una pequeña planta que vuelve a florecer, con su fe en Cristo inicia una nueva vida que no fue solo para él, sino para todos.

No obstante, esa escena de estabilidad del apóstol Pablo en su casa de Roma va precedida, casi inmediatamente, de una experiencia trágica, un viaje terrible. Durante su viaje de Cesarea a Roma, Pablo naufragó en el Mediterráneo. Lucas, que estaba con él y por tanto lo narra todo en primera persona del plural, nos ofrece una crónica digna del más atento reportero e incluso quizá de los mejores novelistas de aventuras.

El relato de este naufragio no solo es una página sublime de literatura y de documentación sobre el arte de la navegación en la época greco-romana. Es una página de la Sagrada Escritura donde se nos anuncia una mirada de fe sobre la historia y sus tragedias, de modo que podamos interpretar y vivir mejor lo que vivimos hoy, en nuestra vida y en todos los ámbitos, y nos arroja luz para orientarnos a vivir cualquier circunstancia como una oportunidad para crecer en el verdadero valor de la vida humana.

Pablo, estando en la nave que primero va a la deriva y luego naufraga en la isla de Malta, aun siendo prisionero, domina toda la situación y acaba siendo como *el director de la salvación de todos*. Os leo esta página, que os permitirá descansar de vuestro esfuerzo por atender y escucharme, porque es una historia de aventuras, pero sobre todo porque es de una riqueza impresionante y nos habla del tiempo presente.

«Al día siguiente, como el temporal continuaba azotando con fuerza, echaron al mar parte de la carga y al tercer día arrojamos con nuestras propias manos el aparejo de la nave. Durante muchos días, no aparecieron ni sol ni estrellas; y, como seguíamos acosados por una tempestad no pequeña, ya habíamos perdido toda esperanza de salvarnos. Hacía ya días que no habíamos comido. Entonces Pablo, de pie en medio de ellos, dijo: “Amigos, debíais haberme hecho caso y no haber salido de Creta; habríais evitado estos sufrimientos y estos perjuicios [aquí hace un poco de Marta en esta situación]. De todos modos, ahora os aconsejo que os animéis, pues no habrá entre vosotros pérdida alguna de vida, solo la de la nave, porque se me presentó esta noche un ángel de Dios, de quien soy y a quien sirvo, diciéndome: ‘No temas, Pablo, es necesario que tú comparezcas ante César; y mira, Dios te ha concedido la vida de todos los que navegan contigo’. Por ello, amigos, animaos, porque

tengo fe en Dios de que sucederá tal como se me ha dicho. Pero tenemos que ser arrojados en una isla”. Al llegar la decimocuarta noche, yendo a la deriva por el Adriático, los marineros sospecharon a media noche que se estaban acercando a tierra. Echaron la sonda y midieron veinte brazas; pasando un poco más adelante, sondearon de nuevo y midieron quince brazas. Temerosos de que fuéramos empujados contra una escollera, echaron cuatro anclas por popa, esperando con ansia que se hiciera de día. Los marineros intentaban escapar de la nave y estaban ya echando el bote al mar con el pretexto de que tenían que extender las anclas desde proa, cuando Pablo dijo al centurión y a los soldados: “Si estos no se quedan en la nave, vosotros no os podéis salvar”. Entonces los soldados cortaron las amarras del bote y lo dejaron caer. Mientras esperaban que se hiciera de día, Pablo aconsejaba a todos que comieran, diciendo: “Lleváis ya catorce días en continua expectación, en ayunas y sin tomar nada. Por eso os aconsejo que toméis alimento; es conveniente para conseguir salvaros, pues ninguno de vosotros perderá un cabello de su cabeza”. Dicho esto, tomando pan, dio gracias en presencia de todos y, después de partirlo, empezó a comer. Entonces se animaron todos y también ellos tomaron alimento. El total de personas que estábamos en la nave era de doscientas setenta y seis»<sup>83</sup>.

Tenemos que meditar sobre esta escena pensando en nuestros naufragios, en los naufragios de nuestro tiempo, desde la pandemia hasta la guerra en Ucrania, con todo el desbarajuste político, económico, social, psicológico, pero también religioso que provoca en el mundo. Tenemos que meditar sobre esta escena pensando en los naufragios más personales que sufrimos (familiares o comunitarios) o que afectan a nuestros seres queridos y amigos.

La nave en la que viajaba Pablo es una imagen del mundo, de la sociedad en la que viajamos para ir hacia el destino previsto para cada uno de nosotros. Entonces, Pablo se da cuenta, se le revela que todos sus compañeros de viaje no le son indiferentes en su destino personal, en el camino de su vida, que sigue a Cristo. Se le revela que Dios salvará a todos con él, que no le salvará a él sin ese pueblo totalmente ignorante e inconsciente de Cristo. Pablo se da cuenta de que, para salvar a todos, el Señor ha hecho que él le siga en esa nave hacia el naufragio. A partir de ahí, Pablo entiende que tiene que comunicar a todos su certeza, comunicar a todos que él está seguro porque vive apegado a Cristo; es sensible a la necesidad de la vida, al hambre de sus compañeros, porque su hambre está saciada por Cristo presente, porque su corazón está saciado por el único Pan de Vida verdaderamente necesario.

---

<sup>83</sup> Hch 27,18-37.



Pablo no da un gran discurso para convertir a todos esos náufragos desesperados. Pablo se aferra a la Presencia de Aquel que es toda su consistencia. Y está tranquilo y contento, sin una pizca de miedo, porque le basta Jesús, el Resucitado que se le ha dado hasta el punto de morir por él y por todos, haciéndose Cuerpo y Sangre, comida y bebida en medio del naufragio para alimentar nuestra vida con su Vida.

Viviendo esto, Pablo se da cuenta, con un asombro al que no nos podemos acostumbrar, de que Cristo, saciándole a él, sacia a todos; Cristo, salvándole a él, salva a todos; *Cristo, la Vida de su vida*, precisamente porque es la Vida de su vida, *es la Vida de todos*.

¡Y para él ya no hay un solo hombre que no sea hermano para siempre!  
Escuchamos el *Regina Caeli* cantado por el coro.



# *Domingo 1 de mayo, por la mañana*

*A la entrada y a la salida:*

*Nikolai Rimski-Korsakov, La Gran Pascua Rusa, op. 36*

*Ernest Ansermet – L'Orchestre de la Suisse Romande*

*“Spirto gentil” n. 29, (Decca) Universal*

*Ángelus*

*Laudes*

## ■ ASAMBLEA

***Davide Proserpi.*** Hemos llegado al final, al último gesto de estos Ejercicios, de los que –tengo que decirlo– podemos estar realmente agradecidos por el momento que estamos viviendo y las preguntas que teníamos. Es más, gratitud es la palabra que predomina en las contribuciones que han llegado por mail ayer por la noche: gratitud por el testimonio del padre Mauro, gratitud por estos Ejercicios, gratitud por seguir juntos, porque el movimiento siga existiendo. Esto no se puede dar por descontado, todo esto se da porque Dios quiere que siga existiendo; si no quisiera, no existiría nada de todo esto. Como decíamos ayer por la noche, hemos llegado hasta aquí con muchas preguntas, muchas preocupaciones –personales y comunitarias– sobre la vida del movimiento, sobre la situación que estamos atravesando, sobre el mundo, la guerra, el dolor y el sufrimiento, pero lo que ha sucedido y de lo que hemos sido partícipes ha llenado todo el espacio de nuestro corazón, apartando en un rincón el resto de cosas, es más, arrojando una nueva luz, inesperada, sobre el resto de cosas –al menos en lo que a mí respecta–, pacificándolas.

En este sentido, me gustaría retomar una cosa que nos dijo ayer por la mañana el padre Mauro:

«Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre”. Solo necesitamos esto, esto es lo que todos necesitan. Es la única cosa necesaria. Necesitamos una vida que nos rescite de la muerte, de cualquier muerte, de cualquier rostro que asuman la muerte y el mal en la vida personal, en la familia, en la comunidad, en el mundo entero. El resto son las mil cosas que nos preocupan y nos ponen nerviosos sin que sean necesarias, porque nunca responden a la necesidad verdadera del corazón, de todo corazón»<sup>84</sup>.

---

<sup>84</sup> Ver aquí, p. 36.

Entonces, preguntémosnos, yo me lo pregunto: ¿por qué ha sucedido? ¿Por qué ha podido suceder? ¿En qué consiste el testimonio que se nos ha dado?

Hay una afirmación de Péguy que capta el meollo de la cuestión: «Cuando el alumno no hace otra cosa que repetir no ya la misma resonancia, sino un calco miserable del pensamiento del maestro, cuando el alumno no es más que un alumno, aunque fuera el más grande de los alumnos, jamás engendrará nada. Un alumno no empieza a crear más que cuando introduce él mismo una resonancia nueva (es decir, en la medida en que no es un alumno). No es que no haya que tener un maestro, sino que uno tiene que descender del otro por las vías naturales de la filiación, y no por las vías escolásticas del discipulado»<sup>85</sup>. En 1989 Giussani comentaba este pasaje de Péguy con estas palabras: «Esta es la necesidad de que haya una verdadera compañía para que llegue a ser fuente de misión en todo el mundo: no ya discipulado ni repetición, sino *filiación*. La introducción de un eco y de una resonancia nueva es algo propio del hijo, que a su vez tiene la naturaleza del padre. Tiene la misma naturaleza que el padre, viene de la misma cepa que el padre, pero es una realidad nueva. Tanto es así que puede obrar mejor que el padre, y este puede ver lleno de felicidad que su hijo está llegando a ser más grande que él mismo. Pero lo que hace el hijo es más grande precisa y únicamente en cuanto que realiza mejor lo que ha oído y ha visto del padre. Por eso no hay nada más contradictorio, para el carácter orgánico viviente de la compañía cristiana, que, por un lado, la afirmación de nuestra propia opinión, de nuestra medida, de nuestro propio modo de sentir como criterio último y, por otro lado, la pura repetición. Lo que genera es la filiación: la sangre de uno, el padre, pasa al corazón del otro, el hijo, y produce una capacidad de realización distinta. Así se multiplica y se extiende el gran Misterio de su Presencia, a fin de que todos Lo vean dando gloria a Dios»<sup>86</sup>.

Yo creo que estos días hemos podido vivir esta experiencia, participar de la experiencia de lo que quiere decir ser hijos. Te damos las gracias por ello.

Han llegado muchísimas preguntas. Hemos elegido algunas de las más recurrentes.

«“Una sola cosa es necesaria”. Y, sin embargo, continuamente esa cosa se queda en el fondo, olvidada y, por tanto, al final, poco amada y poco conocida, a veces puesta en duda. ¿Cómo dejar que esa Presencia llegue a ser familiar y verdadera, esté presente de modo que alimente concretamente la vida?».

«Si Cristo basta, ¿qué es el resto de cosas? El hambre, el deseo, el trabajo, la política, la pasión, el sentimiento, la guerra, ¿qué son todas estas cosas?».

<sup>85</sup> Cf. Ch. Péguy, *Cahiers*, VIII, XI [3.2.1907].

<sup>86</sup> L. Giussani, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, pp. 83-84.

**P. Mauro-Giuseppe Lepori.** ¿Cómo llega a ser familiar esa Presencia? Me vienen a la mente las bodas de Caná. Jesús también fue invitado. Para que entre en nuestra vida familiar, en la familiaridad de nuestra vida, en cierto sentido, necesita una invitación. En efecto, que Jesús venga también es fruto de la libertad que lo invita; sin embargo, Él viene gratuitamente. Ellos desconocían a quién acogían al invitar a Jesús a la boda, pero si no hubiese ido, el vino se habría acabado, el agua habría seguido siendo agua, la vida familiar de aquella pareja, nuestra vida familiar, nuestra vida de todos los días seguiría siendo lo que es: una realidad que acaba. Es importante darnos cuenta de que Cristo se deja invitar con suma facilidad (¡es más fácil invitarlo a Él que al abad general!), porque ya está detrás de la puerta. Nosotros lo invitamos, pero Él ya estaba detrás de la puerta de nuestra vida llamando, ya está aquí. Basta el «sí» de una libertad que le dice: «¡Adelante!» («¡Adelante, vamos!»<sup>87</sup>, como decía el canto), pero es un «adelante» que se le dice a Cristo: «¡pasa, entra!». Basta solo ese «sí», porque si su Presencia tuviera que volverse familiar de un modo más complicado que con solo decirle «¡ven!», traicionaríamos la gratuidad de esa Presencia. En cambio, se nos da con una gratuidad absoluta.

«Si Cristo basta, ¿qué es el resto de cosas? El hambre, el deseo, el trabajo, la política, la pasión, el sentimiento, la guerra, ¿qué son todas estas cosas?». Todo esto anhela a Cristo, es decir, todas estas cosas son el rostro concreto de un grito, de la necesidad de Él, de la sed de Él, del vacío que hay en nuestra vida si Él no está. Por ello, al abrazar a Cristo, yo no reniego, no digo que todas estas cosas sean nada, sino que afirmo mucho más que todas estas cosas realmente quieren ser realidades plenas. Si no abrazo a Cristo, si no dejo entrar a Cristo en mi casa, la casa como tal se queda vacía y ya nada tiene sentido: la mesa, las sillas, nada. El reconocer que todo tiende hacia Él convierte cada instante de nuestra vida cotidiana en el lugar de la verificación de su Presencia, donde Él se hace presente.

**Prosperi.** «Decías que hay unidad entre los discípulos porque Cristo lo es todo para el corazón del hombre. A veces en la comunidad el deseo de unidad corre el riesgo de ser teorizado como algo que hay que alcanzar y construir con las propias fuerzas y el propio ímpetu, dejando a un lado el acontecimiento de Cristo y viviendo de un modo desapasionado el encuentro con el otro y su experiencia».

**Lepori.** Debemos rendirnos al hecho de que nuestra unidad es obra de Alguien, de una Presencia. No es algo que construimos entre nosotros, como un

---

<sup>87</sup> F. Ferrari (“Zot”), «Avanti, forza».

puente, no es un pacto entre nosotros, sino que es Otro quien la genera. Todo eso está en la experiencia de la Iglesia y en la del ecumenismo. En definitiva, es volver a darnos cuenta de que nosotros no podemos construir nuestra unidad, que solo se produce si reconocemos que Él está entre nosotros, que Él está aquí.

Esto vale para todo: nosotros no debemos construir la presencia de Cristo; se reconoce. Cuando la madre Teresa decía que hay que reconocer a Cristo en el pobre no lo decía en el sentido de que uno tiene que hacer un esfuerzo de voluntad para convencerse de que «este vagabundo o leproso es Cristo», sino que uno tiene que reconocer que Cristo está en el pobre, se manifiesta en el pobre, viene a su encuentro en el pobre, en cada hermano y hermana. Y eso crea una unidad infinita con todos y con todo, porque en el otro reconozco a Aquel que verdaderamente necesito. San Benito dice: «Cuando llega un peregrino o un pobre, hay que salir a su encuentro y recibirle como a Cristo»<sup>88</sup>, es decir, reconocerle presente en el otro, reconocer que Él viene, que Él está ahí, que es una realidad ontológica. Este es el fundamento de todo, de la caridad, de la comunión; reconocer que la presencia de Cristo es ontológica y que yo no estoy llamado a suscitarla como si fuera un espíritu, sino a reconocerla presente y, al reconocerla, la pongo de manifiesto.

**Prosperi.** «Has definido el silencio como la vía maestra con la que afrontar el desorden de nuestras vidas. ¿Qué quiere decir hacer silencio en la vida cotidiana? ¿Y cómo nosotros, laicos, inmersos en el mundo hasta el tuétano, podemos educarnos en esta práctica, para escuchar también nosotros al Maestro que nos habla?».

**Lepori.** Hacer silencio quiere decir, sobre todo, reconocer que el silencio no lo hacemos nosotros, el silencio lo crea Cristo al hablarnos. Hago silencio porque hay una sola Palabra que merece la pena ser escuchada (como dice *La imitación de Cristo*: «En una palabra está todo y todo expresa una sola palabra...»<sup>89</sup>). Si yo sé que solo hay una cosa que tengo que escuchar, me esfuerzo por escuchar solo esa palabra, eso es el silencio.

Creo que toda vocación, toda forma de vida tiene que encontrar, tiene que vivir su forma de silencio, su modo de escuchar a Cristo, incluso tener su disciplina para escuchar a Cristo. Que cada uno se pregunte: «¿Qué es lo que me ayuda a

---

<sup>88</sup> Cf. RB 53,1-7.

<sup>89</sup> «*Ex uno Verbo omnia et unum loquuntur omnia, et hoc est Principium quod et loquitur nobis*» («De una sola Palabra todo, y una sola Palabra proclama todo. Y esta Palabra es el Principio que habla dentro de nosotros»; *La imitación de Cristo*, Libro Primero, 3, 8).

escuchar siempre a Cristo?, ¿cuál es el gesto, el momento, la disciplina mediante la cual aprendo a estar siempre abierto o a salir continuamente de la distracción, del ruido, de mi parloteo, de todo?». Escucharle a Él, que está aquí y me habla. «Soy yo, el que habla contigo»<sup>90</sup>, dice Jesús a la Samaritana. Monseñor Filippo Santoro os hablaba de los diez minutos de Escuela de comunidad al día; quizás ese es el «sí» a la palabra y al silencio que se pide a quien vive en el mundo, a los laicos. A los *Memores* se les pide una hora de silencio al día, a los monjes tal vez todo el día, pero se trata de lo mismo, es exactamente lo mismo. El objetivo no es ser silenciosos, el objetivo es vivir escuchando a Cristo. Yo ahora apenas vivo de manera estable en un monasterio, con todo el silencio que implica, con toda la disciplina de silencio que el monasterio ofrece, pero me doy cuenta de que la disciplina que cultivé siendo novicio, como joven monje y después durante veintiséis años en mi monasterio, me acompaña interiormente, de modo que escucho a Cristo también en medio del ruido, durante los viajes, en los aeropuertos, porque lo necesito. El que escucha una sola palabra de Cristo que viene realmente de Él no puede más que vivir con la nostalgia de volver a escucharle. «Pienso que no podría vivir si no le oyera hablar de nuevo»<sup>91</sup>. Así se crea silencio, ¡y lo necesitamos! No necesitamos el silencio, ¡necesitamos que Cristo nos hable!

**Prosperi.** «Marta hizo un camino de conocimiento, un trabajo sobre sí misma que dilató su humanidad en la certeza de Cristo como respuesta a su necesidad. ¿Cuáles son los pasos de este camino, qué trabajo hay que hacer? Si la humanidad se dilata con el tiempo, ¿qué me permite entender que estoy haciendo este trabajo y que, en el fondo, no estoy siguiéndome a mí mismo?».

«En tus lecciones has subrayado lo decisivo que es que Marta, María y Lázaro verificasen el encuentro y las palabras de Jesús. ¿Puedes explicar mejor los términos de esta verificación y en qué consiste?».

**Lepori.** Yo diría que para hacer el camino de Marta bastaría con preguntarnos: «¿Qué hago con la insatisfacción que siento? ¿Qué hago con la insatisfacción que siento en todo lo que hago, también en lo que hago esperando una satisfacción que incluso tal vez puede durar, pero que siempre –¡siempre!– muestra que no era eso... «¡no es por esto, no es por esto!»», como gritaba Reborá<sup>92</sup>. ¿Qué hacemos con la insatisfacción cotidiana que vivimos en todo,

<sup>90</sup> Jn 4,26.

<sup>91</sup> Cf. J.A. Möhler, *La unidad en la Iglesia*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra y Eunat, Pamplona 1996, p. 142.

<sup>92</sup> C. Reborá, «Sacos de tierra en los ojos», en L. Giussani, *Mis lecturas*, op. cit., p. 60.

en todas las relaciones, en todo lo que hacemos? ¿La arrastramos con nosotros mismos en una queja continua que domina nuestra vida, o bien la convertimos en pregunta, la convertimos en lugar de silencio donde verifico que Otro llena mi vida, que necesito que suceda otra cosa?». A decir verdad, la insatisfacción se vuelve maestra si nos hace pedir, es decir, si la vida se llena de petición. Yo imagino que Marta, a partir de aquel día, cada vez que se llenaba de insatisfacción por lo que era ella, por lo que eran los demás o por su situación en la vida, era como si se parara de golpe y se dijese a sí misma: «No puede ser, ya he visto que quejarme no es la solución a mi insatisfacción». Quejarme no me satisface, solo sirve para arrastrar mi insatisfacción, porque no estamos hechos para la insatisfacción, estamos hechos para la felicidad. Entonces, inmediatamente, ella seguro que volvía a esa petición, que era petición de Cristo: «Señor, Tú estás aquí, llámame, vuelve a decirme esa palabra, ¡vuelve a demostrarme que solo te necesito a Ti!». Por ello, la insatisfacción se convierte en camino, es decir, el límite estructural de nuestra vida se convierte en una escalera, en los peldaños de nuestra ascesis. Como dice san Benito, la escalera de la humildad se construye con los peldaños de nuestra humanidad, de modo que uno sube hacia Dios precisamente a través de los peldaños de su humanidad, que nunca se basta a sí misma, gracias a Dios.

«En tus lecciones has subrayado lo decisivo que es que Marta, María y Lázaro verificasen el encuentro y las palabras de Jesús. ¿Puedes explicar mejor los términos de esta verificación?». La comunidad me ayuda, se convierte en lugar de verificación si continuamente me repite la frase de Marta a María: «El Maestro está aquí y te llama». Objetivamente, nosotros necesitamos a la comunidad como lugar en el que siempre hay alguien que me reclama. Siempre hay alguien que —mientras yo vivo en la queja, me pierdo, desperdicio la vida— me recuerda que lo que desea mi corazón está realmente presente. Y la comunidad es justo el signo de esta Presencia ontológica, porque es algo que está fuera de mí, me recuerda que no soy yo quien genera lo que necesito. Cristo es lo que necesito, pero se me da en un signo objetivo, carnal. Jesús lo decidió así precisamente para darnos el signo objetivo de su Presencia real. Si yo vivo así la comunidad y la relación con los demás, la misma relación se convierte en lugar de verificación de que Cristo llena el corazón.

**Prosperi.** Tal vez esto responde a la siguiente pregunta: «¿Qué significa que la comunión es compartir la verificación?». Por cierto —si me los permitís—, don Giussani nos ha dicho muchas veces lo que decías antes, es decir, que el límite es un peldaño hacia Dios. Esto muestra que nuestra historia se inserta dentro de una gran historia.



**Lepori.** Me impresiona que cuando Jesús dijo a Marta: «tu hermana ha elegido la mejor parte», no lo dijo como diciendo: «mira, ella es mejor que tú», sino para que surgiera entre ellas una compañía que escogiera la mejor parte, es decir, un determinado modo de estar con su hermana, una relación donde se verificara esto entre ellas. Generó entre ellas una verdadera fraternidad, una verdadera comunidad, las convirtió en fraternidad cristiana, lugar donde el hecho de que mi hermana escoja, más y mejor que yo, lo que yo más necesito, es lo que me permite vivir una verdadera fraternidad y lo que hace que la relación con mi hermana deje de ser un lugar donde se compite, sino donde se comparte a Cristo, donde se comparte la verificación de que solo Él responde a la sed de mi corazón. Y el hecho de que mi hermana vaya por delante de mí en esa verificación es un don para mi vida, es decir, hace que yo también avance más. Ahí reside la gran belleza de la comunión cristiana, como sucedía en la primera comunidad cristiana, donde todo lo tenían en común. Sin embargo, lo importante no es tener el dinero en común (que también), sino sobre todo a Cristo, a Cristo como algo que es más importante que el dinero. De modo que para los primeros cristianos compartir el dinero no era un problema, pues ya compartían lo único que necesitaba su corazón.

**Prosperi.** Perdona, Mauro, si te pido que profundices en esto, porque quizá esta pregunta también pide ayuda para entender cómo dejar que otro nos cuestione, como hizo Marta. Porque, como decías ahora, en el momento en que Marta reconoce que esas palabras de Jesús le invitan a mirar en su hermana algo que le puede ayudar a ella, y ella acoge esta sugerencia, como decías ayer, quizá al principio le costó, se enfadaría, pero después... A veces a nosotros nos cuesta que nos cuestionen, es decir, nos aferramos a la imagen que tenemos de cómo debería ser.

**Lepori.** Sí, es una herencia del pecado original, es decir, pensar que lo que más necesito es algo que tengo que tener agarrado «para mí», que tengo que privatizar y que si no lo poseo yo solo en realidad no lo poseo. En cambio, con Cristo sucede todo lo contrario; cuanto más Lo poseo con otro, más Lo comparto y más Lo poseo por lo que es, por la realidad que es. Por eso hay unidad entre nosotros, la pertenencia a Cristo y la posesión de Cristo van unidas, son la misma cosa. Por ello uno puede llegar a entender que, si hace un sacrificio para que otro pueda ir a su ritmo, respetando el camino del otro, él también avanza más. San Benito dice que en la comunidad, a la hora de caminar, hay que mantener un ritmo que permita que el ímpetu del más fuerte no quede mortificado y que el más débil no se desanime, quedándose atrás. Es una especie de sacrificio recíproco. ¿Por qué? Porque sabemos que estamos unidos por lo

mismo y, así, el esfuerzo que me supone reconocer y adaptarme al ritmo de los demás es algo que tengo que hacer para adherirme a Cristo, no para ser bueno o paciente, sino porque es Cristo quien está en medio de nosotros. No sé si me explico.

**Prosperi.** ¡Fenomenal! Gracias.

«Nos gustaría entender mejor la afirmación del santo como aquel que vive con verdad incluso su propio pecado. Con frecuencia, en la vida cotidiana el pecado nos aplasta y nos deprime. ¿Qué significa vivirlo con verdad?».

**Lepori.** La verdad del pecado, del ser pecadores, es la mirada de misericordia de Jesús. Eso es lo que nos revela la verdad del pecado. El pecado en sí mismo no es verdadero. El problema es que ante el pecado nosotros nos ponemos a medirlo, a medir su gravedad, el efecto que tiene sobre nosotros, etc., pero no permitimos que sea la mirada de Cristo la que nos diga la verdad del pecado, que puede ser incluso más grave, una verdad tal vez más dolorosa que la que yo mido. Por ejemplo, hay ciertos pecados que son más graves que otros que pueden molestarme más. No obstante, la verdad del pecado es la mirada de Cristo, es decir, la misericordia. Esto es lo que los santos comprenden: son pecadores que han permitido que sea la mirada de Cristo lo que les revele la verdad del pecado, de cualquier pecado, de modo que pueden ver más sombras en sí mismos, mucha más miseria en sí mismos que en los demás y, con todo, la observan sin separarla del perdón y, por tanto, de la santidad, pues uno es santo por gracia, porque Dios nos redime totalmente. El santo es el hombre redimido en su totalidad, el hombre que se deja redimir en su totalidad. Por ello, el santo es el hombre humilde, el hombre que incluso con su pecado no tiene una relación orgullosa («¡Me he equivocado!», «¡Me he hundido!», «¿Dónde está mi honor, mi imagen?»). No, el pecado es: «Me he equivocado, ¡he abandonado al Padre!» y Cristo nos dice: «¡Vuelve!». La mirada de misericordia de Cristo dice: «Vuelve, que el Padre te abraza y en el abrazo tu pecado se transforma en santidad». Es el canto del *Exultet*: «¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!»<sup>93</sup>. La redención de Cristo es un acontecimiento tan increíble que es feliz la culpa que me permite vivir el abrazo de la misericordia de Dios, experimentar un abrazo imposible para los ángeles. Un ángel no experimenta la misericordia, ¡es increíble! Ciertamente, tiene conciencia de ella, pero no experimenta su abrazo, ¡es algo de otro mundo! Esa es la gran verdad de nuestro pecado.

---

<sup>93</sup> «*O felix culpa, quae talem ac tantum méruit habére Redemptóre*», *Exultet* o Pregón Pascual.

**Prosperi.** «Se ha dicho que la renovación del carisma supone un retorno al origen. ¿Qué significa eso? ¿Cómo sucede? ¿De qué modo no se reduce a una interpretación nuestra?».

«Nos gustaría entender mejor la cuestión de la fuente que sigue alimentando nuestra experiencia hoy, de modo que no se reduzca a una vuelta nostálgica al pasado. ¿Qué puede garantizar la fidelidad a la fuente y cómo se concreta nuestra contribución a la Iglesia y al mundo?».

**Lepori.** Sabéis que «carisma» quiere decir don gratuito de Dios y que la fuente de un carisma es la gratuidad de Dios. Si uno entiende esto, comprende que la fuente está garantizada, que nunca se agotará, es imposible que se agote. Si Dios retirase su gratuidad, es como si se anulara y mortificara a sí mismo. En los dones de Dios –dice san Pablo– no hay arrepentimiento, porque Dios no puede arrepentirse de ser gratuito, Dios es gratuidad. Un carisma –como todo don– procede de esa fuente y en los momentos en los que un carisma tiene que retomar la conciencia de sí o cuando la humanidad por la que tiene que pasar manifiesta su opacidad o no es tan transparente como tendría que ser (porque desde los inicios de la Iglesia ha existido esa falta de transparencia de la gratuidad de Pentecostés), o bien no se entiende, de modo que tal vez se le somete a una revisión, a una mirada que no comprende la fuente, en todos esos momentos es importante que quien vive el carisma vuelva a tomar conciencia de que la fuente es la gratuidad de Dios. El problema viene cuando uno piensa que el origen del carisma está en una interpretación, en lo que yo pienso, en cómo lo vivo yo, cómo lo he entendido yo, cómo lo he vivido yo y no en esa transparencia de la gratuidad de Dios, que en el origen era más nítida y que permanece como testimonio vivo en los fundadores; aunque hayan muerto, su testimonio de la gratuidad del carisma permanece, no pierde nitidez ni frescura. Lo importante es que no traicionemos ese testimonio.

Y, sobre todo, creo que traicionamos la gratuidad del carisma cuando nos da miedo que muera, que se pierda, que cualquier cosa pueda eliminarlo o cuando pensamos que nuestra coherencia tiene que garantizarlo. En cambio, Dios (gracias a Dios, ¡gracias a Él!) nos sorprende al mostrarnos siempre que existe una fuente gratuita que tal vez encuentre más tarde la manera de manifestarse a través de riachuelos impensables. Es más, las personas más inimaginables pueden convertirse en un momento dado en testimonios de la gratuidad del carisma mucho más que los que están arriba. Sucede lo mismo en la Iglesia: ha habido santos que han devuelto a la Iglesia de manera impensable la pureza de su origen. En tiempos de Catalina de Siena, una mujer sencilla e inculta llegó a suponer un testimonio de la gratuidad del carisma mayor que la Iglesia entera, que el Papa; y el Papa la escuchó precisamente por ello. Este

misterio es justamente lo que no debemos traicionar: la gratuidad de la fuente del carisma. No debemos traicionarla con nuestros miedos ni mucho menos con nuestra desconfianza hacia Dios, hacia la Iglesia, hacia nosotros mismos o hacia un determinado grupo. Esos recelos oscurecen el sentimiento de la gratuidad del carisma, porque ahí también se traiciona al fundador, se traiciona a quien ha dado la vida por ello, a quien la ha dado y a quien la da ahora para que el carisma viva.

***Prosperi.*** Gracias.

«Nos has dicho que no había que buscar en Marta la respuesta a su fe, que su fe no depende de su capacidad, sino que es un reflejo de lo que ve. En cambio, a nosotros nos parece que la fe depende de nuestros esfuerzos. ¿Qué nos puede ayudar a vivir la experiencia de Marta?».

***Lepori.*** Tenemos que mirar a Jesús. La fe crece en la adhesión a Cristo. Recuerdo que en los inicios (yo aún estaba en bachillerato) circulaba un librito de Jacques Leclercq, del que recuerdo esta frase: «El núcleo de la fe es la adhesión a Cristo»<sup>94</sup>, y es verdad. A mí me gusta muchísimo la escena donde Marta expresa su fe mirando a Cristo, haciéndose eco de lo que Cristo es y de lo que Él le dice de sí mismo. No es la repetición de un papagayo, sino una reiteración amorosa; entender que la fe no es un dogma que recito, sino un decir «sí» a Cristo que me mira y se me revela como la resurrección y la Vida de mi vida. Por esa razón tenemos que mirar a Cristo, mirarle también entre nosotros, en nosotros, en la comunidad, en todas Sus presencias, porque ahí vemos que Él está, que realmente Él es el Salvador del mundo. Como la Samaritana, que fue conducida hacia la fe precisamente dialogando con Jesús, que la hizo retomar su vida entera hasta llegar a decirle: «El que te salva soy yo, el que habla contigo»<sup>95</sup>. Esto vale para todos los encuentros del Evangelio, donde siempre hay una manera de mirar a Cristo que llena a la persona de fe, de fe verdadera, de tal modo que hasta la Samaritana va por la ciudad diciendo: «He conocido a un hombre que me ha dicho esto», es decir, dando un testimonio de fe, aún inmaduro, pero ya es un testimonio de fe. Esto vale para todos, pues la fe crece en la experiencia de un acontecimiento y el acontecimiento que debe experimentar la fe es la presencia de Cristo que te mira, te ama y te salva.

---

<sup>94</sup> J. Leclercq, *Il problema della fede e gli intellettuali del XX secolo*, Vita e Pensiero, Milán 1966, p. 10.

<sup>95</sup> Cfr. Jn 4,26.

**Prosperi.** «Tengo la impresión de que hay una confusión de entrada que hace coincidir el seguimiento a Cristo con las cosas, con los gestos. ¿Qué es el seguimiento realmente? ¿Cómo puedo entender en mi vida si estoy siguiendo realmente a Cristo o estoy siguiendo mi idea de lo que es seguir a Cristo? ¿Puedo vivir el seguimiento sin participar en las cosas que la compañía me propone?

¿Por qué es necesario para la fe de Juan entrar en el sepulcro detrás de Pedro? ¿Por qué es necesario seguir a Pedro?».

**Lepori.** El seguimiento no es hacer cosas, pero tampoco es tener una relación únicamente espiritual con Cristo. El seguimiento es seguir una presencia personal, seguir a personas, seguir a una Persona, a Cristo, en el signo de su Presencia personal que son las personas que le han seguido y que Él ha indicado desde el origen como la encarnación de la posibilidad de seguirle después de Él, de seguirle de verdad: Pedro, los apóstoles, etc. Siempre. La Iglesia es este signo y seguir a la Iglesia consiste justamente en reconocer este signo. La Iglesia es el lugar donde tiene lugar el seguimiento a Cristo y donde permanece encarnado en relaciones personales. Ninguno de nosotros ha seguido a Jesucristo siguiendo una aparición suya, sino porque ha conocido a ciertas personas, personas con autoridad (aun dentro de una sencillez total, como el carpintero que me dio a conocer el movimiento hace más de cuarenta años). Ahí reconoces que Cristo te está pidiendo que le sigas, hay algo que te atrae, porque la Iglesia avanza por atracción, porque Cristo atrae. Creo que debemos preguntarnos siempre si estamos siguiendo a alguien, personas, no cosas; si nuestro seguimiento se encarna en el signo de personas que Cristo nos da como la posibilidad de seguirle hasta el fin del mundo. Esto es algo que siempre estará garantizado por Pedro, porque precisamente al darle esa investidura a Pedro y decirle: «sígueme» (para que después Juan pudiese seguirle y más tarde otros miles de personas), Jesús instituyó este signo, esta verificación de la verdad de un seguimiento que se traduce en seguir a personas que no elijo yo por simpatía, sino con las que yo soy elegido y mediante esas personas la Iglesia se me ofrece como el lugar en el que puedo seguir verdaderamente a Cristo y no a mí mismo, mi interpretación o mis sentimientos. No sé si me explico. Quizás sea un tema sobre el que habrá que profundizar.

**Prosperi.** Es interesante ese matiz: «No sigo porque lo he elegido yo, sino porque he sido elegido». Lo digo porque esto también establece el criterio de la autoridad a seguir, ¿no? ¿Es así?

**Lepori.** Sí, porque en el encuentro con Cristo, dentro del encuentro con Cristo, Dios nos da también un lugar donde seguirle. Dios permite que nazcas, pero no te deja tirado en el camino como un niño que nace y es abandonado; hace que nazcas en una familia, hace que nazcas dentro de una compañía de personas, y después está claro a quién tienes que seguir, se te da. Yo recuerdo que desde el primer momento de mi encuentro entendí que tenía que seguir y obedecer por amor a mí mismo, porque no quería perder ese acontecimiento que había llenado mi corazón, también cuando después, con el tiempo, vi los límites de las personas por las que había tenido ese encuentro. Eso es evidente, el límite sale a la luz antes o después —porque existe y no puede dejar de existir—, sin embargo, siempre entendí que seguir era un bien para mí, y eso es lo que me ha salvado siempre. A pesar de todo, seguir, obedecer, porque entendía que solo así podía ser fiel a lo que se me había dado, a la fascinación del encuentro que había tenido con Cristo.

**Prosperi.** Gracias.

«Has dicho que si yo digo al que tengo al lado: “El Maestro está aquí y te llama”, lo transmito al mundo entero. ¿Puedes explicar mejor cómo esto se traduce en ecumenismo, en responsabilidad universal de los creyentes?».

**Lepori.** El verdadero problema es dejar que suceda un acontecimiento y no calcular su eficacia. En la misión, viviendo el testimonio y la misión de la Iglesia, lo importante no es medir la eficacia, las fuerzas o los medios, sino dejar que suceda un acontecimiento. Ese es el método que comenzó con la Virgen María, el soplo de la libertad de María que, diciendo «*fiat*», transmitió a todo el mundo el acontecimiento de Cristo. Si hay una persona que ha transmitido a todo el mundo el acontecimiento de Cristo, esa es la Virgen, pero también Pedro con su «*sí*». Solo se puede transmitir como acontecimiento, de modo que si yo no tengo esa experiencia, si yo no me dejo salvar, no lo transmito al mundo, no transmito el acontecimiento. Transmitiré una teoría, una moral o qué sé yo. Si no experimento que el Maestro está aquí y me llama a mí, me salva a mí, no lo comunico al que está a mi lado, no transmito el acontecimiento. El acontecimiento es como un fuego, como la llama de una pequeña vela que puedo transmitir al mundo entero prendiendo la mecha del que tengo al lado, transmitiéndola como fuego y no mandando a Australia un mensaje diciendo que hay una llama en Italia. Si no hay contacto, no transmito nada. Por eso, vivir el acontecimiento con el que tengo al lado es fundamental, porque si no lo vivo con el que tengo al lado quiere decir que no lo vivo yo y no lo transmito como acontecimiento. No sé si me explico.

**Prosperi.** Sí. ¡Estamos llamados a provocar un incendio, básicamente!

**Lepori.** ¡Claro! «He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!»<sup>96</sup>.

**Prosperi.** La siguiente pregunta, formulada en diferentes términos, ha sido la más popular, así que la hemos dejado para el final.

«¿A qué se debe la disociación entre libertad y deseo? ¿Qué puede sanar esta ruptura?»

Has dicho que el corazón encuentra, desea, quiere abrazar, pero la libertad, por un cálculo inconsciente de sí, por un temor provocado por fantasmas, dice no, impide el abrazo; y que esa falsa libertad “cae víctima de sí misma, arrastra consigo el corazón-niño que iba a abrazar a Jesús”, proponiendo otras vías hacia la plenitud, que acaban revelando su falsedad. ¿Cómo es posible que esta falsa libertad venza a veces por encima de la sobreabundancia que se ha experimentado con Jesús? ¿Cómo no escandalizarse y bloquearse?».

**Lepori.** Yo creo que ahí está el pecado original, justo en el hecho de que en nosotros hay una tendencia absurda a no adherirnos al bien, a renunciar a la evidencia del bien, de lo bueno, de lo bello, a renunciar a nuestra alegría. Esa tendencia absurda genera una disociación entre la libertad y el deseo. El deseo solo desea a Cristo, pero existe ese juego de la libertad que, por un cálculo de realización absurdo en sí mismo —en la medida en que es autónomo, falso—, no obedece al deseo que señala la realidad que llena el corazón, es decir, le arranca de lo que desea. Como dice san Pablo: «No hago lo bueno que deseo, sino que obro lo malo que no deseo»<sup>97</sup>, es decir, sentimos en nuestro interior esa libertad herida, herida de orgullo, de una posición orgullosa ante la vida, una libertad que no se somete al deseo de una atracción evidente, una presencia evidente que te atrae, te fascina y te lo da todo. Jesús dice: «No queréis venir a mí para tener vida»<sup>98</sup>; esa es la queja de Jesús. «¿Cómo es posible? Yo os doy la vida y vosotros no queréis venir a mí, vuestra libertad elige no venir a mí, no acogerme, no amarme, no recibirme, ¡no acogerme!».

No obstante, el escándalo ante esta tendencia de la libertad es el último baluarte del pecado y del orgullo. Es el último baluarte porque es como si dijera: «Me escandalizo, y por eso me hundo más en esa dinámica absurda de pecado».

¿Qué nos salva? La misericordia de Dios, la evidencia de que Él siempre vuelve a rescatarnos. En la experiencia de toda mi vida, cada vez que mi libertad ha cedido hasta llegar a no corresponder, Cristo ha vuelto siempre a

<sup>96</sup> Lc 12,49.

<sup>97</sup> Rom 7,18-19.

<sup>98</sup> Jn 5,40.

rescatarme. Es una evidencia de Su gratuidad, la gratuidad de Su gratuidad, la gratuidad de Su salvación, de cómo Su salvación es más fuerte que nosotros, más fuerte que el pecado. Porque en el fondo Cristo, gracias a Dios, escucha más el deseo de nuestro corazón que nuestra libertad. Cuando ve que nuestra libertad ha enloquecido hasta el punto de contradecir la evidencia de un deseo, la evidencia de un atractivo, la misericordia infinita de Dios hace que nos vuelva a agarrar de los pelos, como hizo con Pedro, porque en el fondo, como decíamos antes, Él convierte incluso el pecado en el mayor grito de auxilio: «¡sálvame!». Cristo hace que profundicemos en nosotros mismos, en nuestra condición, y pone nuestra libertad entre la espada y la pared, de modo que ya no pueda mentir y entonces ahí el grito se vuelve realmente libre: «¡sálvame!», y sucede. No lo digo porque lo sepa, sino porque lo experimentamos; es una experiencia. El rostro extremo de la misericordia de Dios es su rescate continuo de nuestra miseria, de nuestro orgullo, como el buen Pastor que atraviesa mares y montañas para buscar a la oveja perdida que ha arruinado por completo su vida porque ha preferido disociar su libertad del deseo de plenitud que le gritaba su corazón.

**Prosperi.** Es preciosa esa imagen de la misericordia: Cristo escucha más el deseo de nuestro corazón que nuestra libertad.

Definitivamente, esta pregunta se lleva «la palma» por ser la más recurrente.

«Me ha impresionado mucho la parte del sábado por la tarde sobre la atracción y la libertad. Decías que en el mundo son esclavas la una de la otra y yo me veo muy identificada en esa descripción. ¿Puedes profundizar en este punto?».

En un determinado momento añadías que atracción y libertad «se funden». Muchos han preguntado qué querías decir con ello.

**Lepori.** ¡Me vino en ese momento, no tenéis que tomarlo todo como un dogma!

**Prosperi.** ¡Oh! ¡Me siento mejor al escucharte decir que uno puede decir algo que se le ha escapado!

**Lepori.** En todo caso, no creo que sea una estupidez afirmar que en el mundo la atracción y la libertad se funden, que atracción y libertad se fusionan. Creo que esto no ocurre en el acontecimiento cristiano, no creo que Dios nos dé la experiencia de la atracción y de la libertad para que se fundan. Es como si Dios hubiese creado un espacio entre las dos. Entre lo que me atrae y mi libertad no existe una fusión, sino un espacio de deseo. Tal vez «deseo» es la tercera palabra que hay que introducir entre medias, porque nos permite entenderlo mejor. Cuando la



libertad y la atracción se funden ya no hay espacio para el deseo y, por tanto, ya no queda espacio para la libertad, para la libertad de hacer un camino hacia algo fuera de uno mismo. Yo creo que me refería a esto, porque cuando la atracción y la libertad se funden ya no pueden...

**Prosperi.** ...generar tensión.

**Lepori.** ...decidirse, ya no pueden elegirse, no pueden decirse sí la una a la otra, de modo que se vuelven esclavas. Al igual que ciertas figuras dantescas en el *Infierno*, que a pesar de odiarse se funden la una en la otra, no pueden separarse, no pueden más que devorarse mutuamente. Creo que entender esto es importante, porque además aquí nos topamos con todo el tema de la virginidad, de la castidad: entre lo que me atrae y mi libertad existe un espacio de deseo, de elección, de respeto, que hace que el abrazo realmente sea un acto de la libertad y no algo que me cierra. Se trata de un acto de amor y no simplemente de abandonarse a un abrazo que te aprieta, te sofoca y que al final te mata, te elimina. Pero es un tema infinito, tenemos que seguir meditando sobre ello.

**Prosperi.** ¡Menos mal que se te escapó, eh!

Para concluir, me gustaría leer una pregunta, que es también el testimonio de una amiga de Jarkov que ha escrito lo siguiente:

«La experiencia de la vida del movimiento me ha ofrecido la posibilidad de recorrer todo el camino de Marta del que has hablado y experimentar el deseo constante de Cristo que ha surgido a partir de ahí. Gracias a esta experiencia yo veo Su misericordia cada día. Pero en estos meses el mal se ha hecho tan grande que para los ucranianos no se trata de la insatisfacción de Marta por el hecho de que el hombre esté destinado a morir. Mi ciudad es bombardeada todos los días, muchas mujeres han tenido que dejar sus casas, han perdido a sus familiares, han visto a sus maridos marcharse a la guerra. Tienen miedo, sufren, sienten odio. En este momento, por el asedio de Mariúpol, hay mujeres y niños que mueren de hambre, que han sido heridos y padecen sufrimientos tremendos. Están sepultados en vida. Es como si la experiencia de Marta me propusiese alejarme de mi realidad o conformarme con la memoria de Cristo. Ucrania ahora no está viviendo la experiencia de Marta, sino la de Cristo cuando gritaba en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Muchos de nosotros saben que no fue abandonado, porque conocemos a Cristo resucitado. ¿Cómo podemos vivir hoy en medio de un mal totalizador, en el que incluso a Cristo le costó ver al Padre?».

**Lepori.** Verdaderamente esta es la pregunta, el mensaje que más me provoca, es evidente. Tengo que decir que durante la preparación de los Ejercicios no he olvidado por un instante la aflicción que todos sentimos desde que empezó esta guerra. Y en el fondo este dolor, de un modo u otro, ha inspirado todos los Ejercicios, porque es imposible vivir nada sin pensar en ello, sin compartir esta tragedia, este momento en que parece que la muerte y el mal vencen. Por esta razón, pensando en Ucrania, quise terminar la segunda lección de los Ejercicios con el naufragio de san Pablo, porque una guerra así verdaderamente es un naufragio, no solo para Ucrania y para Rusia, sino para Europa, para todo el mundo, es un naufragio de la humanidad, en todos los sentidos del término: de la humanidad, del hombre y de la humanidad entendida como todos los hombres que viven hoy en esta tierra. Y por eso me ha ayudado ver cómo san Pablo vivió el naufragio. Es verdad que san Pablo les decía a sus compañeros: «La nave no la salvaremos», y eso es algo me ha dado mucho que pensar, porque no podemos no rebelarnos ante algo así. Él añade: «Pero se salvarán vuestras vidas»<sup>99</sup>. Y para poner esto de manifiesto, san Pablo —¡es increíble!— toma pan, da gracias, lo parte y lo come: celebra una Eucaristía en pleno naufragio, es decir, afirma la presencia de Cristo real en pleno naufragio. El Cristo que vuelve a afirmar es el único al que realmente necesitamos —el Cristo de Marta—, pero también es el Cristo crucificado, el Cristo resucitado de la muerte, el Cristo que ha descendido (como dice nuestra amiga) hasta el fondo de lo humano, que es desesperar de Dios. Jesús ha querido descender hasta lo más hondo, hasta el Infierno del naufragio humano, hasta desesperar allí donde el hombre desespera de Dios. No es Él quien desespera del Padre, sino el hombre. Jesús ha descendido para abrazar también nuestra desesperación. Así como ha abrazado nuestra muerte, también abraza nuestra desesperación. No nos queda más que preguntarnos hasta qué punto somos conscientes de quién es el Único necesario que nos llena el corazón, quién es verdaderamente este hombre que nos dice: «Yo soy la resurrección y la vida», y que también promete y dice: «Quien muere, vivirá». Este es Cristo crucificado, este Cristo que muere por nosotros, este amor de Dios infinito que no es extraño al naufragio del mundo, no es un extraño, está dentro. En este momento es Jesús el que sufre en Ucrania, es Él quien muere, es Él quien ha sido abandonado por sus seres queridos, quien es violado en las mujeres, es Él quien sufre todo eso. Nosotros solo debemos reconocerlo, no podemos hacer otra cosa que renovar realmente nuestro «sí» a Él allí donde estemos, en la vida que vivimos, para que esto se manifieste a nuestros hermanos y hermanas en Ucrania, para que se manifieste a todos, también a los rusos, para que se manifieste Aquel que en este momento vive

---

<sup>99</sup> Ver aquí, pp. 61-62.

todo esto, que lo sufre, que naufraga con toda esta gente. Y porque Él está, este naufragio ha sido vencido; porque Él está, se puede resucitar de esta muerte, el mal ha sido vencido, no domina, no tendrá y ya no tiene la última palabra.

Una amiga me ha señalado que hoy es el aniversario de la muerte tanto de Takashi Paolo Nagai como de san Riccardo Pampuri. Ambos murieron el 1 de mayo. ¡Providencial! Takashi Nagai, como mencionaba ayer, en el libro del que he escrito el prefacio y que por motivos editoriales aún no se ha publicado –su autobiografía, *Algo que nunca muere* (ndt.)–, describe (es un testimonio impresionante) la escena en que la bomba destruye todo y él se encuentra ante la destrucción de toda su vida: su mujer, su trabajo, sus alumnos, su universidad, su ciudad, su iglesia, todo, todo fue aniquilado. Tuvo un momento de desesperación y después una especie de visión, escuchó a Jesús que le decía: «Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán», es decir, Jesús le transmite la certeza de que Él vence y no muere. Desde entonces, escogió vivir únicamente por algo que nunca muere, es decir, por Cristo, y pasará los últimos años de su vida enfermo (lo sabéis, lo habéis leído), afirmando con alegría, con fe, algo que nunca muere, que Cristo es la resurrección y la vida, en todos los ámbitos: en la relación con sus dos hijos y con la inmensa cantidad de gente que conoció, escribiendo y ofreciendo su enfermedad. En todo, solo afirmará que Cristo es la resurrección y la vida del hombre y que esto nunca muere, sea cual sea el naufragio que tenga lugar. Pues bien, nosotros tenemos la responsabilidad de vivir con nuestros hermanos y hermanas de Ucrania el «sí» a Cristo, el «sí» a Cristo que nunca muere, gracias al cual la muerte y el mal nunca vencen.

Ante el mensaje de nuestra amiga ucraniana no puedo responder, solo quiero acogerlo. Solo puedo acogerlo y vivirlo así, como un mensaje que se convierte en la tarea que me dejan estos Ejercicios en mi vida, en cómo vivo la vida. No puedo, no podemos vivir sin la conciencia del grito que nos ha transmitido nuestra amiga. Eso es todo.

**Prosperi.** Gracias, ¡de verdad, gracias! Tendremos tiempo para retomar todas estas cuestiones.

Rezamos el *Regina Caeli*.



## MENSAJES RECIBIDOS

Queridos amigos:

Quiero estar presente con todos vosotros con ocasión de los Ejercicios espirituales. «Cristo, vida de la vida», como nos enseñó el Siervo de Dios Monseñor Luigi Giussani, es la raíz de nuestra consistencia. Nada, ni siquiera nuestra fragilidad, puede cambiar eso. Pidamos por ello humildemente unos ojos nuevos para verlo en nuestra existencia y en nuestras relaciones. Pidamos a la Virgen, este mes de mayo, la sencillez de corazón para reconocer el don del encuentro y la tarea que nace de él: amar el movimiento y la Iglesia, y comunicar su belleza.

Os bendigo en el Señor.

*S.E.R. cardenal Angelo Scola*

*Arzobispo emérito de Milán*

## TELEGRAMAS ENVIADOS

### *Su Santidad el papa Francisco*

Santidad:

Más de 40.000 personas –reunidas en grupos conectados por video desde 94 países– han participado en los Ejercicios anuales de la Fraternidad de CL, meditando sobre «Cristo, vida de la vida». Tal como somos, acompañados por el padre Mauro Giuseppe Lepori –que nos ha ofrecido su testimonio personal de hombre aferrado y transformado por Cristo–, hemos mirado a Jesús, nos hemos dejado atraer por Él, que nos ha alcanzado dentro de una compañía vocacional, junto a personas que han decidido seguir a Cristo, al único que necesitamos para vivir, respuesta completa para nuestra necesidad de felicidad, paz, fraternidad, belleza y cumplimiento de la vida.

Estos días hemos profundizado en el valor de nuestra Fraternidad, fieles al carisma que el Espíritu Santo donó a don Giussani: un lugar donde verificar que Cristo es Todo para el corazón humano, fundamento de una amistad imposible sin Él, por el que también nosotros podemos decir: «Cristo es la vida de mi vida» (don Giussani).

Con el corazón lleno de gratitud por Su bendición apostólica, necesitamos de ser constantemente confirmados por Pedro en la fe, le pedimos que se sirva de nosotros como considere para colaborar en la obra de salvación de Cristo, conscientes de que el cristianismo no se comunica por proselitismo –¡cuántas veces nos lo ha recordado!– sino por atracción.

Más responsables de nuestra unidad frente a todo corazón humano que encontremos y animados por la Caridad que hace nuevas todas las cosas, seguimos rezando por usted, testigo inquebrantable de Cristo vivo, que en estos tiempos de guerra es la única fuente de la verdadera paz.

*Davide Prospero*

*Su Santidad el papa emérito Benedicto XVI*

Santidad:

Durante los Ejercicios de la Fraternidad de CL—seguidos por más de 40.000 personas conectadas en video en todo el mundo— hemos vivido la experiencia del encuentro con Cristo vivo. Las meditaciones del padre Mauro-Giuseppe Lepori sobre el título «Cristo, vida de la vida» (don Giussani) nos han permitido mirar a Cristo que viene al encuentro de nuestra humanidad, que solo le necesita a Él, el Único necesario. En Su compañía podemos hacer un camino humano, por el bien del movimiento, de la Iglesia y del mundo.

Pidiendo a la Virgen que colme de paz y alegría sus jornadas, le rogamos una oración por el camino de nuestra Fraternidad.

*Davide Prosperi*

*S.E.R. cardenal Kevin Joseph Farrell*

*Prefecto del Dicasterio para los laicos, la familia y la vida*

Eminencia Reverendísima:

En los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación han participado más de 40.000 personas, que se han conectado en todo el mundo para meditar sobre el tema: «Cristo, vida de la vida», una afirmación de don Giussani en la que el padre Mauro-Giuseppe Lepori ha profundizado durante sus meditaciones, testimoniando que el encuentro con Cristo es una novedad que cambia la existencia de quien Le acoge y Le sigue como lo Único necesario para vivir.

Retomamos el camino con el deseo de asumir cada vez más la responsabilidad del carisma, poniendo todo lo que por gracia somos en manos de Pedro, para que confirme nuestra fe, para colaborar con la materialidad de nuestra existencia en la vida de la Iglesia, signo de esperanza para todos nuestros hermanos los hombres.

Mientras le pedimos una oración por nuestro camino, confiamos a la Virgen su tarea de acompañar el camino de los fieles laicos.

*Davide Prosperi*

*S.E.R. cardinal Gualtiero Bassetti*  
*Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana*

Eminencia Reverendísima:

Más de 40.000 personas en todo el mundo –la mayoría en Italia– han participado en los Ejercicios espirituales anuales de la Fraternidad de CL, que este año se han vuelto a celebrar en conexión por video. El título, «Cristo, vida de la vida» (don Giussani), nos ha permitido profundizar, bajo la guía del padre Mauro-Giuseppe Lepori que ha predicado las meditaciones, en la conciencia de que necesitamos a Cristo para vivir y que solo Su presencia responde a la necesidad infinita de nuestro corazón.

Fieles al carisma recibido y profundamente ligados a Pedro, seguimos caminando inmersos en la vida de la Iglesia italiana para colaborar en la comunicación de la fe a todos aquellos que nos encontremos y que, aun inconscientemente, esperan encontrar a Aquel que llena la vida de alegría y de paz.

Rezando por su persona, le pedimos que siga acompañando nuestro camino con su paternal caridad.

*Davide Prospero*

*S.E.R. cardinal Angelo Scola*  
*Arzobispo emérito de Milán*

Queridísimo Angelo:

Agradecidos por tu mensaje, estos días de Ejercicios nos hemos llenado de silencio al ver volver a acontecer a «Cristo, vida de la vida», que nos ha alcanzado mediante el testimonio del padre Mauro y su «sí» al acontecimiento presente que hace tan atractivo vivir como él y como Jesús. Gracias por recordarnos que ninguna fragilidad puede menoscabar la humilde certeza de que Él es el fundamento de nuestra consistencia ante todo y ante todos.

Rezando a la Virgen por ti, te pedimos que lleves en tu corazón a toda la Fraternidad.

*Davide Prospero*



# EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

por *Giovanna Parravicini*

(Guía de lectura de las imágenes tomadas de la historia del arte que acompañaban  
la escucha de piezas de música clásica a la entrada y a la salida)

«El arte anticipa algo de lo eterno», nos recordaba don Giussani en los Ejercicios espirituales de la Fraternidad en 1994. Pocas formas de arte nos ofrecen un testimonio tan inmediato de esta afirmación como el icono, una ventana que se abre al infinito. Un itinerario educativo de la mirada que parte de una relectura de la historia de la salvación para llegar a la contemplación del rostro bueno del Misterio como finalidad de la vida.

1. *Inmaculada Concepción de la Madre de Dios*, 1294-1295, fresco, Macedonia del Norte, Ohrid, Panagia Peribleptos
2. *Inmaculada Concepción de la Madre de Dios*, siglo XVIII, Rusia, Museo de Soligalich (Kostroma)
3. *Inmaculada Concepción de la Madre de Dios*, siglo XVII, Rusia, Museo de artes decorativas de Archangelsk
4. *Natividad de la Madre de Dios*, 1314, Serbia, Monasterio de Studenica
5. *Natividad de la Madre de Dios*, siglo XVI, Rusia, Moscú, Colección Vorobiev
6. *Presentación de María en el templo*, siglo XVI, Rusia, Museo de arte de Vladimir-Suzdal
7. *Presentación de María en el templo*, siglo XIV, Rusia, escuela de Novgorod, San Petersburgo, Museo Estatal ruso
8. *Anunciación de Ustiug*, siglo XII, Rusia, Moscú, Galería Estatal Tretyakov
9. *Anunciación*, siglos XV-XVI, Rusia, Museo de arte de Vladimir-Suzdal
10. *Anunciación*, siglo XVI, Rusia, Museo de arte de Vladimir-Suzdal
11. Dionisio, *Visitación* (Encuentro de María e Isabel), 1502, fresco, Rusia, Monasterio de Ferapont, iglesia de la Natividad de la Madre de Dios
12. *Natividad de Cristo*, 1192, Chipre, Lagoudera
13. *Natividad de Cristo*, 1410-1430, Rusia, taller de Rublev, Moscú, Galería Estatal Tretyakov
14. Andrei Rublev, *Arcángel Miguel* (de la *Déesis* de Zvenigorod), 1410-1420, Rusia, Moscú, Galería Estatal Tretyakov

15. *Madre de Dios Odigitrija*, 1260-1270, Serbia, Monasterio de Hilandar, Athos
16. *Madre de Dios Odigitrija*, siglos IX-XIII, Georgia, Tiflis, Museo Nacional de arte Amiranashvili
17. *Madre de Dios Odigitrija*, siglo XIV, Macedonia del Norte, Ohrid, Galería de los iconos
18. *Madre de Dios de la Ternura*, siglo XVI, Rusia, Museo de arte de Vladimir-Suzdal
19. *Madre de Dios Arakiotissa*, siglo XII, Chipre, Lagoudera
20. *Presentación de Jesús en el Templo*, siglo XII, Chipre, Lagoudera
21. *Presentación de Jesús en el Templo*, siglos XV-XVI, Rusia, Escuela de Novgorod, Museo Estatal de arquitectura y bellas artes de Novgorod
22. *Presentación de Jesús en el Templo*, siglo XVII, Rusia, Yaroslavl, Museo de arte
23. *Jesús entre los doctores*, siglos XV-XVI, Rusia, Escuela de Novgorod, Museo Estatal de arquitectura y bellas artes de Novgorod
24. *Jesús entre los doctores*, siglo XVI, Rusia, Museo de Pskov
25. *Bautismo del Señor*, siglos XV-XVI, Rusia, Escuela de Novgorod, Museo Estatal de arquitectura y bellas artes de Novgorod
26. *Bautismo del Señor*, 1408, Rusia, Escuela de Moscú, San Petersburgo, Museo Estatal ruso
27. *San Juan el Precursor con escenas de su vida*, siglo XVI, Rusia, Museo de Rostov
28. *Cristo Pantocrátor*, 1260-1270, Serbia, Monasterio de Hilandar, Athos
29. *Cristo Pantocrátor*, 1192, Chipre, Iglesia de la Panagia Araka, Museo Bizantino de Nicosia
30. *Cristo Pantocrátor*, siglos XIII-XIV, Georgia, iglesia de San Jorge, localidad de Svipi
31. Andrei Rublev, *Salvador* (de la *Déesis* de Zvenigorod), 1410-1420, Rusia, Moscú, Galería Estatal Tretyakov
32. Teófanos el Griego, *Transfiguración*, ca. 1403, Rusia, Moscú, Galería Estatal Tretyakov
33. *Transfiguración*, 1470-1480, Rusia, Escuela de Novgorod, Museo Estatal de arquitectura y bellas artes de Novgorod
34. *Cristo Pantocrátor*, siglo VI, Egipto, Monasterio de Santa Catalina del monte Sinaí
35. *Resurrección de Lázaro*, siglos XV-XVI, Rusia, Escuela de Novgorod, Museo Estatal de arquitectura y bellas artes de Novgorod
36. *Entrada en Jerusalén*, siglos XV-XVI, Rusia, Escuela de Novgorod, Moscú, Colección privada

37. *Entrada en Jerusalén*, ca. 1430, Rusia, Escuela de Novgorod, Moscú, Galería Estatal Tretyakov
38. *El lavatorio*, 1509, Rusia, Escuela de Novgorod, Museo Estatal de arquitectura y bellas artes de Novgorod
39. *La última cena*, siglo XVI, Rusia, Escuela de Rostov-Suzdal, Moscú, Galería Estatal Tretyakov
40. *La comunión de los apóstoles*, 1520-1530, Rusia, Moscú, Colección privada
41. *Escenas de la Pasión (La última cena, El lavatorio, Oración en el huerto, La traición de Judas)*, siglos XV-XVI, Rusia, Escuela de Novgorod, Museo Estatal de arquitectura y bellas artes de Novgorod
42. *Escenas de la Pasión (La flagelación de Cristo, Cristo burlado, Subida al Calvario, Crucifixión)*, siglos XV-XVI, Rusia, Escuela de Novgorod, Museo Estatal de arquitectura y bellas artes de Novgorod
43. *Subida al Calvario*, ca. 1497, Rusia, Moscú, Museo Rublev
44. *Arquerópita del Salvador*, siglo XII, Rusia, Moscú, Galería Estatal Tretyakov
45. *Crucifixión*, siglos XI-XII, Georgia, localidad de Svipi
46. *Crucifixión*, 1208-1209, Serbia, Monasterio de Studenica
47. Dionisio, *Crucifixión*, 1500, Rusia, Moscú, Galería Estatal Tretyakov
48. *Descendimiento de la Cruz*, siglo XV, Rusia, Escuela del Norte, Moscú, Galería Estatal Tretyakov
49. *Lamentación sobre Cristo muerto*, 1164, Macedonia del Norte, Gorno Nerezi, iglesia de San Pantaleón
50. *Lamentación sobre Cristo muerto*, ca. 1140, Rusia, Pskov, Monasterio de Mirozha
51. *El descenso a los infiernos con los santos*, siglo XV, Rusia, Escuela de Pskov, Museo Estatal de arquitectura y bellas artes de Pskov
52. *El descenso a los infiernos*, 1502, Rusia, taller de Dionisio, San Petersburgo, Museo Estatal Ruso
53. *El descenso a los infiernos*, siglo XIV, Rusia, Escuela de Moscú, Moscú, Galería Estatal Tretyakov
54. *Miróforas sobre la tumba de Cristo*, antes de 1228, Serbia, Mileševo
55. *Miróforas sobre la tumba de Cristo*, ca. 1140, Rusia, Pskov, Monasterio de Mirozha
56. *La incredulidad de Tomás*, siglos XV-XVI, Rusia, Escuela de Novgorod, Museo Estatal de arquitectura y bellas artes de Novgorod
57. *La incredulidad de Tomás*, siglo XVI, Rusia, Museo de artes decorativas de Arkhangelsk
58. *La Ascensión*, 1410-1420, Rusia, taller de Rublev, Moscú, Galería Estatal Tretyakov

59. *La Ascensión*, 1542, Rusia, Escuela de Novgorod, Museo Estatal de arquitectura y bellas artes de Novgorod
60. *Pentecostés*, siglos XV-XVI, Rusia, Escuela de Novgorod, Museo Estatal de arquitectura y bellas artes de Novgorod
61. *Dormición de la Madre de Dios*, 1263-1268, Serbia, Sopočani
62. *Dormición de la Madre de Dios*, 1470-1480, Rusia, Escuela de Novgorod, Museo Estatal de arquitectura y bellas artes de Novgorod
63. *Madre de Dios de la Ternura*, siglo XV, Rusia, Museo de arte de Vladimir-Suzdal
64. *Madre de Dios de la ternura de Vladimir*, siglo XII, Bizancio, Moscú, Galería Estatal Tretyakov
65. *Madre de Dios (Orante)*, ca. 1224, Rusia, Moscú, Galería Estatal Tretyakov
66. Dionisio, *Madre de Dios Odigitrija*, 1482, Rusia, Moscú, Galería Estatal Tretyakov
67. *Todos los santos*, siglo XVI, Rusia, Museo de Rostov
68. Andrei Rublev, *Trinidad*, 1425-1427, Rusia, Moscú, Galería Estatal Tretyakov

# Índice

---

MENSAJE ENVIADO POR EL PAPA FRANCISCO 3

## ***Viernes 29 de abril, por la noche***

SALUDO INTRODUCTORIO 5

INTRODUCCIÓN – «*Una sola cosa es necesaria*» 10

## ***Sábado 30 de abril, por la mañana***

PRIMERA MEDITACIÓN – *Nacer del encuentro,  
crecer en el seguimiento* 21

## ***Sábado 30 de abril, por la tarde***

SEGUNDA MEDITACIÓN – «*El Maestro está ahí y te llama*» 43

## ***Domingo 1 de mayo, por la mañana***

ASAMBLEA 65

MENSAJES RECIBIDOS 83

TELEGRAMAS ENVIADOS 84

EL ARTE Y LA MÚSICA EN NUESTRA COMPAÑÍA 87











